

Crónicas, experiencias y reflexiones en el marco del huracán Otis. Acapulco 2023

Silvestre Licea Dorantes
Marco Antonio Adame Meza
Mariela Cázares Nuñez
Alejandra Santoyo Serrano



LA BIBLIOTECA

**Crónicas, experiencias y reflexiones en el
marco del huracán Otis.
Acapulco 2023**

Crónicas, experiencias y reflexiones en el marco del huracán Otis. Acapulco 2023

Silvestre Licea Dorantes
Marco Antonio Adame Meza
Mariela Cázares Núñez
Alejandra Santoyo Serrano
(Compiladores)



LA BIBLIOTECA

Esta publicación fue evaluada por pares académicos especialistas en la materia, mediante un proceso a doble ciego.

**Crónicas, experiencias y reflexiones en el marco del huracán Otis.
Acapulco 2023**

Silvestre Licea Dorantes

Marco Antonio Adame Meza

Mariela Cázares Núñez

Alejandra Santoyo Serrano

(Compiladores)

Primera edición: diciembre 2024

D.R. © Grupo Editorial Biblioteca, S.A. de C.V.

Manantiales 29, Colonia Chapultepec

C.P. 62450, Cuernavaca, Morelos.

Tel. 55-6235-0157 y 55-3233-6910

Email: contacto@labiblioteca.com.mx

ISBN: 978-607-5927-20-6

Diseño: Fernando Bouzas Suárez

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta, del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores, en términos de lo así previsto por la Ley Federal de Derechos de Autor y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

Impreso y encuadernado en México

Printed and bound in México

Agradecimientos

Este libro es parte de la historia de Acapulco; las entrevistadas y los entrevistados son los protagonistas. Mi profundo agradecimiento por su tiempo y paciencia, por la confianza que me tuvieron para ofrecerme sus palabras, por abrir su corazón, por compartir sus lágrimas, por no esconder su miedo.

Estas historias suelen transmitirse de padres a hijos; así perviven. En esta ocasión, este libro será un modesto aporte para transmitir su historia y hacerla prevalecer por el mayor tiempo posible por generaciones.

Mil gracias, hoy y siempre.

Quiero agradecer también a María Fernanda Terrazas de la Vega por su ayuda en la transcripción de las entrevistas y por comunicarse con Anahí, quien vive en Irlanda, para que presentara su testimonio.

También estoy profundamente agradecido con Ricardo Castillo Díaz por su apoyo para que yo pudiera comunicarme con Varinka Pinto.

Y gracias, también, a Martín Fierro Leyva por facilitar la entrevista con Guillermo Villanueva Gallardo.

De igual manera, quiero agradecer a Guillermo Villanueva Gallardo por pedir a Ángel Daniel Gutiérrez Hernández que compartiera su testimonio.

Agradezco profundamente a Alma Susana por acompañarme en las entrevistas, por dar su testimonio y hacer posible que *Luisa* y “Valeria” compartieran sus experiencias.

Finalmente, quiero reconocer que sin la inspiración y aliento de Emilio Yedidia esta obra no hubiera sido posible.

Índice

Introducción.	9
Daniel. Naufragio	23
Cristina. Cuando ser valiente es la única opción	35
<i>Luisa</i> . Saqueos, desilusión y resiliencia	47
Guillermo. La vocación de ayudar	75
Varinka Pinto. Voces de esperanza.	85
Gustavo y Amparo. Acapulco Fénix.	105
Valeria. “Mi vida cambió totalmente de un día para otro”.	121
Pedro. Discapacidad motriz, desventajas mayores	125
Tatiana. De Acapulco a Colombia.	129
Jesús. Cooperación y colaboración desde la academia.	133
Ángel. De Pachuca a Acapulco	137
Anahí. “Se está poniendo feo”	141
Olivia. Chilpancingo: efectos colaterales.	145
Ana. Los abandonados	149

Introducción

SILVESTRE LICEA DORANTES¹

El huracán Otis ha sido uno de los eventos más impactantes y dramáticos que se han atestiguado en la historia moderna de la humanidad debido a la destrucción que desató y a la singular evolución del meteoro. Según la Organización de las Naciones Unidas, parece que la recurrencia de estos fenómenos, lejos de amainar o considerarse extraordinarios, va a presentarse de manera regular y con una intensidad igual o mayor en el futuro. La devastación que causan los huracanes no es un evento aislado. Un recuento de dos décadas atrás muestra lo impactantes que pueden resultar los huracanes:

En el año 2005, el huracán Katrina causó profundos daños en la ciudad de Nueva Orleans, en los Estados Unidos. El huracán Sandy, en 2012, dejó 200 muertos y graves daños en el Caribe y los Estados Unidos. En 2013, Yolanda causó en Filipinas 6 mil fallecidos. En 2017, vio a los huracanes María, Irma y Harvey causar devastación en Puerto Rico, Cuba, Antillas, Florida y Texas, respectivamente. Dorian, en 2019, provocó en Bahamas setenta fallecidos y varios desaparecidos.

En 2024, los fenómenos meteorológicos Helen, Milton y John dejaron daños en infraestructura y hubo consecuencias fatales de personas. Mención aparte, pero relevante, ese año impactó la DANA, que ocurrió en Valencia, España, con efectos catastróficos en bienes materiales y pérdidas humanas.

El fenómeno meteorológico ocurrido en Acapulco la noche del veinticuatro y la madrugada del veinticinco de octubre de 2023 sorprendió a sus habitantes y dejó atónitos a quienes se enteraron desde afuera. Nadie imaginó la magnitud, la devastación y las consecuencias del huracán Otis.

Aunque la experiencia de Otis fue inédita, los acapulqueños ya habían padecido previamente los estragos de un fenómeno similar. El huracán Paulina en 1997 causó fuertes lluvias que generaron deslaves que arrastraron asentamientos urbanos. Se estima que hubo entre doscientos

1 Profesor-investigador de la Universidad Autónoma de Guerrero. silvestrellicea@uagro.mx

y quinientos fallecidos, además de los daños causados en infraestructura urbana.

Debido a este antecedente y a que muchos habitantes nunca se habían enfrentado a un meteoro similar al que ocurrió en 2023, se esperaba que este suceso se tradujera en lluvias torrenciales, avenidas inundadas, cortes esporádicos de energía eléctrica, algunos días sin agua corriente y suspensión de actividades escolares. Sin embargo, nunca nadie imaginó el alcance y la violencia con que impactó el huracán Otis en Acapulco, los efectos en sus casas, en sus negocios y en sus vidas.

La súbita fuerza que alcanzó el huracán Otis no solo generó sorpresa, sino que también causó asombro el tiempo tan corto en que se transformó de una tormenta tropical a un huracán categoría 5 en escala Saffir-Simpson con vientos continuos de 270 km/h y ráfagas de 330 km/h. El estudio de Otis es relevante debido a que es el primer fenómeno que rompió con los modelos meteorológicos hasta entonces elaborados y, para efectos de este libro, las consecuencias sociales que conllevó.

El monitoreo, la intensidad y trayectoria de un huracán es información fundamental para las acciones de respuesta de los gobiernos para la previsión y gestión de los desastres naturales. Los cálculos estadísticos, los modelos elaborados, proporcionan conocimientos fundamentales para entender la dinámica de este fenómeno natural. El conocimiento técnico ha sido la base para la toma de decisiones en las políticas de prevención y actuación de desastres.

Mientras que los relatos, por su parte, han quedado relegados como meras narrativas que se ubican en el plano subjetivo y, en consecuencia, carentes de sustento para el diseño de políticas públicas centradas en la gestión de desastres. No obstante, lo dicho por las personas es fuente de información muy valiosa; ayudan a entender directamente desde los afectados los alcances y limitaciones de las respuestas de los gobiernos, la prevención y las formas de resiliencia.

El dramático protagonismo de las emociones en esos momentos, van acompañadas de significados sobre la situación que rodea a las personas, se convierten en significados e interpretaciones de necesidades y urgencias. Desde estas vivencias se genera una interpretación del mundo a partir del desastre que hay alrededor. Aparecen referentes conductuales y paradigmas sociales nuevos.

Como ya se mencionó anteriormente, los relatos de lo ocurrido inmediatamente antes, durante y días después del huracán son experiencias que ofrecen material valioso para ser traducido a políticas públicas y permiten la revisión de éstas. Los testimonios son la primera fuente de información para la evaluación de las políticas de prevención y actuación ante desastres. La información proporcionada ofrece la oportunidad de tomar medidas pertinentes para mitigar el impacto y mejorar la respuesta de fenómenos semejantes en un futuro.

A partir de estos testimonios, este libro incorpora, además, una pedagogía de la prevención y resiliencia. Las narrativas son lecciones de vida y destacan la importancia de la preparación, comunicación y actuación ante desastres. Desde aquí es posible revisar, mejorar o implementar los planes de protección civil, la infraestructura urbana y campañas de prevención en las escuelas, por mencionar algunos.

Como se puede escuchar en los testimonios de este libro, desde las nueve de noche del martes veinticuatro y hasta las tres o cuatro de la mañana del miércoles veinticinco de octubre (las horas varían según los testimonios), Acapulco se llenó de historias de miedo, esperanza, valentía, aprensión, perplejidad, desesperación, zozobra, sobrevivencia, llantos, milagros, fe, portentos, silencios y resignación.

Los testimonios quedan como registro de un evento que impactó no solo la infraestructura del puerto de Acapulco, sino también la infraestructura social. Los efectos del huracán Otis entre los acapulqueños se pueden pensar como una radiografía y el resultado no fue alentador, ya que se mostró una metástasis que se ha extendido en gran parte de la sociedad.

Si bien los relatos de solidaridad y cooperación son abundantes, también lo son aquellos que hablan del saqueo. La vida cotidiana pareciera ser solo un camuflaje en una sociedad donde el robo recibe un alto reconocimiento o se solapa. Pareciera que el huracán Otis también provocó la tormenta perfecta para la rapiña en las tiendas y para desnudar la rapiña inmobiliaria.

En otras palabras, pareciera ser que Acapulco, en esos momentos, fue un lugar donde la idea de perjudicar a la comunidad para obtener ganancias individuales prevaleció. Pero los perpetradores no se fueron junto con el huracán; están agazapados y pertenecen a cualquier clase social. Pueden percibir ingresos económicos muy altos, medios o bajos,

trabajar en el gobierno o en el comercio informal, pueden vivir en una colonia de clase alta, media o baja y pueden ejercer cualquier profesión.

Sobre este punto en particular, este evento es una oportunidad para preguntarse: ¿qué hemos hecho mal como sociedad?, ¿qué hemos hecho mal como gobierno? Si la política es el arte de crear puentes de entendimiento para solucionar conflictos y plantear soluciones públicas (es decir, de beneficio para todos) teniendo en mente un fuerte compromiso con la comunidad, ¿qué clase de política se ejerce entonces en Acapulco?, ¿qué tipo de políticos la implementan?, ¿por qué los políticos no han podido crear lazos comunitarios? Es decir, fomentar el interés y respeto por los demás y, en esta lógica, ¿cómo los gobiernos en su actuación y ejemplo cultivan los lazos de comunidad y solidaridad?

Las entrevistas aquí presentadas no son sólo una recopilación de testimonios, sino también un acervo de reflexiones que permiten cultivar espacios de discusión teórica, propuestas académicas, acciones de gobierno, participación civil, cooperación con grupos empresariales, asociaciones de profesionistas. Adicionalmente, este libro igualmente tiene un profundo impacto práctico en los gobiernos locales, en las estrategias de protección civil, en la implementación de la gobernanza del riesgo y las acciones de resiliencia.

Pero, sobre todo, lo colectado en este libro son testimonios de profunda humanidad, despojados de toda arrogancia de un ser humano que pretende controlar el mundo y someter a la naturaleza. Son relatos que dan testimonio de la inmensa vulnerabilidad a la que estamos sometidos hombres y mujeres frente a la naturaleza, relatos que nos concilian con la vida y abren espacio para revalorar el sentido de la existencia. Y también son testimonios de la vulnerabilidad y miedo que se genera cuando se rompe la red de seguridad institucional.

También es importante la información proveniente de Chilpancingo, cuya ciudad se convirtió en refugio y santuario para quienes huían del desastre del huracán en Acapulco. Chilpancingo es una lección para gobiernos locales vecinos de localidades siniestradas. Debido al desplazamiento de habitantes de Acapulco hacia Chilpancingo, se produjo un aumento en los precios de los productos y gasolineras saturadas. Esto alteró la vida cotidiana de sus habitantes. Se puede decir que Acapulco no estaba preparado para recibir al huracán y que Chilpancingo tampoco estaba preparado para recibir a los refugiados.

La magnitud del desastre en Acapulco debe contabilizarse también en micro catástrofes individuales, cada una con su propia historia. Las tragedias no solo fueron para Acapulco, entendido como algo abstracto y sin rostro, sino que fueron también desgracias que se materializaron en miedos, tristezas, azoro, incertidumbre. Todas las tragedias tienen nombre y apellido, edad, sexo, familia, amigos. Cada uno con pérdidas concretas y con urgencias específicas. Y es por medio de los testimonios que esa información es recopilada.

Es en este sentido que un grupo de investigadores e investigadoras del Instituto Internacional de Estudios Políticos Avanzados “Ignacio Manuel Altamirano” de la Universidad Autónoma de Guerrero se dieron a la tarea de emprender una recopilación de testimonios que intentan ser una muestra que represente la mayoría de las vivencias.

Testimonios

Estos testimonios están ordenados en forma temática. Cada uno expone un área o campo representativo. De esta manera se ha logrado agrupar relatos de empresarios, marineros, personas con capacidades diferentes, comunicadores, habitantes de Chilpancingo, pacientes en el hospital, estudiantes extranjeros, usuarios de una funeraria, trabajadores de protección civil, familiares que llevaron ayuda a sus seres queridos, responsables de empresas, quienes rescataron perritos abandonados.

Daniel. Naufragio

El naufragio de Daniel es un relato de cómo la tarea de poner a resguardo una embarcación se tradujo en una lucha por la vida. Daniel va detallando cada detalle de su experiencia. Daniel, un compañero y el capitán de la embarcación se dirigieron hacia un lugar seguro en el puerto de Acapulco, pero al llegar ahí, las olas del mar y el viento fueron cobrando cada vez mayor fuerza, de modo tal que acabaron por devastar la embarcación.

Daniel cuenta cómo poco a poco, pero inexorablemente, la embarcación fue inundándose hasta que tuvieron que enfrentarse al dilema de hundirse con el barco o saltar al agua con los chalecos salvavidas; así se los ordenó el capitán. Aferrados el uno al otro, Daniel y su compañero

permanecieron juntos en el mar dándose esperanzas, quebrándose, abandonándose a un destino fatal y nuevamente dándose ánimos el uno al otro, preguntándose por su capitán y deseándole la mejor de las suertes. En oscuridad total y con las olas cubriéndolos cada momento, Daniel pensó en la vida, la muerte, su familia. Se mantuvieron juntos por horas, cansados, perdiendo la esperanza y recuperándola.

Y entonces un milagro sucedió: una luz desde un remolcador los alcanzó, los ubicaron y empezó la labor de subirlos. Y otro milagro sucedió: encontraron al capitán de su yate, quien también pudo sobrevivir en el mar. Pero, sí, Daniel pensó en morir en el mar, esta idea también lo abrumó cuando lo rescataron. Las olas, el movimiento del barco, la dificultad para subir, los brazos cansados, las piernas sin responder hicieron pensar que no lo lograría. No fue fácil, pero finalmente pudieron ser rescatados los tres hombres. Daniel nunca supo los nombres de los tripulantes del remolcador, pero sabe que les debe la vida y estará eternamente agradecido con ellos. Cuando llegó la calma y pudieron tocar orilla, Daniel bajó y emprendió el camino a casa. Entonces, pudo ver la otra tragedia, esta vez en tierra, y la angustia por su familia lo abrumó. Llegó a casa. Todos bien.

Cristina. Cuando ser valiente es la única opción.

Diagnosticada con preeclampsia materna severa, Cristina se encontraba en el hospital del Instituto Mexicano de Seguridad Social Vicente Guerrero en Acapulco, después de dar a luz a su niña dos días antes. Igual que todos, pensó que el huracán solo se presentaría en forma de lluvias torrenciales. La noche del veinticuatro y la madrugada del veinticinco de octubre de 2023, Cristina viviría una historia muy diferente.

Acompañada por su hermana, en un inicio, Cristina experimentó el aumento de la potencia del meteoro y cómo los cristales, techos y paredes del hospital salían volando.

En esta catástrofe, Cristina solo pensaba en buscar a su hija, dos pisos más abajo. Con la herida de la intervención reciente, bajó dos pisos para buscar a su hija. La encontró en el área de cuneros, junto a varios bebés, dieciocho o veinte. “Ahí todo estaba destruido”. Agrupados en un rincón estaban los bebés, a salvo, gracias al trabajo de los enfermeros. Les hicieron saber en algún momento que el edificio podría venirse

abajo; se resignó, pero afortunadamente nunca sucedió eso. Su esposo, madre y su hermana fueron por Cristina y la bebé. Al salir a la calle contempló el otro desastre, el caos, la desesperación de la gente, pero ya estaba a salvo con su bebé.

Luisa. Saqueos, desilusión y resiliencia

El huracán la encontró en su casa. Junto con su esposo y sus hijos pequeños, se refugiaron en el único lugar seguro que encontraron en la casa. La tarea de sostener la puerta de la recámara para evitar que entrara el viento del huracán consumió sus energías. Pero *Luisa* tenía otro lugar por el cual preocuparse. Como responsable de uno de los centros comerciales más dinámicos de Acapulco tuvo que enfrentar ambos desastres (su casa y su centro laboral) a la vez. Dando instrucciones por teléfono, hasta donde la señal y batería lo permitieron, trató de manejar el desastre de su centro laboral a la vez que trataba de sobrevivir en su propia casa.

Los peligros no terminaron cuando pasó el huracán. Se avecinaba una amenaza más peligrosa y con un impacto más profundo: los saqueos. Consciente de su papel como responsable de una de las plazas comerciales más icónicas e importantes de Acapulco, *Luisa* acudió a su centro de trabajo para atestiguar los destrozos del huracán. También se aseguró del bienestar de los trabajadores a su cargo y se coordinó con los apoyos externos que llegarían para resguardar el centro comercial.

Pero el destino no permitió que éstos llegaran a tiempo. Impotente y con gran desilusión por la sociedad acapulqueña, no pudo hacer nada para evitar la rapiña de varios de los negocios de la plaza comercial. Ni los empresarios, ni ella, ni los trabajadores se dieron por vencidos ante esta situación: después de los desastres empezaron la tarea de reconstruir la plaza, de levantar la economía de Acapulco.

Guillermo. La vocación de ayudar

Le tocó el huracán en su casa, en la parte poniente de Acapulco, estando de civil. Apoyó a sus vecinos en lo que pudo. Guillermo, capitán del Heroico Cuerpo de Bomberos de Acapulco, auxilió a sus vecinos cuando escuchó los gritos de ayuda porque las casas estaban sufriendo daños

considerables. Guillermo se dio cuenta de que el mayor peligro estaba afuera y no adentro de la casa. Pero pronto el peligro apareció también adentro de las casas, porque empezaron a inundarse.

Dos horas después de iniciar el huracán, se desbordó el arroyo de San Isidro. Subió el agua un metro sesenta centímetros, aproximadamente, entonces, ayudó a subir a la gente a la azotea. Guillermo estaba rodeado de gritos de miedo, desesperación, tristeza.

En la mañana se trasladó a su centro de trabajo; en el recorrido pudo ver la magnitud de los daños. Por su experiencia en temas de gestión de riesgos y protección civil, sabía que la respuesta del gobierno sería tardía. Guillermo supo que, por la profundidad del impacto, sería necesaria, posteriormente, la atención psicológica. También supo que los saqueos por alimentos eran inevitables. Había heridos, no había ambulancias. Los refugios no funcionaron. Saqueaban las bombas de gasolina con el riesgo altísimo que conlleva.

Era el desastre que siguió al desastre. Las anécdotas y los desaparecidos se acumulaban. Guillermo reconoce que el huracán rebasó a las autoridades de protección civil, municipales y estatales. Señala la importancia de la atención psicológica, de atención de crisis. Nunca se está lo suficientemente preparado, pero las lecciones aprendidas nos ponen en mejor situación que antes.

Varinka Pinto. Voces de esperanza

Algo que caracterizó a Acapulco después del desastre causado por el huracán es que se quedó mudo y sordo. No se sabía nada de Acapulco. No había ningún tipo de señal disponible; las antenas de transmisión se vinieron abajo. No había forma de saber nada más allá del alcance de los vecinos y los rumores que llegaban. En esta oscuridad informativa, Varinka Pinto, su programa y Radio Fórmula llevaron noticias sobre la situación de Acapulco. El treinta de octubre ya estaba el programa al aire.

Detrás de este programa hubo muchos héroes que hicieron posible esa transmisión después de que todo había sido arrasado. La misma cabina de transmisiones de Radio Fórmula quedó destrozada. Con todo en contra, el programa de Varinka salió al aire. El programa resultó ser el punto en el que confluyeron quejas, pedidos de auxilio, búsqueda de fa-

miliares, petición de medicamentos, donadores de sangre, falta de agua, necesidad de energía eléctrica, solicitud de pipas de agua.

A través del programa se enlazaban la información del municipio, de los vecinos, de los reporteros. El programa también hizo tareas de gestión pública; al denunciar, por ejemplo, que el servicio privado que cobraban por limpiar y llevarse los escombros a tiraderos autorizados solo tiraba los escombros unas las calles más delante de donde los recogía. Esto generaba tiraderos no autorizados y Radio Fórmula se convirtió en plaza pública para denunciar esas prácticas o también hizo tareas de poner orden (a través de la radio) en las filas para tomar agua de algunos pozos.

El programa de Varinka fue la bisagra que articuló también la ayuda gubernamental: Las caravanas médicas, los apoyos gubernamentales, centros de comida. Si una lección dejó el huracán Otis es la urgente necesidad de tener información y salvaguardar los medios de comunicación.

La voz de Varinka no solo era el medio para informar a la gente. Su voz te enviaba un mensaje contundente: “No estás solo, vamos a salir juntos de esto”.

Gustavo y Amparo. Acapulco Fénix

Empresarios ambos, esposos, solidarios con Acapulco se concentraron en ayudar más que en recibir ayuda. Vieron con asombro un Acapulco destruido. Un Acapulco sin follaje alguno, porque el huracán había arrasado con toda la vegetación del puerto. Su primera reacción fue visitar a sus familiares, vecinos, amigos para saber si estaban bien. En el trayecto que recorrieron pudieron ver un Acapulco abatido. Esto no se va a levantar pronto, pensaron.

Cuando llegaron a su negocio Verde Vegan-Verde Pistache en la colonia Costa Azul, sintieron un poco de alivio al ver que no estaba totalmente destrozado. Con pérdidas importantes por absorber, el negocio era viable con reparaciones relativamente menores y dotación de mercancías. Verde Vegan tenía un hermano gemelo en la zona Diamante; este negocio quedó completamente destruido por el huracán y por la rapiña. Este último se ubica en una zona de clase (muy) alta.

Los primeros días Acapulco estuvo sumergido en la oscuridad total. La reacción ante la oscuridad, al caer la noche, sí tiene género. Amparo, después de hacer labores de limpieza en su negocio, vivió la oscuridad con un miedo cercano al terror. El camino a casa estaba completamente oscuro y caminar por la noche se convirtió en una actividad de alto riesgo.

Relatan también que uno de sus negocios resultó beneficiado por los apoyos del gobierno, lo que ayudó enormemente, aunque en vista de la magnitud del evento aún se necesitaron más recursos para poner en marcha la actividad económica.

Ambos tuvieron en mente a los trabajadores de sus negocios. Hubo un vínculo de solidaridad y empatía. Gustavo y Amparo contaban con un propósito que tuvieron en mente desde que vieron a Acapulco destrozado: levantar la economía, hacer resurgir Acapulco. Un Acapulco fénix.

Valeria. “Mi vida cambió totalmente de un día para otro”.

El esposo de Valeria fue asesinado el lunes veintitrés de octubre. Al día siguiente, el veinticuatro, durante el velorio llegó el huracán. Con la tragedia de su esposo encima, Valeria se quedó en la funeraria, que se convirtió no solamente en el lugar donde veló a su esposo, sino también en un refugio ante el huracán.

Vidrios rotos, viento y lluvia que entraba a la funeraria fue lo que caracterizó esos momentos. No obstante, la capilla donde estuvo Valeria no sufrió daño. Valeria vagamente recuerda todo esto. El dolor de la pérdida, los días sin dormir, los asuntos por resolver hicieron que el huracán fuera como un sueño. Fue su hermana quien la protegió y también a sus padres. Cuando amaneció, Acapulco era escenario de una película apocalíptica, según Valeria. Con la necesidad de tener insulina para sus padres, llegaron a su casa en la camioneta de su hermana con el parabrisas destrozado y una llanta reventada.

Hubo que regresar a la funeraria a pie. Asombrada del impacto del huracán en toda la infraestructura urbana, también pudo ver los saqueos. El cuerpo de su esposo fue llevado a Cuernavaca para ser enterrado, pero salir de Acapulco también fue un problema; a falta de gasolina, el viaje duró más de lo acostumbrado. La vida de Valeria ya había cambiado completamente.

Pedro. Discapacidad motriz, desventajas mayores.

Pedro tiene una discapacidad motriz. Usa silla de ruedas permanentemente. Se enteró del huracán y pensó que no sería nada grave. Sus padres lo dejaron en la escuela y se fueron a trabajar. Las clases de Pedro fueron suspendidas porque el huracán ya había alcanzado categoría 2. Sus padres lo recogieron y lo llevaron a las instalaciones donde ellos trabajan. Poco tiempo después, ahí se enteraron de que el huracán ya había alcanzado categoría 3. También suspendieron actividades. Decidieron hacer compras para cenar y también compraron velas.

Ya en casa, en las noticias de la radio, cerca de las diecinueve horas, se enteraron de que el huracán ya era categoría 4. Aproximadamente a las veintiuna horas en Radio y Televisión de Guerrero (RTG) avisaron que el huracán ya había alcanzado categoría 5 y que se encontraba a 90 kilómetros al sur-sureste de Acapulco.

A Pedro lo despertaron sus papás cerca de las veintitrés cuarenta, sintió el viento frío que llenaba la casa, pudo ver cómo caían los árboles y los que aún permanecían de pie se movían “como manojo de cilantro”. El viento dañó su recámara; se rompió la ventana de su cuarto. En algún momento pensó que su casa iba a volar por los aires. Al día siguiente, Pedro vio todo destrozado y obstruido. Sintió que su condición de discapacidad motriz lo ponía en una desventaja aún mayor que la que cotidianamente experimenta. Su familia pensó que llevar a Pedro con unos familiares en Iguala sería un lugar más seguro que Acapulco. Ahí se refugiaron.

Tatiana. De Acapulco a Colombia.

Igual que todos los acapulqueños, Tatiana y sus compañeros pensaron que la llegada del huracán no iba a ser tan grave. En su casa estaban ella y otros dos compañeros, esperando la llegada del meteoro. Cuando llegó el huracán, sintieron el viento muy fuerte, “incluso hasta tembló el edificio”. Todos sintieron alivio cuando pasó, pero al salir a la calle vieron la destrucción en Acapulco. Tatiana vio gente saqueando tiendas por comida y su mente se llenó de preguntas: ¿cuánta comida tenemos?, ¿cuánta agua tenemos?, ¿cuánto va a tardar la ayuda? Sabían que como

colombianos no contaban con el INE (credencial de identidad) y que quizá la ayuda del gobierno mexicano no fuera algo seguro.

En algún momento decidieron hacer un video para mostrar la situación que vivían. Fue tal el alcance que tuvo que llegó hasta las autoridades colombianas, las cuales pusieron a su disposición un transporte para llevarlos a la Ciudad de México. El punto de encuentro fue el Aeropuerto de Acapulco. Por ser estudiantes de la Universidad Autónoma de Guerrero, ésta les proporcionó los medios y facilidades para trasladarlos al aeropuerto.

Una vez en la Ciudad de México, sufrieron de la burocracia propia del gobierno colombiano hasta que finalmente llegaron a Colombia, gracias sobre todo a la ayuda de la Organización Internacional para Migrantes de la Organización de las Naciones Unidas. La alegría de estar en casa se mezclaba con la preocupación de sus amigos mexicanos: ¿Cómo estarán? Eventualmente, recibirían buenas noticias.

Jesús. Cooperación y colaboración desde la academia.

En su momento, Jesús era el presidente de la Asociación Mexicana de Ciencia Política (AMECIP). Cada año esta Asociación organiza un Congreso al que con regularidad asiste el Instituto Internacional de Estudios Políticos Avanzados “Ignacio Manuel Altamirano” (IIEPA-IMA), de la Universidad Autónoma de Guerrero. En esa ocasión se celebró en Guadalajara del veinticuatro al veintisiete de octubre. Desde ahí, quienes asistieron al Congreso provenientes del estado de Guerrero se encontraron, primero, con un silencio sobre cómo se encontraban sus familiares y luego con una cascada de noticias sobre el desastre.

En el Congreso, Jesús se encontró en el elevador a una estudiante de Acapulco, quien con lágrimas en los ojos lo puso al tanto de la situación. Con la inmediatez propia de la situación, Jesús, colegas, estudiantes se organizaron para hacer llegar víveres a Acapulco. También hicieron colecta de dinero en efectivo, que se hizo llegar al IIEPA-IMA-UAGro para ayudar a la reconstrucción de la escuela, que tuvo daños significativos. Aun con eso, en cuanto fue posible, el IIEPA-IMA-UAGro inició clases. Había que recuperar la normalidad, no como una forma de negar la tragedia, sino como un acto de resiliencia.

Ángel. De Pachuca a Acapulco

Ángel se enteró de que un huracán iba a entrar a Acapulco; la siguiente vez que supo algo fue por las imágenes de la infraestructura destruida. Junto con sus compañeros y familiares hicieron pan y llevaron despensa a Acapulco desde Pachuca, Hidalgo. El camino para llegar tuvo sus contratiempos: casetas que sí cobraban peaje, a pesar de que se había anunciado que no lo harían. Llegaron de noche, alumbrado solo por la luz del coche, sortearon obstáculos, dejaron la despensa y repartieron el pan entre los acapulqueños. En donde pasaron la noche no había paredes; el huracán las tiró. Al día siguiente se regresó a Pachuca y pudo ver con la luz del sol lo que por la noche solo imaginó: devastación por todos lados. Tenía un par de bidones con gasolina porque no había en Acapulco; le fueron de mucha utilidad, con ellos repostó. Dos horas para salir de Acapulco, de ahí a Chilpancingo y luego a Pachuca. Siete horas en total.

Anahí. “Se está poniendo feo”

Anahí lleva años viviendo en Irlanda. Supo que iba a llegar el huracán a Acapulco, se estuvo comunicando con su familia todo el tiempo hasta que la comunicación se cortó. El último mensaje que recibió fue: “Se está poniendo feo”. No tardó en darse cuenta de que el problema de comunicación era en todo Acapulco.

Anahí relata cómo se armó una red de foráneos ligados a Acapulco que intercambiaban información, se comunicaban noticias. Entre la angustia se preguntaba y reflexionaba: “¿Ir o no ir a Acapulco, mejor enviar dinero?” La desinformación genera incertidumbre. Sin dormir, actuando de manera automática, Anahí se llenó de aprehensión. Por fin, la cascada de mensajes de *WhatsApp* apareció en su teléfono; las palomitas azules le dieron alivio. Pudo comunicarse con su familia y saber que todos estaban bien.

Olivia. Chilpancingo: efectos colaterales

La preocupación cubrió a Olivia. No sabía nada de sus familiares. El huracán dejó sin comunicación al puerto. Pero Olivia, habitante de Chilpancingo, pudo sentir los efectos del huracán Otis de otra manera. Chil-

pancingo se convirtió en ciudad-refugio. Los acapulqueños afectados por el Otis abarrotaron Chilpancingo, hicieron compras masivas en el mercado central, los supermercados, las gasolineras, las farmacias, todos los productos de primera necesidad. La población local entró en pánico y también corrió a hacer compras para no enfrentar desabasto, lo que resultó en escasez de productos y sobreprecios. El hospedaje aumentó e incluso niños de Acapulco tomaron temporalmente clases en escuelas primarias de Chilpancingo.

Las autoridades de gobierno y la Universidad Autónoma de Guerrero instalaron centros de acopio. Aunque con opiniones divididas en la primera semana del huracán, la sociedad de Chilpancingo fue solidaria con Acapulco, particularmente con aquellos de su círculo cercano.

Ana. Los abandonados

El testimonio de Ana toca un tema muy sensible y comúnmente olvidado o invisibilizado. El abandono de los animales durante los desastres naturales. Ana narra el miedo, la confusión, las enfermedades, el hambre, la sed de los animales abandonados a su suerte durante y después del huracán. Fueron abandonados por sus dueños, por aquellos que se suponía debían protegerlos y cuidarlos como parte de la familia.

Como pudo y con las adversidades propias del momento, Ana brindó toda la ayuda posible, buscando a veterinarios y comprando medicamentos, atendiendo a animales abandonados. Cuidar a los animales no debe ser un asunto de compasión individual, sino una política de respeto por los seres vivos.

Si este libro es leído por los tomadores de decisiones, se darán cuenta de que todos y cada uno de los testimonios está acompañado de sugerencias de política pública. El lector atento, por su parte, se dará cuenta de que este libro está lleno de héroes y heroínas. Dentro de su confusión y miedo, sin aplausos, sin fanfarrias, sin reflectores, entregaron su tiempo, dinero, voluntad. Arriesgaron su vida para apoyar a conocidos y desconocidos sin esperar nada a cambio. Estas voces no pueden perderse con el tiempo. Acapulco necesita preservarlas.

La redacción de los testimonios trató de apegarse a lo que se grabó y solo en partes muy puntuales se incluyeron palabras o frases que pusieran en contexto el sentido original de lo que expresaron los entrevistados.

Daniel. Naufragio

Mi nombre es Ángel Daniel Gutiérrez Hernández, tengo treinta años y, pues, ahora sí que les voy a comentar mi historia que pasé el día veinticuatro para amanecer veinticinco de octubre de lo del [huracán] Otis. Pues, ora sí, que nosotros al momento de que cuando se avisó del ciclón, del huracán, nosotros ya estábamos allá. Bueno, no estábamos allá como tal, sino que era huracán categoría 2 cuando estábamos en la Marina y nos dijeron como cuando pasa cualquier mal tiempo.

Siempre nosotros nos íbamos porque, la verdad, [en] la Marina los muelles están muy frágiles, y cuando eran... los barcos grandes nos salíamos; grande, de cincuenta pies.

Nos salimos a refugiar a la Marina, a la Armada, ahí enfrente, nosotros nos fondeábamos y pues, ahí en otras ocasiones nunca nos pasó nada; ahí nada más se pasaba y ya. Pero, en ese momento nosotros nos fuimos como a eso de las cuatro de la tarde y ahí todavía era [huracán] categoría 3.

Estaba bien tranquilo, estaba tranquilo. Allá estuvimos; de hecho, había muchísimas embarcaciones todavía: Club de Yates, Marina, Marina Puerto Marqués. Llegamos, nos fondeamos y todavía estuvimos echando relajo con los muchachos, los compañeros. Y ya como a eso de las siete u ocho de la noche fue que nos dijeron que ya era categoría 5.

Llegamos allá donde nos fondeamos, tiramos dos anclas; nosotros tiramos el ancla del barco y un ancla que nosotros llamamos de respeto, pues, cualquier cosa, se zafa una y agarra la otra. Estuvimos ahí tranquilos y nos avisaron que ya era categoría 5. Ahí sí, nosotros nos quedamos así de: “Oye, este...” y el capi dice: “Pues, vamos a aguantar”. Ya estuvimos ahí y dieron las diez de la noche. Nosotros estábamos adentro del barco y estábamos ya casi durmiéndonos los tres porque era el capitán, el otro marinero y yo.

Estábamos ya acostados, de repente el capitán nos dice: “Ya empezó a soplar el viento” y nosotros todavía con el otro muchacho así de: “Ay, el capi, ya va a empezar”. Nosotros todavía echando relajo. Ora sí, que no nos esperábamos tal desgracia.

Ya estábamos [listos]; de ahí se subió el capi, prendió máquinas y todo. Nos salimos con el otro muchacho y ya fue cuando empezaron las rachas de viento. Como a eso de las 11 de la noche empezó [a soplar fuerte el viento] y nosotros, pues, ahora sí que era algo normal, es que otras veces había corrido viento, pero se calmaba, pero ya después siguió, siguió, siguió. Ya como a eso de las doce de la noche ya veíamos, pues, que las anclas nos comenzaban a garrear, a recorrer y ya el capi nos dijo: “Súbana, vamos a movernos”, porque ya nos íbamos a pegar con otro barco. Ya la subimos, la movimos y la volvimos a tirar. Ya después, otros compañeros, nosotros [los] vimos de lejos que empezaron todos, a [hacer] lo mismo, que las anclas ya les comenzaban a garrear, a garrear.

Me retiré cuando comenzamos a realizar todas las maniobras. Teníamos una lámpara de buceo y me la sujeté en la mano debido a que no se veía, nos encontramos en el lugar donde se realizaba la maniobra. Ya después, más tarde, un barco de los de remolcadores de los de Pemex, que se amarran ahí en la Marina, se empezó a garrear. ¡Imagínese, un barco grande! Y nosotros estábamos atrás del barco. Bueno, no estábamos como tal atrás de él, sino que, pues, el barco se empezó a recorrer y nosotros decíamos: “Bueno, ¿por qué no avanza, por qué no avanza?” y nosotros ya espantados porque el barco ya se nos venía y ya dice el capi: “Levanten las anclas, levanten las anclas”.

Fue que salimos, alcanzamos a salir. Nos salimos y de ahí ya no pudimos. Ya tirábamos el ancla, tirábamos el ancla y nunca nos agarraba y el viento super fuerte. No podíamos estar parados porque sentíamos que nos llevaba [el viento] y nosotros estábamos en la proa del barco, ahí, pues, haciendo la maniobra con el otro muchacho.

Ya nada más... cuando vimos que empezaron a volar los cojines de la proa, nosotros nos quedamos así de..., yo lo quería agarrar y el capi me dijo: “Déjalo, déjalo, vete a hacer la maniobra”, y ya seguimos. El capi nos gritaba, pero llegó un momento donde ya no escuchábamos nada más que puro viento; se oía nomás como chiflaba el viento. Nosotros agachados y el viento nos brincaba, de que las olas se nos subían a la proa y nosotros estábamos enfrente.

Llego un momento en que yo pues, me espanté, dije: “No pues, no. Dije: “Nunca me había...”, he navegado muchísimas veces en otros barcos, navegábamos de aquí a [Puerto] Vallarta y todo... y nunca [había visto algo así].

Sí me toco malos tiempos y sí me llegó a dar miedo, pero ya decía yo, pues, no pasa de ahí dice uno, pero esta vez, la verdad si eran olas muy grandes, de unos 8, 9 metros y nosotros en la proa del barco y pues, lo único que yo le gritaba a mi otro compañero le decía: “Agárrate, agárrate de algo”, y yo estaba, yo traía, me acuerdo, un impermeable, me lo quité porque no me dejaba... de que me pegaba; me lo quité y yo me abrazaba de los tubos, y el capi no podía controlar el barco y nos daba vueltas y ya llegó un momento en el que le dije yo al otro chavo: “Ya, ya no vamos a tirar nada, pues, no agarra”, no nos agarraba el ancla, pero ahora para pasarnos a la parte de atrás era el problema porque pues, no nos dejaba el aire, de repente como que se calmaba tantito y fue cuando le digo: “Vámonos”, corrimos, ya después... otra vez el viento, el viento, eso fue como a las doce de la noche.

Ya fue que empezamos a ver que todos los barcos..., parecía que iban..., ¿cómo se podría decir?, todos los barcos... como que se volvieron locos, empezaron a levantar ancla y [se oía]: *Rruuum* [el ruido del motor del barco], pero era lo mismo que no se podían controlar los barcos, no agarraban las anclas y, pues, lo que hacían era meterles a las máquinas.

Así que se veían nada más las luces... así, y ya llegó un momento en que empezó más fuerte el viento y ya de ahí ya no se veía nada y el capi nos dijo: “Ya, vénganse, vénganse, ya dejen [lo que están haciendo]. Aquí vamos a aguantar”

Y ya estamos ahí y yo me bajo; nos pasamos a la parte de atrás, a la popa, mi otro compañero se subió y yo me meto al barco. Cuando veo todo el relajo de las botellas, de todo, teníamos unas cañas de pescar, todo regado, y yo dije: “Ora”, y yo todavía... Ahorita me río porque, pues todavía en ese momento fui y levanté las botellas, levanté todo y en eso regreso a ver la parte de atrás, a la popa, y se nos mete una ola así y yo adentro del barco. Dijo: “No, no manches, pues no, ¿qué hago?”. Dije: “Me salgo”. Agarré..., deseo abrir la puerta; pero, dado que la puerta se abría hacia el exterior, no me abría, no me abría, no me abría.

En la parte de atrás ya teníamos el agua, yo creo, como al tobillo. Apenas estaba... La ola entró y salió. En eso que la abro [la puerta], cuando la abro, el mismo viento me la botó y yo salí volando pa’ dentro del barco; el viento no me dejaba abrir la puerta. Ya al momento de que yo la abrí, me botó y yo caí acostado. Me acuerdo [que me botó] hasta la cocina, [me botó] lejos y me paré y dije: “No, yo no me voy a que-

dar aquí, no”, porque ya veía que el barco se nos movía bien [feo], así pues, bien feo. Me acuerdo de que lo que hice fue prender las bombas de achique del barco, porque yo veía que había agua y que abro así, y que abro y *fuuuun*, que me abro de costado y que me brinco porque ya había más agua en el barco, y me brinco a las escaleras donde estaba el capi arriba, y que me subo y que le digo: “Capi, ya se está hundiendo el barco” y el capi, la verdad, se quedó, así como en shock y los tres así de... y dice: “No, niños, tranquilos”, porque así nos decía él: “Niños”, bueno, nos dice [aún].

Estábamos ahí y veíamos nomás cómo se nos meneaba el barco de un lado a otro y las olas nos llegaban hasta la parte de arriba y en eso el capi le dice al otro muchacho: “Niño, sácate los chalecos”. Sacamos los chalecos y todo, nos los pusimos y yo estaba parado ahí en las escaleras donde me subí; estaba parado y agarrado porque no se podía mantener uno parado. El capi estaba hincado, casi agarrando el volante del barco y metiéndole; el otro muchacho también agachado y ya en eso yo siento... Estaba parado en las escaleras del *fly* de arriba y me llegó el agua hasta acá arriba, hasta las rodillas, y yo regresé a ver y dije: “No, capi, ya se está hundiendo”.

Y de repente se nos apagaron todas las luces, todo, todo, todo. Ahora sí, ya no veíamos nada, no distinguíamos, se veía la silueta, pero no podíamos regresarnos ni a ver porque las gotas de la lluvia nos parecían que nos estaban picando los ojos y *nosotros* nos agachábamos cuando nos volteábamos y en las orejas las gotas dolían como alfileres, así se sentía bien feo. Mi amigo nunca se pudo poner su playera, así que él andaba sin playera.

En eso ya nos dice el capi, porque el barco ya se iba de lado, se iba de lado, que nos dice: “Niños, hay que tirarnos, porque si nos quedamos aquí no [sobrevivimos]. Hay que tirarnos, pero tírense juntos, no se vayan a separar”. Ahorita me acuerdo de que regresé a ver a mi compañero y yo le dije: “No, wey. No”.

(Pausa del entrevistado)

Él no se pudo poner la playera porque estábamos adentro y, pues, estaba sin playera y nos salimos y ya no pudo meterse ni nada; yo fui el único que se metió después.

Cuando yo le decía: “No wey, no”, él me decía: “No, Dani, no nos podemos quedar aquí”. Me dijo: “Vente, vente”. Me agarró de la mano,

¡me agarró así [de fuerte], de la mano! y nos tiramos. Ya al momento de caer al agua no se veía nada y yo le [he comentado] a mi esposa: “No manches, cómo fue muy grande Dios que, a pesar de que estábamos mojados y todo, nunca nos soltamos de la mano con mi compañero”.

Yo sí me desesperé bien feo cuando caímos al agua, yo sí [me desesperé]. Yo, como les digo, no voy a hacerme el héroe de que soy muy chingón, como dicen, porque yo sobreviví a eso y todo. Yo..., sí me dio miedo, yo estaba llorando en el agua, a mí me calmó mi compañero, él me decía: “Dani, tranquilo. Tranquilo wey”, y yo le decía: “No, es que no puedo respirar”.

Y sí [así era, efectivamente], porque las olas [me lo impedían], y él me decía: “Tranquilo, cálmate, agárrate de mí, agárrate de mi chaleco, nos vamos a mover aquí. No hay que nadar mucho”. Y ya fue que llegó un momento que me calme.

La verdad, en esos momentos te acuerdas de... como a nosotros nos dan unos cursos, nos dicen todo eso..., de cómo uno cae al agua y debe de tratar de calmarse. A lo mejor uno no le pone tanta importancia porque dice uno: “Nunca nos pasará”, pero en ese lugar [momento], me dije: “Me acordé y me dije: ‘me voy a calmar’ y ya nos calmamos ambos”. Las olas nomás las veíamos de repente que nos salían, porque no se veía nada y nos tapaban, nos revolcaban, nos daban vueltas. Eso era como las doce de la noche.

Ya estando ahí, nosotros platicábamos, yo le decía a él, porque yo me acuerdo de que yo tenía mucho miedo y le decía: “Yo no quiero morir así”, y él me decía: “No, pues yo tampoco”. Llegó el momento en que estábamos flotando y el agua nos hacía lo que quería. *Nosotros* no éramos nada en el agua, nos revolcaba, nos daban vueltas y todo.

Llegó un momento en que le dije [a mi compañero]: “Hay que voltearnos de la ola. Hacia donde se desplaza la ola, es necesario posicionarnos para que no siempre nos encontremos sobre la misma”. De esta manera, nos posicionamos y avanzamos.

De repente, el viento se calmaba y, de nuevo, el viento se soltaba. Todo parecía ser desolador. Nos calmábamos y mi amigo me decía: “No manches, Dani, ¿qué chingados estamos haciendo aquí?” y ya empezaba él a desesperarse. Me decía: “¿Qué estamos haciendo aquí, wey? No manches, Dani”, y, así pues, yo le decía: “No, tranquilo, tranquilo”.

Ahora yo le decía a él: “Tranquilo, tranquilo”. Yo le decía: “No, pues, tu mamá, wey, vamos a salir”.

Eso pasó a las doce de la noche. A *nosotros* nos rescataron a las cuatro de la mañana. Todas esas cuatro horas estuvimos en el agua. [El mar] nos hacía y nos deshacía. *Nosotros* no sabíamos ni donde estábamos. Lo único que sabíamos era que... Bueno, yo le decía: “Nada más con que [el movimiento del mar] no nos saque de la bahía”, porque el viento nos llegó de los cerros, eso venía del mar, pero como era tan grande ya en el momento de entrar el aire que nos empezó a entrar de la costera hacía la bahía y eso fue..., por eso fue que a muchos barcos los sacó, los fue sacando, los fue sacando y pues, lo último que *nosotros* vimos fue el muelle de la Marina, porque ahí el barco nos giró y cuando vimos. Ya lo que el capi hizo fue sacar el barco de ahí. Ya de ahí ya no supimos, porque el barco nos empezó a dar vuelta.

Bueno, y ya estábamos en el agua y después me pegó un tronco muy grande. Me pegó en la espalda porque nos empezó a rodear basura, un montón de basura, y nosotros nos las quitábamos. De repente, un tronco me pega en la espalda, grande y bien grueso. Me dolió y yo dije: “Ora”, y ya agarré y como pude me lo quité y lo iba a aventar, pero vi que estaba largo, y le dije: [a mi compañero]: “Mira, hay que agarrarnos de aquí. Esto nos va a ayudar”. Y sí, ahí nos pusimos y eso fue lo que nos ayudó mucho [porque] ya no nadábamos y ahí estuvimos.

Olía mucho a diésel, muchísimo a diésel, nada más que de repente mi compañero empezó a vomitar y yo decía: “Ora”. Yo lo regresé a ver y dije: “Ora”, porque estábamos [muy cerca], pero no nos veíamos, yo nomás lo tentaba, y de repente no lo escuché y que lo agarro de la cabeza y que lo volteo, dije: “No, se me vaya a ahogar o algo, no” y ya dije: “¿Cómo estás?” y dijo: “No, ya, ya [estoy bien]”.

Después, como a la media hora, así nada más, de la nada empecé a vomitar y así nos la pasamos vomitando y ya como a eso de..., bueno, no sabría que hora era, pero yo creo que como a las dos de la mañana. Ya estábamos en el agua y a lo lejos, bien a lo lejos se veía nomás un resplandor de luz amarilla, pero eso era cuando la ola nos levantaba y veíamos, y de ahí bajamos... y como que se perdía [la luz] y yo le decía a mi compañero: “Estamos adentro de la bahía. ¡Estamos adentro wey!”. Y me dijo: “¿[Tú] Crees?”, y dije: “¡Sí!, mira, ve la luz”, pero me dijo: “No, yo no veo nada”. Le dije: “Sí, wey, mira la luz”, y él me decía: “Yo

no la veo, Dani”, Después la vio y dijo: “Oye, sí”. Yo le dije: “Han de ser las Brisas [esas luces que vemos]”. Le dije: “Hay que tratar de estar tranquilo”.

Pero nos entraba una desesperación porque yo me acordaba [de mi familia] y decía: “Mi familia, mi esposa, mi hijo, mi mamá, mi papá, ¿cómo estarán?” Llegó un momento en el que yo le dije a mi compañero: “No, yo ya no [puedo] David, ya. No creo que la libremos, ya tenemos mucho rato y no se calma esto”, y él me decía: “No, Dani. Tranquilo, wey”. Y yo le decía: “No, wey, ya estoy cansado, ya me duelen los pies”.

Yo sentía que me querían dar calambres y los brazos ya los sentía cansados de estar así, y él me decía: “No. No wey. No manches, Dani, piensa en tu hijo, en tu papá, en tu mamá”. Y yo le decía: “Sí, pues, sí”. Y él me decía: “Hay que aguantar, no vamos a acabar aquí. No tenemos que acabar aquí”. Escuchar eso, que me dijera [eso]..., yo decía: “Pues, sí, ¿cómo me voy a dar por vencido?, mi familia, mi hijo”. Él me decía: “[Piensa en] tu niño, está chiquito, ¿cómo lo vas a dejar así?”. Yo le decía: “No, pues, tienes razón, wey”. Uno se hacía el fuerte [y nos] decíamos: “No, pues, tenemos que aguantar, pues”.

Pasó otra media hora cuando vemos a lo lejos, ahora sí, ya más cerca, y yo le digo a [mi compañero]: “¡Mira, es un barco!”. Y me dijo: “¡Sí, wey, no manches!”; Yo traía la lámpara amarrada en la mano y nunca me la quité y así que cuando estábamos en el mar tirábamos la luz para arriba. Antes de que viéramos el barco la tirábamos y decíamos: “Para que alguien nos vea o algo”. Yo le decía [a mi compañero]: “Tírala [la luz] porque no vaya a ser que vaya a venir un barco”. Vamos a tirar la luz porque no vaya a pasar un barco y nos vaya a pasar a traer o algo”.

Nosotros, pensando en todo de que... y ya cuando vimos el barco, yo ya le había dado la lámpara [a mi compañero] porque de verdad nos cansábamos de estar con la lámpara así en la mano. Así que se la di y le dije: “Échale la luz, échale la luz”. Y se veían los dos faros..., así, ¡grandotes! Era un remolcador de los de Pemex, el único que sobrevivió, porque había tres, pero uno fue el que nos sacó de ahí.

Uno no traía motores, otro fue [dijeron] a remolcar un barco grandote, un barco chino que estaba ahí en la bahía, que ya tenía mucho tiempo, porque les pidieron auxilio y ellos fueron a remolcarlo para sacarlo, pero ya al momento de querer cruzar creo, allá fuera, les hizo feo, fue que los dejó atrás de la Roqueta.

Decíamos: “Tírasela [la luz] arriba”. El capi [de este barco] es el que va arriba, él es el que va viendo todo, [así que] le tiraba [la luz]. Pero nada, pues. Y de repente la dejamos de ver otra vez, y ya nosotros [pensamos]: “Se ha de haber ido o no sé”.

Al poco rato la volvimos a ver [la luz de la embarcación], pero ya más cerca. Le empezamos a tirar [la luz], [mi compañero] me dio la lámpara y se la empecé a tirar, una y otra vez. Cuando vimos que prenden ellos su faro buscador, grandote y que le digo [a mi compañero]: “¡Ya nos vieron, wey!”. Nos emocionamos como si hubiéramos, no sé, visto algo que no..., nos emocionamos la verdad de que y ya... y le dije: “No hay que dejar de tirar la luz. No hay que dejar de tirar la luz”.

Cuando vimos que el barco nos andaba buscando, que le digo [a mi compañero]: “Wey, ¿el capi?!” , porque el capi no se tiró con nosotros, [me pregunté]: “¿dónde estará?”. Y ya *nosotros* nos agüitamos, pues, ya nos encontraron a *nosotros*, pero pues, ¿y el capi?

[Estábamos] sacados de onda, agüitados de que no sabíamos nada del capi. Cuando de repente, el faro nos enfoca, ya nos ven, les levantamos la mano y ya fue que el barco se empezó a acercar [a nosotros], más, más [cada vez].

Ya ellos nos empezaron a tirar una dona, pero estaba corriendo el viento; eso habrá sido como tres y media de la mañana. Tardaron, no podían. Cuando a lo lejos oímos que [alguien] grita: “Tira una cuerda”. Yo lo escuché y que le dije [a mi compañero]: “Mira, wey, el capi”.

Que lo empiezo a buscar con la lámpara y que le grito: “¡Capi, capi!”, y ya nos vio y ya... “Niños, ¿están bien?, ¿están bien?” nos empezó a preguntar y ya [nos dijo]: “Vénganse, hay que juntarnos. Estamos bien, ya nos vieron”. Y nos decía: “Ya, ya, la libramos”. Nosotros nos emocionamos, la verdad, dijimos: “Los tres ya estamos [vivos]”.

Tardó el capitán del barco para poder subirnos, yo digo: “Yo con ellos..., les debo la vida”. La verdad, no me acuerdo cómo se llama el barco porque tiene su nombre, pero yo siempre voy a estar agradecido con esas personas, porque, pues, yo creo que a ellos no les correspondía porque, pues, ellos están trabajando para una empresa y, pues, todo eso... No les correspondía, pero uno que es de mar, pues, sabe que si alguien está [náufrago en el mar], uno tiene que ayudar siempre.

Bueno, el chiste es que tardamos hasta que nos tiraron una cuerda, nos subimos, nos jalaron, Pero, ahora, era otra [complicación], otro

miedo..., que nos fuera a aplastar el barco porque, pues el barco estaba grande ¿cómo, pues, ¿cómo [vamos a subir]? Luego no tenía escaleras el barco, teníamos que subir..., ya cuando llegamos a la popa del barco nos dijeron ellos que nos subiéramos a las llantas. Nos dijeron: “Súbanse a las llantas”, y ahí perdimos otra vez al capi porque el capi... no sé, íbamos los tres juntos, pero nosotros nos agarramos de la llanta los dos..., y al capi como que la misma corriente lo jaló otra vez por abajo, creo, del barco y lo sacó del otro lado.

Pero *nosotros* ya en ese momento no nos dábamos cuenta de que el capi no estaba, sino que estábamos... [ya juntos de nuevo] el capi nos dijo: “Súbanse ustedes primero”, porque como el capi estaba, está gordinito [nos dijo]: “Súbanse ustedes primero, va a ser más rápido”.

Nos colgamos de las llantas, [pero] como la marea estaba bien fea, el barco se levantaba de lado y así qué quedamos colgados de las llantas del barco, y nomás de repente otra vez ¡pum! pa’ abajo, nos hundían con todo y las llantas nos hundían... y fue algo bien desesperante, porque tragábamos agua, porque ya estábamos bien desesperados de que ya queríamos subir, tragábamos un montón de agua y nos revolcaba, pero nunca nos soltábamos de la llanta, ya como al tercer intento creo que mi amigo se sube, él sí se subió y yo quede colgado.

Como a la quinta, sexta vez quise subirme y al momento de yo impulsarme con los pies y las manos, que me dan calambre en las dos piernas y así que mis pies se me quedaron así engarrotados y ya fue que yo me desesperé, yo les empecé a decir que mis piernas [no me respondían]. Como yo ya le había dicho a mi camarada que ya se me estaban acalabrando los pies, les dije [a la tripulación del barco]: “Ayúdenme”. Dice [su camarada a la tripulación del barco que los rescató]: “Ayúdenlo, porque no puede, ya sus pies, ya los trae bien acalabrados”.

Ellos me decían: “No, súbete”, y ya fue un chavo, la verdad no recuerdo si fue uno de los chavos o un señor, que se bajó, se paró en la llanta y me agarró de la playera y al momento que subió el barco [por las olas] me subió también, así me impulsó y ya fue que yo brinqué a la llanta y caí parado en la llanta.

Los chavos [de la tripulación] me decían: “Ya tranquilo, descánsate, ya estás aquí arriba”, así nos decían: “Ya, ya pasó, tranquilo”. [Arriba en el barco] nos abrazamos y con mi amigo [empezamos] a llorar bien desesperados. Ya después [nos preguntamos]: “¿El capi?”. Pero, ya estaba

otro muchacho allá con el capi, del otro lado y quisimos correr nosotros para ayudarlo y nos caíamos [porque] los pies ya no nos daban.

Fue que ya estuvimos ahí en el barco. Recuerdo que subieron al capi. Todos estuvimos ahí. Como a la media hora, se percibe que otra persona se encontraba en el agua, un capitán también y lo subieron igualmente.

Ya el barco se fondeó ahí en la base donde estábamos nosotros. La verdad, las personas, el capitán, la tripulación..., todos se portaron muy bien con nosotros, porque nos dieron ropa, playeras. Nos dijeron que nos quitáramos la ropa mojada, nos dieron agua, chocolate si queríamos. Nosotros cuando subimos al barco, otra vez a vomitar, la vomitadera teníamos, que hasta ramas sacábamos. Bueno, yo sí saqué ramas de la boca de tanta agua que tragué de cuando estábamos en la llanta y este... ya nos metimos, [el barco] se estuvo fondeado.

Como a las cinco de la mañana, se oyó a lo lejos que nos gritaban: “¡Ayuda, ayuda!” y salimos todos. Vimos que era un amigo también de la Marina, que también ahí estaba. Decía él que ya no podía, que ya. Ya *nosotros* le gritamos: “¡Jálate, da tu último, ya estás aquí!”. Cuando vimos del otro lado, yo vi que alguien traía un chaleco y yo dije: “No, está muerto, creo”. De repente, vi que se movió tantito, pero no alzaba la mano ni nada. “No, sí está muerto”, decíamos. Ya cuando lo vimos más cerca, vimos que era otro capi, un capi ya de sesenta y cinco años. Venía nadando, pero bien despacito, y dije: “Está vivo. Está vivo, ahí viene el capi”, y también se subió; eran las cinco de la mañana.

Bueno, ya para no hacerla más larga, pues, ya éramos seis a los que nos salvaron ahí; ellos nos salvaron. Nos metimos, nos metieron al barco porque teníamos mucho frío y ya al momento que ya empezó a clarecer, *nosotros* traíamos en la mente: “Fuimos los únicos”, pero ya después cuando empezamos a encontrar a la gente, a los demás, [dijimos]: “Fueron varios [los sobrevivientes]”

Cuando empezó a clarecer ya como a las siete o seis de la mañana, nos asomamos y regresamos a ver ahí donde estábamos. Ni un barco [a flote], todos los barcos en las piedras, todos. Como unos cincuenta-seenta barcos que había, ni uno quedó. Bueno, sí quedó uno flotando y se fue hundiendo, *nosotros* vimos. Y ya cuando, este... nos vimos y yo nomás decía, todos decíamos: “Ojalá y todos estemos bien”.

Yo decía: [ojalá] que todos hayan alcanzado a salir, o [hayan llegado] nadando a la orilla. No nos imaginábamos que iba a haber tanto

[desastre]. Y ya como a las siete [de la mañana] ya estábamos *nosotros* desesperados, porque ya nos queríamos bajar del barco, pero el capitán nos decía: “No, tenemos que aguantar. La Marina tiene que darnos la orden de bajarlos”.

Nos pidieron nuestros nombres y todo; ya como a eso de las ocho [de la mañana], creo, fue una lancha y ya fue que nos bajaron. Ya *nosotros* vimos que los de la Marina empezaron a salir a buscar. *Nosotros* ahí estábamos y nos dijeron: “Ya se pueden ir”.

Pero [previamente] de eso, nos hicieron almorzar, nos dieron comida, agua, de todo. Por eso digo, la verdad, yo quisiera recalcar eso de que, pues, la verdad, digo la verdad, no me acuerdo ni de sus nombres. Pero sí sé, digo, ellos deben de saber [los nombres de] los que estamos hablando, [deben saber los nombres de los que fuimos rescatados] nos rescataron.

Cuando nos bajaron, *nosotros* [le dijimos a la tripulación del barco: “Gracias. Dios los bendiga siempre”. Y lo digo siempre: que [Dios] los bendiga siempre. Nos dijeron los de la tripulación: “La verdad, el capitán se portó muy buena onda, porque para qué va a hacer eso, si puede aplastarlos con el barco si no los ve, pero el capi optó por ayudar”. Y *nosotros*: “La verdad, toda la vida voy a estar agradecido con ustedes. Ahora sí que volví a nacer yo en ese momento.

Pues ya de ahí, nuestra preocupación ya no éramos *nosotros*, sino nuestra familia. Yo pensaba: “Mi hijo, mi mamá”, porque allá [por donde vivo] también se pone muy feo cuando llueve. Ya estaba yo en la mente: “Ya me quiero ir, ya me quiero bajar”. No había cómo comunicarnos. *Nosotros* sin teléfono, todo se nos fue en el barco, todo.

[Finalmente] nos bajaron, cuando salimos a la costera vimos todo destruido, yo dije: “No, ya [se destruyó todo]”. Fue que yo me volví a, ¿cómo se dice?, a quebrar, a llorar. porque yo decía: “Sí, aquí está así, ¿cómo va a estar allá?”. Yo decía: “Nooo”, y mis camaradas [me] decían: “Tranquilo, Dani”.

Veníamos caminando por toda la [avenida] Costera y ellos echándome relajo, pero yo la verdad, yo sí trataba de decir: “sí, voy a tratar de estar tranquilo”. Y sí platicábamos, pero de repente me acordaba y se me regresaba todo y veía todas las cosas como estaban, todo destruido. Y veíamos que toda la gente estaba acarreado de los saqueos, y no, *nosotros* lo que queríamos era ya estar acá [en mi casa] y ya en el camino nos

empezamos a topar [con] amigos que nos decían: “La Marina se perdió. El Club de yates se perdió”. Y empezaron a decir: “Murió fulano”, y *nosotros* [decíamos]: “No, qué mala onda”, y más estaba uno sacado de onda, agüitado, triste de todo.

Ya después dije: “No, pues me voy a ir a Caleta y le voy a pedir la moto a mi primo para venirme [a la casa]”. Y sí, llegamos hasta Caleta y ya me topé a mi primo, de hecho [me lo encontré cuando estaba] caminando. Cuando lo vi me quebré: empecé a llorar y a contarle, a platicarle. “Tranquilo Dani, ya estás bien”, me decía. Yo le decía: “Quiero ir a ver a Cris, a mi niño, a mi mamá, no sé cómo estén”, me dijo: “Pues, llévate la moto”.

[Así, me] vine [a casa]. Cuando ya llegué aquí [a la colonia] vi al de la tienda, al señor, y le dije: “¿Ey, no has visto a Cris o alguien de allá arriba?”. Y me dijo: “No, [pero] están bien. Está todo bien Dani”. Y yo pensé: “Pues, ya”. Me sentí aliviado, pero ya cuando llegué aquí [a la casa] le dije a mi mamá: “¿Cómo está? Están bien todos”, y pues, digo, ora sí que, gracias a Dios [estoy vivo]. Fue algo muy feo, pero doy gracias a Dios de que aquí estoy con bien, con mi familia. Ora sí que gracias.

Cristina. Cuando ser valiente es la única opción

Mi nombre es Cristina Abril Moreno Hernández, tengo treinta siete años y compartiré parte de la narrativa de mi experiencia la madrugada del veinticuatro de octubre del 2023.

Me encontraba en el hospital del Instituto Mexicano de Seguridad Social, Vicente Guerrero, en Acapulco de Juárez, debido a la detección de preeclampsia materna severa, por lo que tuve que ser intervenida de emergencia, porque mi vida y la gestante se encontraban en peligro. La cirugía que tuve se realizó el veintitrés de octubre a las once de la noche, aproximadamente. Me mantuvieron en observación por algunas horas y me tuvieron que subir al piso correspondiente, al espacio materno para las mujeres que acaban de tener su parto.

Me encontraba en ese momento acompañada de mi hermana, pues, parte del protocolo del hospital del seguro social, como es un área de mujeres convalecientes, no tienen permiso el acompañamiento de hombres; es exclusivo de mujeres y únicamente en las horas de visita se pueden realizar. Si no mal recuerdo, es de dos o tres veces al día en el cual los hombres pueden ingresar al hospital para acompañar a al familiar o persona que se encuentra convaleciente.

En mi caso, considero que fue algo muy *sui generis*, como el de todos. Pues, las compañeras con las que compartí el espacio tenían a su bebé, mientras que en mi caso mi bebé estaba sana, pero debía estar en observación dadas las condiciones y premura de su nacimiento por lo que eso era una escena de mucha inquietud e incertidumbre para las madres, en este caso para mí, porque al único que le permitían el acceso era a un familiar directo o cercano, que en este caso sería al padre.

En ese momento me resulta algo paradójico respecto al protocolo porque ambas están en el mismo hospital, ya sea la madre y el bebé y no pueden encontrarse, que puede ser probablemente por algunas horas o en casos particulares, semanas, cuando considero que es una etapa muy importante donde ambos -bebé y madre- se necesitan. Lo planteo como parte de todo esto que observé en esta parte del proceso previo a lo que aconteció.

No tengo mucha información en el área de la salud, pero me parece vital cambiar parte de este procedimiento para garantizar una mejor situación vinculado a lo emocional y salud mental para las mujeres que tienen que pasar por este tipo de procedimientos en este tipo de experiencias desagradables que marca la vida de las mujeres, que es lo que tiene que ver con el caso de postparto y estoy segura [que] se generan los casos de acuerdo con ciertos indicadores a una experiencia.

Hay historia que contar, posiblemente de violencia obstétrica o negligencia por lo que es importante compartir este tipo de experiencias, así no romantizamos el embarazo, que en mi caso estuvo complicado. Pero reconozco que recibí la atención necesaria muy profesional por parte de quienes estuvieron vinculados a la cirugía y brindaron el seguimiento correspondiente.

Regresando al tema, me acompañaba mi hermana esa noche. Fue un día nublado, en la tarde se comenzaron a escuchar las gotas de lluvia que seguían el camino tras la ventana. Ya como a partir de las siete u ocho de la noche, miré por las redes digitales que la gobernadora y la presidenta municipal del puerto [de Acapulco] hacían el llamado a la población de generar los cuidados correspondientes porque se venía una tormenta, que sería complicada; en este caso ya lo clasificaban como huracán.

Lamentablemente, como la mayoría de la ciudadanía, hicimos caso omiso, considerando que no dimensionamos el fenómeno. Lo que recuerdo de esos videos o en las redes digitales de esa tarde, pues, miraba a las autoridades de manera tan tranquila, o sea, nunca tuvo como que ese impacto de generar esa precaución. Entonces, con mucha calma se realizaron las notificaciones a la población. Yo logré visualizar, recuerdo, esa tarde dos [notificaciones], repito, el de la gobernadora y la presidenta municipal, pero bueno, creo que hasta cierto punto cumplen dentro de sus funciones haciendo de su conocimiento a la ciudadanía lo que se identifica como un problema que forma parte de la cultura de prevención que hace falta en nosotros como ciudadanía y que tanto se está preparado para hacerle frente a un fenómeno natural, más en la situación geográfica en la que nos encontramos.

Bueno, ya como a las nueve de la noche la lluvia empezó como con más velocidad, más fuerte. Ya existía información sobre lo que vendría, pero dadas las condiciones en que me encontraba, no me apetecía estar informada. Fue que mi hermana, quien me acompañaba, me dijo: “Vie-

ne un huracán, te tengo que quitar de la ventana”. Porque el espacio que me habían asignado en el área maternal estaba al lado de un ventanal, por lo que rápido notificó a la enfermera de guardia y dijo: “Tenemos que quitar a las pacientes, se viene el huracán. Mi hermana no puede estar aquí”. La enfermera respondió: “Cálmate, niña, deja de impacientar a las personas. Nosotros no tenemos información, ni autorización de hacer ningún cambio”.

Después, imagino que ya existían videos en las redes, [en ese momento] era mi hermana quien tenía la vinculación con el teléfono. Dadas mis condiciones, no tenía mucho interés de tener el aparato digital en mis manos, así que era ella la persona que estaba informada, se puede decir. En ese proceso se empezó a perder la señal; mi hermana ya no me hizo ningún comentario al respecto para no preocuparme. Infiero [que lo hizo] porque me conoce. A veces, es parte de los comentarios que ha realizado, pero el huracán ya estaba entrando a la bahía en algunas zonas. Se volvió a decir a la enfermera que tenía que hacer el cambio, que corría peligro porque estaba al lado de la ventana, que era una emergencia.

La enfermera igual reflexionó por lo fuerte de la lluvia, los relámpagos que ya se estaban generando y respondió también en ese momento: “Voy a hablar con el subdirector para saber qué procede o me autoricen”. Llamó, de eso estoy segura porque en unos minutos, bueno, posteriormente, llega una persona haciendo como unas observaciones, pero ya después no me percate de las decisiones que tomaron o no.

Fue en ese momento cuando empezó a escucharse el estruendo de los vidrios que se estaban rompiendo de los pisos superiores, qué sé yo. Fue ahí que comenzó la movilización por parte de las enfermeras y en este caso, mi hermana con una enfermera logró pasar la camilla donde me encontraba al pasillo.

Parte del resto de las chicas que estaban ahí, en las mismas condiciones que su servidora, lograron reubicarse, en ese momento empezó la movilización de buscar espacios donde tuviéramos la oportunidad de protegernos.

En ese momento me lograron colocar con la camilla porque es algo complicado; el espacio estaba reducido, la camilla ocupa un espacio considerable, es muy pesada. Mi hermana y la enfermera lograron moverme hacia un pasillo, pero al final les dije que no puedo estar aquí porque de igual manera hay una ventana enfrente que no tarda en romperse porque

se movía como una hoja de papel; ya no tardaba en empezar a volar parte de los cristales.

Fue así cuando de repente empieza ya a entrar el viento al piso donde me encontraba y a romper toda la parte de los cristales, o sea, estaban los vidrios volando. Lo que hice en ese momento fue..., ya dejé la camilla en el pasillo, comencé a levantarme como pude y este..., pues estábamos todavía con algunas sondas, conductos, porque el efecto del medicamento..., pues necesitábamos medicamentos. Yo no tenía ni veinticuatro horas que acababa de tener a mi hija, pero tenía que levantarme.

Entonces, lo que hice fue quitarme la sonda porque estaban todos los cables o cuerdas no tenía una sino varias ya dobladas, el medicamento no continuaba su ruta, entonces lo que hice fue desvincularme todo lo que tenía agujas en la mano, para poder avanzar, es lo que me ocurrió en ese momento... y bueno, al momento de quitarme el suero, los medicamentos y la jeringa que tenía conectada en las muñecas de mi mano. Nada más veía como una fuga de una manguera de agua..., pero pues en realidad era sangre y lo que tenía que hacer, pues era..., utilicé mi bata que tenía para hacer presión y que no estuviera escurriendo.

Entonces, lo que hice fue caminar como pude y llegué a un espacio que encontramos gracias a unos médicos que estaban ahí como realizando su guardia o residentes en este caso, no tengo como claro el servicio que estaban realizando, pero nos cubrimos como en un pequeño cubículo donde se encontraba un escritorio, una silla y como un lavabo eso significa que ahí logramos refugiarnos como veinticinco personas, aproximadamente.

Mientras tanto se escuchaba como el viento hablaba [entrevistada ríe brevemente], chiflaba, era terrible el sonido que prevalecía: como se caían los pedazos de techos, de lámparas, la puerta de cubículo donde nos refugiábamos no podía cerrarse por la fuerza del viento.

Miré en ese trayecto que se estaban esforzando por cerrar la puerta, como bailaban las camillas, los expedientes, cristales y escuchaba también lamentos, gritos, llantos de personas que probablemente en otros pisos buscaban refugio.

En ese espacio había mujeres que estábamos en las mismas condiciones: en bata, llorando, otras orando, mientras el agua escurría de los techos impresionantemente, tanto en la parte inferior el agua aumentaba, ya con todas las canalizaciones hasta había agua de color rojo, muchas

descalzas, en este caso con algún familiar o acompañante como lo marca el protocolo.

Es así como a lo largo de esa noche trata de disminuir un poco el viento, yo me encontraba con mi hermana y fue ahí en ese espacio cuando dije: “Tengo que hacer algo, no estoy con mi hija, las mamás que están refugiadas en este espacio tenían a sus bebés, pero yo no estoy con mi hija, y no sé cómo está, en qué condiciones está, con quien está, quién la está protegiendo. Necesito bajar”.

Entonces, fue algo que..., entre llorando y reflexionando, pero sabía que tenía que hacer algo, que no me tenía que quedar ahí y lo que le comenté a mi hermana en ese momento fue: “Ayúdame, por favor, tienes que ir a buscar a mi hija. Necesito saber cuáles son las condiciones en las cuales se encuentra. Necesito saber cómo está”.

Para esto, no me había percatado, pero había dos bebés que no estaban con sus mamás y empezaron a llorar. Fue que en algún momento dijeron: “¿Quién no está con su bebé aquí?”. Y yo levanté la mano. Me iban a pasar a un bebé para que yo pudiera amamantarlo, es decir, sin tener un vínculo con mi hija, pero teníamos que hacer frente a esta adversidad para poder ayudar a esos bebés que acababan de nacer y que los acababan de subir a piso, pero que sus mamás estaban todavía en el quirófano y que no habían logrado subirlas al área de maternidad.

En ese momento, cuando estaban a punto de pasarme a esos bebés para que pudiera amamantarlos llegaron dos enfermeras, con la tarea de que podían llevar a esos bebés con sus mamás porque sus mamás pues, estaban con mucha incertidumbre de saber en qué condiciones estaban y en ese momento, lo vi como una oportunidad y le dije [a la enfermera]: “Bueno, entonces yo necesito tener a mi bebé también, necesito que me lleven con ella”. Y una enfermera respondió: “Pero no puedes, ni siquiera te puedes levantar, ¿cómo crees?, ¿no te miras cómo estás?, debes estar tranquila, hay personas que están cuidando a tu hija”.

Pero claro, en ese momento no me podía generar tranquilidad el comentario. [La enfermera me dijo:] “Va a ser peor si tú bajas, no tienes ni veinticuatro horas, se te va a abrir la herida, vas a sangrar, vas a quedar tirada en el pasillo y no hay nadie que te ayude en estos momentos, entiéndelo”. Me quede callada, entre llantos o lágrimas con mucha impotencia de que sabía que tenía que hacer algo y que no podía porque no tenía las condiciones.

Entonces, se fueron las enfermeras y el viento como que, ya no sabíamos lo que estaba ocurriendo externamente, se escuchaba igual de terrible que todavía se seguía cayendo parte de los techos, computadoras, todo el material completamente destruido.

[Fue] en ese momento[que] le dije a mi hermana que me ayudara, que tenía que ir por mi hija. Mi hermana me dijo que me tranquilizara, que ella iba a ir a buscar información. Entonces, agradezco a mi hermana porque con mucha valentía agarró dos cómodos y los tomó como escudo y bajó.

Yo no sé en qué [piso estaba mi hija]; era un piso, dos pisos donde estaba el área de cuneros. Logró verlos. Tardó, y eso me generaba incertidumbre, mucho más porque decía: “¿Y si se perdió en el hospital? El hospital es grande”. Al final regresó y me dijo: “Tu hija está bien. No te preocupes”.

Pero aun así no me generaba tranquilidad, porque decía: “Si ella no logró verla, [si ella] no me quiere dar información para que yo no me altere o quiere que esté tranquila”. No me quedé conforme y le dije: “Si tú quieres ayudarme, necesito que me lleves donde está mi hija, por favor”, y entonces las enfermeras me volvían a repetir: “No tienes que irte, no puedes”. Y ya le dije a mi hermana, en un momento que las enfermeras estaban apoyando a las demás chicas, lo vi como una oportunidad y me levanté con mi hermana, me fui con ella.

Al momento de salir del piso, una guardia que yo entiendo que estaba realizando su trabajo me dijo: “No te puedes ir”, y le dije: “Olvidate del protocolo, esta es una situación de emergencia” y entonces la policía gritó: “Jefa, jefa de enfermeras, esta muchacha se va, esta muchacha se va” y entonces le hable fuerte: “Olvidese del protocolo, entienda que es una situación de emergencia, tengo que ir por mi hija”.

Tardé en bajar al área de cuneros porque tenía que bajar unas escaleras, ya no recuerdo si es uno o dos pisos dónde yo me encontraba, cuando llegué al área de cuneros pues, me parecía algo completamente terrible, el área donde estaban los bebés, yo calculo que eran unos dieciocho-veinte bebés que estaban ahí, todo estaba destruido.

Reconozco aquí, esta parte ya reflexionando de la ética y el compromiso de los enfermeros que lograron reunir a todos los bebés en una esquina. Y no sé, algo que vi, qué me impresionó mucho y al final miré como algo mágico de la tragedia, es que unos bebés estaban conectados,

necesitaban respiradores y [esa] fue la única parte del techo que no se había caído, donde estaban ellos.

A los [otros] niños, a los [otros] bebés, los guardaron en una esquina, en un lugar donde era como una bodega para guardar material. Era la única parte que se logró mantener del techo, estaba como seco y tuvieron que abrir para resguardar a los bebés, guardaron a los bebés, bueno colocaron a los bebés de dos en cada cunero, porque lo importante ahí era protegerlos.

Entonces, cuando yo llegué, había como cinco enfermeros, a los que reconozco y les estoy muy agradecida por la labor que realizaron porque no huyeron, se quedaron atendiendo a esos bebés, y realizaron lo que estaba a su alcance para mantenerlos con vida.

Pero los comentarios ahí, cuando yo llegué y pregunté por mi hija, me dijeron: “Tranquila, dame tu nombre, aquí está tu hija”. Está dormida, no tiene nada [malo], está bien, así que tranquilízate”. Me quedé parada porque ya eran ¿qué? las tres o cuatro de la mañana. [Para entonces] ya el efecto del medicamento había pasado, no aguantaba el dolor, era impresionante, estaba super inflamada casi que no podía ni tenía la oportunidad de poder sentarme.

En ese momento, vi a la niña, me tranquilicé y caminé sobre un pasillo, me sujeté sobre la pared, y dije: “No puedo más, no puedo más, me voy a desmayar, me siento mal, me siento muy mal, no puedo y tengo que estar bien, porque necesito ayudar a mi hija y necesito hacer algo”, Una señora me escuchó y me dijo: “¿Qué tienes?” y le dije: “Señora, ayúdeme por favor, no soporto el dolor, necesito que me dé algo, ayúdeme por favor”. Me dijo: “Pero no hay nada, está cerrado donde está el medicamento y todo está destruido, no puedo ayudarte”. Le dije: “Señora, ayúdeme por favor, vaya busque algo, yo necesito ayuda, necesito estar bien”. Y se fue la señora, regresó y me dijo: “Encontré un medicamento para el dolor, pero es solución”. Le dije: “No importa, señora, inyécteme, haga lo que tenga que hacer, necesito estar bien”. Y la señora me inyectó y ya al momento de la inyección le dije: “Señora, ¿y usted quién es? ¿Qué hace aquí? ¿Por qué está aquí?”. Me dijo: “Soy la señora de intendencia”. Le dije: “Yo creo que [en algún momento] en su vida, quiso ser enfermera o doctora porque la verdad, no sentí la aplicación del medicamento”.

En ese entonces, cuando ya regresé, mi hermana que me acompañaba me dijo: “¿Sabes qué (inaudible)? Te dejo aquí con tu hija, yo me voy a buscar a mi mamá”. Y le dije: “Está bien”. Me dijo: “Yo voy a regresar por ti”.

Entonces, me quedé ahí. Cuando regresé [al área de cuneros], los enfermeros que estaban con los niños ya se querían ir, porque escuchaba que no tenían conocimiento de como estaban sus familias, que no sabían nada, estaban incomunicados igual que todos.

En ese momento, llegó una enfermera llorando y dijo: “Yo no sé por qué estoy aquí, si soy tonta o soy muy responsable. Dejé a mi hijo solo, no saben cómo está afuera. Está terrible” y empezó a llorar. Al parecer había cambio de guardia, por eso llegó esa enfermera y los [enfermeros] que estaban [en ese momento trabajando] lo vieron como una oportunidad de retirarse, porque ellos ya habían cumplido [su turno] y tenían mucha incertidumbre porque decían que se quedaron mucho más tiempo [del que les correspondía] y que los enfermeros que necesitaban llegar por el horario que les correspondía no habían llegado.

Entonces llega esa enfermera, ellos se van y ella se queda. Antes de que ella llegara, yo le pregunté a una de las enfermeras: “Por favor, ayúdeme, necesito saber cómo está mi hija”. Y la enfermera me respondió: “Llévatela, tu hija está bien, no tiene nada, solo está en observación, llévatela”. Y se fueron.

Nada más en el área de cuneros quedó la enfermera que había llegado y yo. Entonces le dije también a la enfermera: “Señorita, ayúdame, por favor, ¿qué puedo hacer? Me voy a llevar a mi hija”. Y me dijo ella: “No te la puedes llevar, es tu responsabilidad, me tiene que firmar documentos”, o sea, ellos en la tempestad y en la tormenta, pero ellos cumpliendo con el protocolo, siempre lo vi así. Y entonces le digo: “Señorita, ayúdeme”. Y me dijo la enfermera: “¿Sabes qué? Te pido de favor que no te vayas, no me dejes, no me dejes sola”. Me dijo la enfermera: “Yo no tengo corazón para dejar estos niños, ayúdame, por favor”. Entonces me conmovió mucho y le dije: “Está bien, me voy a quedar con usted”. Solo le voy a pedir un favor, le voy a pedir que me diga cuál es el lugar más seguro para mi hija”.

Todavía seguían escuchándose [mucho ruido]. A lo mejor la tormenta o el viento habían pasado, pero las condiciones del hospital eran muy deplorables y todavía seguían escuchándose como se caían los pedazos

de techo, de pared, porque eran una gran parte de plafón. No sabías si te iba a caer una lámpara encima, todo estaba húmedo, los escurrimientos de agua por las lámparas, se había ido la luz, el seguro social tiene planta -de energía eléctrica- y es que también eso ayudó un poco a los bebés que tenían que estar en conexión.

La enfermera, me enseña el mismo sitio donde estaban todos los niños y lo que hice fue resguardar a mi hija en un cunero sobre un colchón y la puse abajo de un escritorio, me dijo ella: “Ayúdame, por favor” y le dije que sí.

Mi cuerpo ya había respondido un poco [al analgésico] que me inyectó la señora de intendencia en el pasillo y en ese momento nos pusimos a darles de comer a los bebés que estaban llorando, a cambiarlos. En ese momento también traté de armar los expedientes porque siempre observé que la preocupación por parte de ellos -enfermeras y enfermeros- era hacer la entrega de manera correcta de las actividades que habían realizado al siguiente turno y la enfermera que [estaba en ese momento] se quejaba de los que se habían retirado, [ya que] no habían ordenado los expedientes.

Me puse a ayudar y ordenar los expedientes: identificar el diagnóstico de cada uno de ellos [los bebés] con las pulseras que colocan como brazaletes en su muñeca para identificarlos, así que, en ese momento, con todo el dolor y con todo lo que significaba, nos pusimos a atender a los bebés que estaban ahí.

Creo que hasta ahí la habíamos como librado, pero la parte más trágica para mí fue [que] parte del hospital seguía cayéndose. Escuchábamos, [estaba] muy nublado, seguía lloviendo y la enfermera me dijo: “Me acaban de llamar, nos acaban de avisar al personal que tenemos que salir, que el hospital se va a caer”. Entonces dije yo: “Ya no puedo. No voy a salir. Estoy aquí en el cuarto piso; está muy lejos la salida, yo no voy a salir. Me quedo aquí con mi hija”. Le dije: “Yo no me voy, yo no puedo, ya no puedo dar un paso, me siento mal, me voy a ir caminando y me va a caer el techo encima, prefiero quedarme aquí en este escritorio, si el hospital se cae, yo estoy segura de que me van a encontrar”.

Entonces, fue como la parte más complicada para mí, después de la odisea de llegar y saber que se va a caer el edificio donde estás y que estás en un nivel donde nada funciona, no hay luz, sigues escuchando como los techos se están cayendo y fue lo único que le dije: “Yo no me voy, no

puedo, me quedo aquí, yo sé que me van a encontrar con mi hija y me quedo con los bebés”. He decidido eso”.

En ese momento llega mi hermana con mi mamá, y ya cuando las veo, pues, me sentí mucho más segura y también empecé a inquietarme un poco, porque decía que tenían incertidumbre, que no tenía nada para mi bebé, que si salía con ella estaba lloviendo todavía, que se iba a morir, que tenía un día de nacida, que se iba a enfermar, que lo mejor era quedarme ahí, pese a las condiciones del hospital, que no tendría espacio donde quedarme con ella.

Entonces, [cuando] llegó mi mamá y mi hermana y le dije a la enfermera que ya le había ayudado, ya estaba por amanecer eran las seis de la mañana, cuando le dije que me iba a retirar, solamente le dije a la enfermera: “Este..., señorita, le pido de favor que me regale una sábana y un poco de leche para mi hija” y me dijo la señorita: “No, no te puedes llevar nada del hospital, la sábana no y la leche, ¿qué crees? es la única que tenemos para los bebés, ya no vamos a tener, el área de cocina ya no tiene alimento, no está disponible y no hay nada”.

Entonces eso para mí era más incertidumbre, no tanto lo que vivimos, sino como voy a salir de aquí, que es lo que me espera afuera cuando no hay nada. Para eso ya a través de los cristales se veía que había mucho movimiento afuera, eran las seis de la mañana. Yo decía: ¿Qué está pasando?, pero ya a esa hora en los Oxxos [tiendas de conveniencia] y un Aurrera [supermercado] que está por ahí, atrás del seguro, pues, eh, ya estaban las personas tratando de abrir las tiendas, y yo no lo entendía, lo comprendí después, ya que lo visualicé, pero no tenía en la mente lo que estaba afuera, lo que estaba ocurriendo afuera – en el exterior.

En ese momento ya iban a ser como las ocho de la mañana cuando llega mi esposo y pues, reflexionando sobre las condiciones me sentí más tranquila, porque, pues, ya estaba con mi familia, con mi mamá, con mi hermana, con mi esposo que podían ayudarme. Lo que hicimos fue esperar a que amaneciera para poder salir y buscar un lugar seguro donde pudiera estar la bebé y yo, o pudiéramos estar.

Es eso lo que parte de mi experiencia y lo que viví. A veces pienso que ya lo superé, pero cuando lo recuerdo..., pienso que el seguro es un gran hospital, yo observé, en lo que respecta a mi experiencia, el compromiso de las enfermeras que se quedaron hasta el final con sus pacientes. Pero también a veces observé que esa parte del protocolo me

parece innecesario en casos de emergencia, entiendo que es porque son parte de las tareas y funciones que tienen que realizar.

Entonces veo esta gran (inaudible) que observé en los enfermeros que pudieron involucrarse en esta parte de mi experiencia y la importancia de la cultura de prevención porque, aunque puedan tener protocolos para estos fenómenos, pues, faltó experiencia, aplicarlos, porque no sabemos cómo actuar, ni como desarrollarlos, no están informadas las instituciones.

En el caso de la enfermera: cuando mi hermana le comunica que se acerca el huracán [la enfermera] no tenía la información, tenía que esperar la autorización del director o el subdirector, no recuerdo a quién mencionaba ella. Entonces, eso evidenció la falta de cultura de la prevención en la ciudadanía y rescato esta parte de la ética y el profesionalismo de los enfermeros en lo que respecta a mi caso.

Ya en el transcurso de todo ese trayecto miraba a adultos mayores que lograron salir de sus pisos con algunos familiares que podían [ayudarlos], pues, levantarlos, cargarlos porque ya eran personas de una edad considerable, personas que llevaban cristales en la cabeza, en la espalda, sangrando y, pues, fue parte de lo que me tocó vivir, pero bueno, aquí estamos, haciendo frente y en algún momento era como una película, una película de terror sin ninguna inversión en vivo, porque nunca me imaginé, pues, tener esa experiencia, que la veo como parte del aprendizaje que como todos... y, pues, al final, doy gracias porque está bien mi bebé y yo.

Luisa. Saqueos, desilusión y resiliencia

Bueno, como todo ese fatídico día, por decirlo un poco dramático, pero bueno, así se vivió y no podemos minimizar el cómo lo vivimos todos. Digo, a la fecha sigo recopilando testimonios, tanto de mis chicos como de gente que conozco, y todos tienen una historia distinta que contar.

Yo ese día, que fue un martes, me tocó descansar. El día domingo, mis jefes me mandaron un mensaje y me comentaron que había una tormenta tropical cerca, que podía estar cerca, que estaban comentando que podía ser grande. El domingo yo todavía les dije: “Pues, aquí está tranquilo”. “No hemos visto nada, no se está viendo nada”, me dice. “Hay que ir la monitoreando”, porque siempre monitoreamos las tormentas que se acercan al puerto.

El día lunes, de nuevo me llaman en la mañana y me dicen: “*Luisa*, se está haciendo ya la tormenta, ya es un hecho que va la tormenta tropical y hay que ponerle atención”. Yo dije: “Sí, claro”. Yo administro un centro comercial. Me vuelven a avisar y digo: “Pues, aquí se ve azul el cielo, no veo nada, pero vamos a estar al pendiente”. Eso fue el lunes. El martes en la mañana me vuelve a escribir: “*Luisa*, esto ya no es una tormenta tropical, ya nos vamos con un huracán categoría 1. Necesito que estés alerta”. Dije: “Sí, de acuerdo”, de hecho, todavía les comenté: “Ya me tocó vivir un huracán, el huracán Manuel, que fue categoría 3, y lo viví de esta forma. Hicimos esto, hicimos varios planes, bueno, las medidas que tomé en aquel entonces”. Me dijeron “ok, ve previendo a tu gente”; eso fue a las nueve de la mañana del martes. El día que fue el huracán fue el martes veinticuatro y pegó en la madrugada del veinticinco.

Ya cuando me dicen esto, dije: “Bueno, pues, está raro que desde el domingo me hayan medio comentado, el lunes otra vez me hayan preguntado y ahorita otra vez, ¿qué está pasando?”. Entonces yo ya comencé a meterme a todas las páginas de lo que es gobierno; no había nada, a las páginas de la naturaleza y del agua que medio encontré, y medio decían que venía una tormenta y debíamos de tener cuidado. Más tarde ya empezaron más anuncios diciendo que venía un huracán, que tomaras las medidas, que te fueras a refugios, pero temprano no había nada. Ya como a eso de las dos de la tarde, porque fui por mis hijos a la escuela,

ya se empezaba a oscurecer, empezaba a nublarse un poquito. Entonces yo estaba comiendo con mi familia cuando nos llegó un mensaje de la escuela, que se suspendían las clases vespertinas de la escuela; eso ya estaba raro.

Me llaman mis jefes y me dicen: “*Luisa*, ya es categoría 3, O sea, esto ya se va a categoría 3 y puede subir”. Por favor, empieza a tomar medidas y retira a toda tu personal y clientes. Los retiré a sus casas desde las tres de la tarde y con parte de mi equipo los retiré con los demás por el aviso de cierre por huracán.

O sea, sí empezamos a avisarles que tenían que cerrar, y comenzamos a cerrar los locales lo más pronto posible. Me apoyé mucho con los colaboradores que aún estaban. Los locales comerciales empezaron a preguntar qué podían hacer. Están en su derecho de hacer lo que gusten; si quieren ponerle un tapial a su mueble, ponerles cruces de cinta a los cristales, tapear los cristales, es decisión de cada local cómo cubrir su local.

Nosotros, como centro comercial pondremos costales donde sabemos que se mete mucho el agua. Tenemos demasiados cristales para ponerme a tapiar. ¿De dónde sacó tablaroca o durock para tapiar todo el centro comercial? No había forma. Estamos hablando de que ya eran las cinco de la tarde.

Entonces, a las cinco de la tarde ya me empiezan a avisar que iba para categoría 4 y subiendo, entonces sí ya me alertaron. En ese momento generamos un chat y ahí empezamos a subir información. Me dijeron: “¿Qué está pasando?, ¿qué estás haciendo?, ¿cómo van las cosas?”. Ya les empecé a avisar cómo están los locales, los locales que ya habían cerrado. Mis chicos me empezaron a avisar que: “Ya la fui a rotar, ya cerró tal local”. A las ocho de la noche, ya tenían cerrado el ciento por ciento de los locales y ya se habían ido todos los clientes. Logramos a esa hora vaciar el centro comercial; ya nada más quedó uno que otro que se fue un poquito tarde, pero realmente a las ocho de la noche se puede decir que ya estaba vacía. Empezamos a cerrar el centro comercial, para tratar de resguardar lo que más se pudiera, pero nadie teníamos en la cabeza la magnitud de lo que venía; sabíamos que se venía un huracán categoría 4 hasta ese momento, pero no sabíamos la magnitud del monstruo que llegaba.

Me pidieron que se tenía que quedar un guardia de mantenimiento, un guardia en estacionamiento y una guardia en monitoreo de seguridad.

Así fue, todos los demás se fueron, solo quedaron ellos tres: alguien en cámaras, alguien en mantenimiento y alguien en estacionamiento. Porque si empezaba esto fuerte, tenía que cerrar válvula de gas y empezar a hacer todo nuestro protocolo de seguridad que tenemos nosotros ante este tipo de eventos.

A las 10 de la noche ya me confirmaron que ya era categoría 5, ya no había para atrás, y que iba a pegar directo al puerto. Ya empezamos a alarmarnos un poco más, pero es muy chistoso porque seguíamos sin saber qué venía. O sea, era: “Ah, bueno, es un categoría 5, ¿pero, qué viene? ¿qué va a pasar?”. Realmente, sabíamos que iba a haber aire, iba a haber agua, pero nadie lo habíamos vivido como lo vivimos, bueno, creo que nadie se esperaba lo que pasó, nadie.

Yo todavía a las cinco de la tarde, me acuerdo de que a las mamis que conozco del colegio les mandé un mensaje: “No quiero ser alarmista, pero esto viene fuerte, porque para que mis jefes hayan estado tan insistentes es porque esto va a estar fuerte”. Entonces, quien no haya hecho super, vaya a comprar agua y a comprar no perecederos porque no sabemos qué va a pasar mañana. No les estoy diciendo que vayan y vacíen el súper, pero sí tengan algo para mínimo sobrevivir una semana, tres días, porque no sabemos qué va a pasar”. Sí me acordé de los niños, los amigos, los compañeros de mi hijo en la escuela y dije, pues, dije voy a avisar, quien me haga caso, yo ya avisé. Hubo quien sí me hizo caso y fue a comprar.

Yo todavía esa noche mandé a mi esposo al Oxxo y le dije: “Nos falta esto y esto”. “Vete a comprarlo”. No me creía; me decía: “*Luisa*, estás exagerando” y yo [le decía]: “No. Esto va a estar muy complicado”. Entonces yo empecé a preguntarles a mis chavos: “¿Dónde estaban? ¿Si estaban en su casa?” Algunos me decían que sí. A las diez de la noche dormimos a los niños, se quedaron dormidos y le dije a mi esposo: “Tengo pájaros”. Le dije: “Mete a los pájaros”, y él: “No, ¿cómo crees?”. “No les va a pasar” y yo “mete a los pájaros”. Con trabajo lo hice que metiera la jaula de los pobres pájaros, sino ya ahorita ya no existirían y le digo: “Y el colchón”. Tenemos un colchón individual, le dije: “Ponlo en la ventana del cuarto principal donde nos íbamos a quedar a dormir”.

Me dice: “Ok, está bien”. Lo pasamos, movimos a los niños que estaban dormidos. Todos nos acomodamos en una sola habitación: mascotas, mi esposo y yo y mis hijos. Nos metimos ahí a las once de la noche, literal al cuarto. Yo lo que hice fue que del trabajo me mandaron una aplicación del *Google Earth*. Entonces yo estaba siguiendo la trayectoria en vivo del huracán. Entonces, en el momento en que estaba pasando eso, yo estaba viendo como ya estaba entrando [el huracán].

O sea, ya se empezaban a sentir los vientos, y empezaba a buscar qué iba a pasar y en qué momento. Entonces le dije a mi esposo: “A las doce de la noche con cinco minutos entra, a las doce de la noche con cinco minutos lo tendremos aquí y es cuando se va a sentir más fuerte esto”. Me dice: “Ok”. “*Luisa*”. En el chat que se armó todo el tiempo [me preguntaban]: “*Luisa*, ¿cómo vas? ¿cómo estás?”. Y yo: “Aquí ya se sienten los aires, ya está lloviendo, vamos bien, el centro comercial tranquilo hasta el momento”. Y así y así.

A las once y diez de la noche me habla mi guardia de seguridad y me dice que tenía a ocho individuos en una de las puertas, ocho personas resguardándose. O sea, por fuera, me dice: “¿Qué hacemos?” y dije: “Pues, métenlos”. O sea, se van a morir [si no los meten]. Les va a pasar algo, todo lo que va a volar ahorita, esto se va a poner difícil, me dice: “¿En serio jefa?” y dije: “Sí, métenlos”. Entonces lo que hicimos fue: abrimos las puertas, los metimos eran siete hombres y una dama, los metimos y jalamos la salita de estar para que la gente se sentaran y le dije: “Mira, los van a sentar ahí pegaditos a la puerta, pero separado de los cristales, por cualquier cosa. Necesito que los sientes y les comentes que los vamos a resguardar con todo gusto, para su bien. Pero que no anden merodeando por el centro comercial, que los vamos a apoyar para que no pasen ninguna inseguridad, para que no les llueva. Los queremos resguardar, ya mañana o cuando el huracán pase los dejamos salir”. Accedieron y entraron, los sentaron y un guardia se quedó con ellos sentado, platicando, supongo.

Eso fue como a las once y diez de la noche; ya los aires estaban fuertes, pero todavía no como se sintieron a las doce de la noche. Yo seguía chateando con mis chavos, a cada rato: “¿cómo van? ¿cómo estamos? ¿aire?”. Sí, todo esto. Ok. A las doce de la noche, cuando empecé a ver que el huracán comenzaba a entrar, que nada más eran las ráfagas de adelante, todavía ni siquiera entraba lo mero fuerte, los cristales de mi

casa empezaron a moverse muchísimo. Entonces, mi esposo y yo no estábamos dormidos, estábamos pendientes de..., y me dice: “¿Sabes qué? Se va a tronar el cristal de la habitación”. Le dije: “¿Por qué?”. Y me dice: “¡Escucha cómo se truena el cristal!”. Y sí, se escuchaba que tronaba mucho. Me dice: “¿Sabes qué, *Luisa*? Hay que movernos de cuarto porque esto se va a tronar”. O sea, teníamos pegado el colchón, pero me dice: “Se va a tronar. “No lo va a aguantar”, y solo dije: “No puede ser. Bueno, está bien, ¿qué hacemos?”

[Me dijo mi esposo]: “Sabes qué, vámonos al otro cuarto”, O sea, tenemos otro cuarto que da como al área común del condominio y también tiene un ventanal, pero más pequeño. Dice: “Ya en caso de que si vemos que tampoco la vamos a hacer, nos metemos al baño, ¿ok?”. Cuando salimos del cuarto eran ya doce y cuarto, pues, ya era el sonido del huracán, o sea, ya era el sonido raro que nunca habías escuchado y muchísimo aire, o sea, se escuchaba muchísimo aire.

El ventanal que da a la sala no lo cerramos al cien por ciento, le dejamos una abertura como de diez centímetros para que, según nosotros, corriera el aire, pero el aire estaba haciendo de las suyas. Tenemos ahí una televisión colgada en un brazo, tuvimos tiempo de ponerle bolsas de plástico, la amarramos con bolsas de plástico, ni la quitamos, ahí la dejamos colgando, nomás le pusimos bolsas de plástico a la tele, pues, sobrevivieron las bolsas.

Entonces, cuando íbamos cruzando, mi esposo iba cargando a su hijo, yo iba jalando a mi hija y gritando al gato y al perro. La que menos hacía caso era la gata, así como “¿y a mí por qué me despertaron?”, valiéndole un carajo. La perrita sí nos hacía caso, pero al gato le valió.

Entonces, volteo a ver el ventanal y era tanto el aire [que] el ventanal era [se veía] blanco, o sea, hacia afuera no veías nada, era una neblina blanca totalmente y me acuerdo de que me quedé parada y le dije a mi esposo: “¿Ya viste?”. Yo me acuerdo de que mi esposo me decía: “¡Camina, camina, entiende!”. O sea, porque ya el aire estaba muy fuerte, pero yo quería ver, o sea, yo dije: “¿Qué hay afuera? ¿Qué está pasando?”, porque solamente era blanco, una neblina muy muy espesa lo que yo vi, y nos metimos al cuarto y el aire empezó más fuerte.

Entonces perdimos a la perra y a la gata, que son nuestras mascotas, porque la gata se echó a correr debajo del sillón del miedo y, pues, la perra la siguió. Nos metimos al cuarto, pero el aire ya no nos permitía

cerrar la puerta del cuarto, entonces fue una lucha contra el aire para poder cerrar esa puerta y poder quedarnos encerrados en el cuarto porque nos jalaba el aire, nos la arrancaba, era así de: “No, no la cierres”, y pues tuvimos que dejar a las mascotas afuera porque ellos gritando, mis hijos gritando porque, obviamente, se despertaron. Estaban los dos llorando, gritando y diciéndonos qué estaba pasando, que tenían miedo. Yo gritándole a los animales que vinieran conmigo, y ninguno de los dos me hizo caso, porque obviamente ellos también estaban buscando sobrevivencia y se escondieron debajo del sillón. Dije: “Pues, que Dios los bendiga, porque no puedo hacer más por ustedes. No puedo salir a buscarlos”, y empezó el aire más fuerte.

Cuando nos metimos al cuarto, mi esposo puso sus pies sobre la base de la cama, subimos a los dos niños arriba de la cama, los tapamos con una cobija, le dijimos: “No, no pasa nada. Tranquilos”, y mi esposo puso los pies en la base de la cama y su espalda contra la puerta, para evitar que el viento la tumbara y yo al revés; yo puse mis piernas en la base y mis brazos contra la puerta. Los dos estuvimos dos horas sosteniendo esa puerta para que no entrara el aire y tumbara, porque mis hijos estaban muy asustados. Entonces, ahí tenemos un aire de ventana que lo que nos ayudó, yo creo que lo que nos ayudó a que no se cayeran los cristales de ese cuarto y que no se cayera la puerta de ese cuarto fue que el aire de ventana no está en el cien por ciento en el orificio; tenía unos uniceles a los lados como para taparlos. Entonces, el aire se llevó los uniceles, pero no se llevó el aire[acondicionado] de ventana.

El aire, lo que hacía era que entraba por un orificio y salía por el otro. Hacía el círculo dentro de la habitación, nos metió hojas, agua, nos hizo de todo en el cuarto, pero ya no nos movió ni la puerta ni la ventana. Eso hizo un poco más estable, dentro de lo que cabe, estar ahí, pero no podíamos soltar la puerta. O sea, si soltábamos uno de los dos la puerta, nos la aventaba y el hecho de que ese aire con esa fuerza entrara al cuarto iba a ser que tuviéramos ahí un shock de miedo impresionante, más que nada por los niños, porque ellos sí estaban muy asustados. Mi hijo estaba muy asustado: lloraba y no dejaba de llorar, y decía que tenía muchísimo miedo.

También tenemos un chat de vecinos del condominio Entonces empezaron a preguntar: “¿Cómo están?”, porque para esto, a mí la señal de *WhatsApp* se me fue como a las dos y treinta de la mañana, más o menos,

entonces yo seguía con *Google Earth* al huracán, le decía a mi esposo: “Ahí viene lo más fuerte”. Está entrando el ojo, viene la parte más fuerte del huracán. Entonces a la hora, cuando ya estaba el ojo y empezaba a pasar, me dice: “*Luisa*, ya no aguanto”. Y yo [diciéndole]: “No, sí aguantas. No podemos quitarnos de puerta, no hay forma. No, no puedes”. Ya los dos, era de rezar de decir, y aparte de tranquilizar a nuestros hijos, porque no podías quebrarte. Perdón [respiración profunda].

Pero bueno, ya le dije a mi esposo que no podía quebrarse, que tenía que seguir. Seguimos, nos costó, pero ya después de ahí yo seguía con el chat de seguimiento. En el chat aguantamos toda la madrugada. Mientras yo tuviera señal, ellos me seguían diciendo: “*Luisa*, ¿cómo vas?”. Y en ese transcurso yo sostenía con una mano y contestaba con la otra y, pues, trataba de comunicarme. Dije: “No voy a perder la comunicación con nadie”, porque es muy importante que sepan que está pasando.

Paso de todo, porque en ese inter del huracán, medaban aviso de ya se cayó esto, aquello, se rompió cristal. Yo le dije [al trabajador del centro comercial]: “No te quiero en el centro comercial, por favor, resguárdate” y [me decía]: “Sí, sí, no se preocupe, aquí estoy, ya cerré válvulas de gas, bajé contactos eléctricos”. O sea, él anduvo en todos lados.

Ya después, al poco tiempo [me comunicaron que] se metió muchísimo el agua, [que se] están cayendo todos los cristales, [que se] está metiendo el agua por proveedores: “No se preocupe, aquí estoy” me visaban del centro comercial. Y yo así de: “No puede ser, ¡No estés en el centro comercial! Te va a caer un cristal encima”. Entonces era el estrés de mis chicos de guardia.

Luego, los vecinos eran de: “Tenemos miedo, ¿qué hacemos?”. Estábamos en esas también con los vecinos. Estoy hablando de que era la una de la mañana, cuando estaba el centro del huracán y se empiezan a romper los cristales, se escucha: ¡*praaaz!* Le digo a mi esposo: “Ya cayó uno de los cristales de uno de los departamentos”. Me dice: “¡No!”, y se empieza a escuchar como copas de vino cayéndose una tras otra y de repente suena el nuestro, o sea, trueno el [ventanal] de nosotros y dije: “Ese fue el de nosotros”. Ya se tronó. Todo el ventanal nuestro ya fue. “Ahorita acaba de caer”, me dice. “¿En serio?”, le dije. “Sí”, me dijo. Se empezó a meter el agua a la habitación; yo creo que se nos inundó la casa unos cinco centímetros por la cantidad de agua que entró. Me decía mi esposo: “Nos estamos inundando, ¿qué hago?”. Le dije: “Nuestra única

función es detener esta puerta; ya de lo demás ya veremos qué hacemos, ahorita es que no entre aquí. Aquí estamos; es nuestra área segura. Ahorita no podemos dejarlo que entre”.

Los vecinos se empezaron a asustar, empezó a oler a gas, empezó a oler muchísimo a gas y empezamos a escuchar cómo se caían las *marra-nitas* [tanques estacionarios de gas] de la azotea y empezó a oler a gas. Entonces los vecinos empezaron a preguntar: “¿Huele a gas?”, y yo [decía]: “A ver, por favor, señores, nadie intente prender una luz, ni nadie intente prender una vela, tienen prohibido hacer eso, quédense en total oscuridad”. Y yo escribiendo en los chats, parecía gendarme; yo no preguntaba, yo daba órdenes. O sea, me salió todo lo que tengo guardado, porque aquí tomamos muchos cursos de brigadas.

Fue de: “No pueden hacer esto, no pueden hacer esto, ocúltense aquí, no pueden hacer esto, si están así métanse al baño, necesito que por favor se encierren, todo así de no hagan esto y así”. Y yo creo que ayudó también a mantenerme dentro de lo que cabe a no quebrarme en esas dos horas, porque fueron dos horas que se sintieron interminables. Entonces, yo en esas dos horas no me rompí. En esas dos horas estuve pensando: “¿qué pasaba en el centro comercial? ¿cómo estaba mi gente? ¿qué estaba ocurriendo?”. Les decía a los vecinos qué hacer, qué no hacer, dónde estaba; contestaba las preguntas de mis hijos, tranquilizaba a mis hijos y a mi esposo.

Por ejemplo, mi hijo lloraba mucho; él canalizó así su miedo y mi hija no. Mi hija buscó un papel y se puso a dibujar una nube enojada, porque ella me dijo que el cielo estaba enojado y que por eso nos estaba echando muchísimo viento y agua y que ella estaba pidiendo a Dios que tranquilizara al cielo. Entonces, ella se puso a dibujar nubes enojadas, así que ella canalizó así su miedo y su sentir de ese momento. Durante las dos horas, mi hija estuvo dibujando; se la pasó dibujando. Mi hijo se durmió por ratos; mi hija, no.

Ya después, cuando el huracán empezó a pasar, la última comunicación que yo tuve en el chat con mi chico [del trabajo], que es el único que andaba en sitio, que andaba para todos lados; lo último que él me escribió fue: “Se cayeron todos los cristales”.

En ese momento yo le mandé un mensaje de: “Te dije que no estuvieras ahí” y ese mensaje ya no salió. Fue lo último que se pudo escribir en ese chat, fue lo último que yo leí de él y se fue la comunicación.

Yo, antes del huracán, como estaba en casa, me puse a cargar todo; o sea, todo lo que sabía que era eléctrico lo cargué. Mis celulares estaban al cien por ciento en batería, las lámparas que teníamos las cargué, sus tabletas de ellos las cargué al cien, todo lo cargué al cien, porque dije: “No se nos vaya a ir la luz. No sé en cuánto tiempo vayamos a tener luz”. Como que traté de prevenir esa parte, compré velas, tenía cerillos, tenía súper, tenía muchísima agua, tenía cinco garrafones de agua. Fue raro, no lo creía, no lo maximicé como era, pero tampoco lo minimicé como lo hicimos otros; creo que me quedé en punto medio. Creo que tal vez si lo hubiera maximizado más, hubiera ayudado más y hubiera yo tenido forma de ver la situación en ese momento, pero pude sostenerme, pude lograr salir en esos ratos.

A las dos de la mañana que perdí la comunicación fue cuando el huracán empezó a bajar su intensidad. Ahí, en esa área nosotros ya lo sentimos más ligero, porque [como nuestra] casa está a casi tres cuerdas del mar [nos dimos cuenta que había disminuido la intensidad del viento], entonces nosotros ya a las dos y cuarto de la mañana [comenzó a bajar el aire], o sea, [así lo] sentimos porque ya no nos empujaba la puerta con la misma fuerza.

A mis hijos les empezó a andar de la pipí, entonces era de: “Pues, aquí háganse, no pasa nada, ya hay agua, ya ni modo”. ¡No’mbre! No quisieron, así que como los hicimos que se aguantarán un poquito más porque no se quisieron hacer en el piso y a las dos y treinta de la mañana, [hora en que] que ya sentimos el aire menos fuerte, me dice mi esposo: “¿Sabes qué? Voy a abrir”. Y yo así de: “Nooo”. Y me dice: “Sí, voy a abrir, ya no siento tan fuerte el aire y todos queremos ir al baño”. Dice: “Hay que ir al baño y hay que ver a los animales”.

Abrimos la puerta como a las dos y treinta de la mañana. Todavía hacía aire porque sí nos costaba abrirla y después cerrarla, o sea, sí nos costaba, pero ya nada que ver con las dos horas anteriores, y sí sacamos cargando a los dos al sanitario y después regresamos y entraron la gata y el perro, pero en friega [muy rápido]. Cuando [las mascotas] escucharon que abrimos entraron las dos mojadísimas, pero entraron. Se ocultaron, yo creo, y cuando escucharon la puerta, yo creo que dijeron: “Ahora es cuando, me meto con mis humanos” y ya las medio secamos, las subimos a la cama. Bueno, en una cama individual cupimos los cuatro [humanos, la perra y el gato. ¿Cómo le hicimos? No sé, pero ahí nos medio aco-

modamos todos, tratamos de que ellos se quedaran dormidos y, pues, a esperar a que amaneciera; no podías hacer otra cosa en ese momento.

Mi esposo quería salir a juntar los vidrios y yo: “A ver, no, o sea, espérate, todavía había aire, todavía estaba el remanente ya de lo último”. Dije: “No, capaz te vuela algo todavía”. Entonces nos quedamos acostados alrededor de ellos como se pudo. Estuvimos ahí, contándonos medio callados, estuvimos haciendo de todo un poquito, como a las 6 de la mañana empezó a salir un poco el sol y dice mi esposo: “Ya, ya está saliendo el sol”.

Él en cuanto vio un rayito de sol se salió del cuarto, porque le preocupaba mucho los cristales, como es un ventanal muy grande dice: “Van a salir tus hijos y se pueden cortar y pues, a los niños no los detienes”. Él se salió, yo todavía me quedé ahí un poco tranquila con ellos, calmándolos para que no se salieran.

Mi esposo se puso a juntar cristales, por lo menos en el área común y los echaba al balcón, para tratar de que si salían no se fueran a cortar [los niños] o la perra o el gato. Dice mi esposo: “Nada más falta que ahorita nos cortemos ¿dónde conseguimos medicina?”.

En algún momento me dice: “Ya *Luisa*, ya puedes pasar, ya medio limpié”. [Los niños] todavía estaban dormidos, me salí y fuimos al balcón y dije: “¿Qué pasó?”, o sea, fue impresionante salir al área del balcón y ver hacia afuera..., o sea... ¡desaparecimos!, parte de Acapulco desapareció anoche y literal era un ambiente extraño porque todavía chispeaba y le decía yo: “Y los árboles?, ¿dónde están los árboles?”. Porque mi esposo y yo somos muy defensores de los árboles, siempre que andan talando un árbol..., o sea [en alguna ocasión] nos quedamos una vez hasta las tres de la mañana cuidando un árbol abajo de la casa, [ya que] un tipo que quería estacionarse lo quería talar, y cada vez que nos descuidábamos le pegaba [al árbol]. [En esa ocasión] hicimos guardia al árbol hasta las tres de la mañana para que no lo tumbara.

Somos muy así de ¿por qué los cortan? No, no los corten, entonces lo primero que dijimos [después de los vientos del huracán] fue: “¿Y los árboles?”. A nuestras plantas no las quisimos meter, bueno, no las quiso meter [mi esposo] porque dijo: “No, no les va a pasar nada”..., pobres plantas, nuestras plantas las deshizo y nuestra casa el huracán la decoró de verde, o sea toda nuestra casa era confeti verde literal todas las paredes la decoró de verde

Pero a pesar de eso, lo único que nos tiró realmente fue el cristal [del ventanal], porque en frente yo dije: “¡No, mi trincherero!”. Tengo un trincherero con cristal y cosas... ¡y no [le pasó nada], [quedó] intacto! Ni siquiera [le pasó algo a] la virgencita que tengo paradita y que si le soplas se cae, ni siquiera esa cayó, o sea no se cayó nada más que el cristal.

Entonces dije: “Bueno, gracias a Dios”, y bueno... el reguero que teníamos, todo mojado, todo, todo mojado. [Debido a que] el aire tumbó el cristal [entonces] se metió con todo lo que pudo.

Pero era impresionante ver eso, porque aparte de que empezamos a ver eso de que Acapulco [estaba destrozado] dijimos: “¿Cómo está la gente?”, o sea, ¿cómo está la gente? ¿cómo están las personas? ¿cómo les fue?

Si a nosotros nos pasó esto y sentimos esto..., el miedo que pasamos, ¿cómo están los demás? Los demás que viven en la pelona [lejos, arriba en los cerros], [a aquellos] que les dio de frente. [Si] a nosotros [...] nos protegieron parcialmente los edificios que les dio el golpe más fuerte [de frente] y estamos como hundidos [algo protegidos]...

Pero la gente que está [expuesta], ¿cómo les fue? Empezamos a ver todo eso, luego vimos los árboles. Podíamos ver por primera vez desde el lugar de nuestra casa lugares que ni siquiera sabíamos que existían [debido a que el huracán arrasó con muchos árboles]. O sea, empezamos a ubicar lugares que ni sabíamos que ahí estaban porque literal nos dejó pelón el huracán.

Pero, lo que nos dio mucho coraje y nos empezó a dar angustia fue que volteamos a ver a la calle y vimos a un señor con una motoneta que atrás trae como una rejilla de esas de camioneta de redila, como los que acarrear garrafones de agua, y ya traía tres pantallas

Estamos hablando de que eran las seis de la mañana, todavía llovía, y ya traía tres pantallas [de televisión] y le dije a mi esposo: “¿Sabes qué?, están saqueando el Sams” y se me queda viendo y me dice: “¿Cómo crees?”. Le dije: “Sí, ¿cuánto apuestas? Ya están saqueando el Sams”. Me dice: “No manches”.

Le dije: “Estos, en cuanto salió el Sol, así como tú te pusiste a levantar cristales, ellos ya salieron a ver qué se robaban”. Me dice: “No inventes, Luisa”. Le dije: “Sí”. O sea, así fue, o sea, ¿qué le pasa? [al señor que robaban las pantallas de televisión]. Ni siquiera sabemos cuántos heridos

hay, ¿qué va a pasar? Nada, pero él [el señor de la moto] ya se fue a traer [robar] tres pantallas.

Yo en ese momento necesitaba ir al centro comercial porque al final de cuentas es mi segunda casa. Yo tengo que responder por la gente que está a mi cargo y por el inmueble, entonces yo también tenía la angustia de: “¿Qué había pasado?”. Porque dejé de saber de ellos [trabajadores del centro comercial. Desde que me comunicaron que] casi le habían caído [escombros] encima y ya no supe nada de él. Además, había dejado a tres personas de guardia que no sabía cómo estaban, [con] ninguna de las tres [personas] desde las dos de la mañana [había tenido comunicación] y nadie sabía nada de mí.

Entonces, a las siete de la mañana le dije a mi esposo: “Ya me voy, voy al centro comercial”, me dice: “¿Cómo crees? No, no vas a ir”. Le digo: “Tú estás bien, los niños están bien”. Le digo: “Hay que comernos todo lo que se vaya a echar a perder ahorita. Hay que comer queso, jamón y leche. Deja la carne en el congelador porque esa nos puede durar dos días si la dejamos ahí. Ahorita la carne no se toca, vamos a comernos todo lo que se vaya a echar a perder de aquí a mañana o que chance [posiblemente] nos dura [más] si lo metemos debajo de la carne congelada unos días, pero ahorita va [comemos] eso [lo que puede descomponerse rápidamente]. Ahorita hay que darles de desayunar a los niños un sándwich de jamón con queso y la leche”.

Yo le empecé a decir [a mi esposo] qué nos podíamos comer y qué se tenía que quedar al final para poder controlar la comida. Lo bueno es que teníamos agua, o sea, yo empecé a pensar que ¿qué íbamos a hacer? Le serví su desayuno y todo y yo ya no podía; mi ansiedad ya no me dejaba y a las ocho y treinta la mañana yo dije: “Ya me voy”. Yo me fui, le dije: “Tú estás bien, yo estoy bien, los niños están bien. Ya comimos algo todos. Ya me voy”.

Dije: “No sé qué me voy a encontrar”, así que me puse yo unas sandalias gruesas porque yo ya me venía en tenis y me dice mi esposo: “No, vas a encontrar mucha agua, llévate algo que puedas mojar y llévate un calzado seco” y dije: “Ok”. Me hice una mochila con unas galletas, agua embotellada, me hice mi termo con agua, un calzado seco, calcetas secas y para de contar. Me puse mi mochila y mi esposo todavía me montó un impermeable me dice: “Ponte impermeable”, porque estaba lloviendo todavía a esa hora y me bajé a la calle.

Tengo videos desde el momento en el que bajo de mi casa y empiezo a grabar..., lo que vi es impresionante: los árboles, las casas, la gente, la gente salía todavía sin creer que había ocurrido. Todavía me recuerdo [el sonido] de las alarmas: *pi-pi-pi* de los hoteles.

Por ejemplo, yo que bajé hacia [el hotel] Fiesta Americana y Fiesta Americana estaba deshecho y solo se escuchaba un grillito de sus alarmados. Todo el tiempo ese pitido estuvo [así] como cinco días, el alarmado... y era constante y los huéspedes salían a la calle, así como diciendo: ¿Qué paso?

Todo el camellón, las palmeras las habían desgredado o ya no existían, volteo a ver Condesa y había desaparecido y entonces [me dije]: “Ya valimos. Esto no es para pronto”.

“Acapulco le viene una temporada muy complicada”, pensé. En ese momento volteo a ver [a la tienda] Oxxo, que esta debajo de Condesa y ya lo estaban saqueando. Dije: “No..., no es cierto”. Yo, en mi incredulidad, dije: “No, o sea, no”.

Empecé a caminar por toda la [avenida] Costera en sandalias Te digo, busqué unas sandalias gruesas porque sabía que iba a encontrar cristales y dije: “Pues, si se me encaja algo por lo menos que tarde para llegar al pie”, porque no tenía botas, ahora ya tengo, pero no tenía botas [en ese momento]. Sí son necesarias. Una nunca sabe.

Entonces, no tenía botas, así que me vine con el calzado que tuve, crucé y pues, encontrabas a gente ya en la calle, ya en la avenida, gente buscando, principalmente turistas buscando qué van a hacer porque al final del día, nosotros teníamos algo de comida en casa, pero la gente de turista no. Ellos comen de lo que encuentran en el momento y de lo que les ofrece el hotel.

Los turistas fueron los principales que yo vi en la calle al momento de bajar a (la avenida) Costera buscando [en las tiendas] Oxxos.

Al principio, algunos estaban formados para comprar. Eso fue como a las 9 de la mañana. Solo dos Oxxos vi que los estaban saqueando. O sea, ya habían roto el cristal [de la tienda] y ya los estaban saqueando. Pero había otros Oxxos que tenían formada a la gente y les estaban vendiendo, solo en efectivo.

Avancé, avancé, avancé..., todavía, me tocó ver al Señor Frogs intacto, me tocó ver al local de Tommy Hilfiger intacto y yo dije: “Ah no les pasó

nada, qué bueno”. [Seguí avanzando]. Cuando llegué a la (glorieta de la) Diana y vi la ceiba [tirada] dije: “No, no es cierto”, o sea, totalmente caída, con las raíces de fuera y un hoyo profundo. Dije: “Imagínate la fuerza del viento pa’ llevarse este árbol que tenía [muchos] años y estaba enorme”.

Volteo a ver Galerías Diana y dije: “Dios ¿cómo voy a encontrar al centro comercial?”. Seguí avanzando y, pues, subiendo árboles, bajando árboles, metiéndome al agua, me mojé el pantalón, obviamente, y así, [pues] a caminar y encontrabas gente preguntando que dónde podían conseguir esto, que dónde podían conseguir aquello.

En esos momentos yo decía: “Señor, a ver, no hay efectivo, no hay cajeros, no hay luz, no hay agua, no hay nada, o sea, no va a haber forma de que saque dinero y no va a haber forma de que alguien le venda algo ahorita”. Así que eso fue lo complicado. Por ejemplo, yo no planeé tener efectivo.

La magnitud del evento no me dio para decir: “Se van a ir las telecomunicaciones. Se va a ir la luz y no va a haber efectivo”. Tenía algo, pero no lo preví. Tampoco preví el hecho de tener gasolina y tener el carro al cien por ciento en gasolina; pude haberlo hecho, pero tampoco lo preví. Eso fue así de: “¡Chin!, me falló ahí”, porque pude haber hecho [más], pero como no lo magnifiqué al punto que tenía que haberlo hecho, no lo hice.

Cuando llegué al centro comercial fue muy triste porque la fachada [estaba] caída, los letreros caídos, pedazos de mis letreros en el piso, el tótem destruido, el huracán rompió cristales de varios locales, [aquellos] que están sobre [la avenida] Costera.

Entré [al centro comercial] y encontré primero a mis guardias y dije: “¿Cómo están?”, al guardia de la noche y dice: “Bien, bien, estamos bien”. Dije: “¿Están todos, están completos?”, me dijo: “Sí jefa, estamos todos, estamos completos, ya nos vinieron a dejar agua y galletas”. Dije: “Perdóneme, perdóneme, no me pasó por la cabeza traerles [de comer algo], mi cabeza andaba en otra cosa”.

En ese momento saqué las galletas que traía en mi mochila y dije: “Pero, cómanse esto, yo con agua sobrevivo, ya regresando a mi casa a ver qué como”. Les dejé las únicas galletas que traía en mi bolsa y les dije: “¿Dónde está mi gente?, me dicen: “Bueno, jefa, el chico de esta-

cionamiento y el chico de seguridad ya se fueron a sus casas. En cuanto salió el sol, ellos dijeron que tenían [que irse] y agarraron camino”.

O sea, como todos, a caminarle, y se fueron a ver sus casas. “Nosotros no”, me dijeron. Porque, obviamente no llegó la guardia. Ellos hacían cambio de turno a las siete de la mañana, y me dice: “Obviamente no llegaron los de la mañana y ahorita no vamos a poder pasar a nuestras casas. Vamos a quedarnos con usted, la vamos a apoyar y ya mañana Dios dirá”. Entonces se quedaron mis guardias, no se fueron a sus casas; me ayudaron ese día.

Ya entré al centro comercial y pues, obviamente era una alberca de lodo gigante toda la planta baja estaba cubierta de lodo llena de cristales, los *banners* tirados, los locales estaban intactos. Internamente no les había pasado absolutamente nada, salvo el agua que sí había crecido como unos treinta centímetros yo creo, así que todo lo que había estado a ese nivel se habría echado a perder

Pero dices: “Bueno, vamos a ver qué pasa”. Le empecé a gritar a mi chico de guardia porque me dijeron que era el único que todavía existía en sitio, y no lo encontraba hasta que subí a planta alta y le seguía gritando y me dice: “Aquí estoy”.

Ya nos encontramos y se me queda viendo y me dice: “Perdóneme, no pude hacer nada más” y le dije: “Ay, qué tonto eres, o sea ¿cómo?, estás vivo cabrón”. Lo abracé y lloramos. Fue en el momento en el que me quebré, fue en el momento que ya no pude más, o sea todo el miedo, la frustración, todo lo que paso, la fuerza que debiste tener durante toda la noche por tu familia y la organización.

Había cerrado el ciclo de saber cómo estaban todos [aquellos de] los que no supe qué paso en la madrugada. Ahí fue donde me quebré... y sí, los dos lloramos, ¿cómo? yo creo que como quince minutos estuvimos abrazados y lloré y lloré y lloré y lloré y lloré.

Entonces, me dice: “¿Qué vamos a hacer?, ¿Cómo vamos a levantar esto?”. Dije: “Veremos, estamos vivos, vamos a ... veremos” [respiración profunda de la entrevistada].

Dimos[un] recorrido, me explicó lo que había visto, lo que no había visto, este... vimos los dos locales que tenían rotos los cristales, le dije: “¿Sabe qué?, en la noche se van a meter. Vamos a jalar tarimas”. Buscamos unas tarimas que tenemos de publicidad, las jalamos y con los guardias nos pusimos a hacer como barricadas en donde los cristales de los

locales que tenían vista hacia afuera se habían roto. Pusimos barricadas para buscar [tratar] que la gente no entrara en la noche.

Yo tengo una planta de emergencia, entonces mi planta de emergencia después del huracán entró [en funcionamiento] y, gracias a Dios, no le pasó nada; estuvo funcionando toda la noche.

El miércoles tuvimos luz; la planta de emergencia se terminó el jueves a las cinco de la tarde, ya no pudo. Se me acabó el diésel y ya no pude seguir con ella, pero aguantó dos noches completas iluminando el centro comercial. Así estuvimos cuidando con los guardias, estuvimos, yo creo que ese día hasta el miércoles, como hasta las dos de la tarde aquí juntos.

Entonces, la instrucción en ese momento fue: “Todos váyanse a su casa. Ahorita no hay nada que hacer. Vamos a esperar a que nos den instrucciones y empezar a ver”. Pues, por algún lado teníamos que... Era raro, porque sabíamos que teníamos mucho qué hacer, pero no sabíamos por dónde empezar; eran tantas las cosas que hacer que no sabías por dónde empezar. O sea, era impresionante, era de: “Wey, ¿cómo le voy a hacer?, ¿qué hago primero?”.

Entonces, les dije: “Ahorita lo importante es que primero estemos bien, que tengamos comida y nos resguardemos y hay que resguardar el centro comercial y tenemos que recibir ayuda, o sea, solos no lo vamos a hacer”. Dije: “Bueno, la instrucción fue cubrir con barricadas lo que pudimos y los guardias... todavía teníamos llave de las puertas”. [La instrucción para ellos fue]: “Sí, enciérrate. Sí, cuida las puertas. Sí, que vean presencia, que estás aquí, pero no eres superhéroe”.

Entonces, les dejamos. Todavía el Oxxo de enfrente estaba vendiendo en efectivo. Fuimos a comprar agua, galletas, yogurt, lo que se podía, y les dejamos a los guardias algo. Dije: “Hay que agarrar camino porque se está oscureciendo a las seis de la tarde y esto va a ser un punto negro en el mapa, o sea, no hay nada de luz”. Y se me queda viendo, y mi celular estaba a punto de morirse [debido a] que estuve con él toda la noche. “Ok, vámonos”, me dijo.

Entonces los dos agarramos camino. Yo dejé a los guardias, les dejé instrucciones precisas, los dejé encerrados, los dejé con agua, o sea, los dejé otra vez ahí. Le di la bendición al centro comercial porque en realidad ya no podía hacer tanto.

En primera, porque debería empezar a secarse [el centro comercial] y ver [la extensión de los daños]. Era mucha la fuerza de trabajo que yo necesitaba para empezar a hacer [trabajo de limpieza y reparación] y, obviamente, los chicos, la demás gente comenzó a llegar días después.

Entonces, me fui a mi casa caminando y ya de regreso a casa tomé la misma ruta. Ya iba pasando por Señor Frogs y ya lo estaban saqueando, ya había gente con camionetas saqueándolo. Me preguntaba: “¿Es en serio?”, o sea, yo no lo podía creer.

Seguí caminando y estaba [la tienda] Tommy Hilfiger [a la que anteriormente] no le había pasado nada y ya había camionetas y coches de lujo estacionados, saqueando el Tommy Hilfiger.

No era gente general [común] que buscaba dinero para después de un día [de desgracias]. No, era gente con dinero, eran mujeres con taconazo y las uñas largas en carros de lujo saqueando el Tommy y todavía [diciendo ellas]: “Aquí hay pantuflas de tu talla” y “agarra otros pares” y “¿ya escogiste la bolsa tal?”. Y yo [me preguntaba]: “¿Es en serio? ¿es en serio?”. Yo llegué a la casa decepcionada, dije: “No, no es cierto, o sea, ¿qué está pasando? Estamos mal”.

Llegué a casa, volvimos a comer sándwiches porque se tenía que acabar el jamón y no se tenían que echar a perder, buscamos las velas que teníamos para pasar la noche, acomodamos a los niños lo mejor que pudimos por el calor y los mosquitos y ya. Nos dormimos [el tiempo que] se pudo porque el calor después de la humedad de Otis estuvo impresionante, o sea, hacía muchísimo calor.

Al otro día de nuevo, me levanté, me cambié, le dije a mi esposo: “Voy al centro comercial”. Pero, en esta ocasión mi esposo me dice: “Yo quiero ir, quiero ir”. Y pues, obviamente [me pregunté]: ¿Dónde se quedaban los enanos [niños]?

Pues, vámonos todos, así que nos pusimos tenis, nuestras mochilas, nuestra agua, galletas pa’ sostener y chocolate.

Me acuerdo que nos echamos la mochila y mi esposo quería ver el *gym*, o sea, quería ver su lugar de trabajo, pero ese día salí de la casa como a las once de la mañana y cuando pasamos afuera del [hotel] Fiesta Americana, bueno, pues estaba lleno de huéspedes buscando señal [de internet], todos buscando señal y encontramos turistas *huachicoleando* [extrayendo gasolina de los coches]... un buen de carros en la Costera que estaban con sus mangueras [para extraer gasolina de los coches]. A

los carros que se quedaron estacionados, a todos les sacaron la gasolina, a todos.

El tráfico sobre la Costera..., [pues como] ya habían movido un poco las ramas [que obstaculizaban la circulación] ya había tráfico, ya había coches pasando ese día y todos queriéndose ir, así que el tráfico era impresionante de gente que se quería ir de Acapulco.

Entonces, me dice mi esposo: “Oye veo gente en el *gym*, déjame ir a ver”. Dije: “Bueno, sube”. Pues, se metió al *gym*, [que] sube y se baja [muy rápido], o sea más tardó en lo que subió que en decirme: “*Luisa*, hay señal”. Le digo: “¿Cómo crees?”. Me dice: “En la esquina de la caminadora hay señal, sube, avísale por favor a todos que estamos bien”.

Con mi otro teléfono que tenía más pila porque el del trabajo fue el que se me bajó, pues, me metí entre los escombros, hay voy pa’ arriba yo también, las escaleras del *gym* estaban hechas un caos, o sea, tenías que agacharte, subir y panza abajo para poder subir otra vez y efectivamente en una esquinita había una rayita de señal pero te tenías que poner como en el filito de la orillita y estirar la mano, entonces pues, yo agarré y estiré la mano así, y dije: “Aquí hay señal, aquí hay señal”, pero traté de marcar y no podía marcarle a nadie, hasta que suena mi teléfono y era una amiga y dice: “¿Estás bien? [Respondo]: “Sí”.

Me pregunta: “¿Los niños están bien?” [Respondo]: “Sí”. Me pregunta: “¿Tu esposo está bien?” Respondo: “Sí”. Me dijo: “Ok”, y me colgó, fue lo único que me dijo y ella se encargó de empezar a avisarle a todos que estaba bien y que yo había hablado con ella, porque bueno, ya se imaginarán, mi familia estaba vuelta loca, mis papás ya estaban desquiciados, mis hermanos, todos estaban mal. Pensé: Ok, hay señal”.

Me puse a marcar [un número de teléfono] y le entró la llamada a mi mamá. Mi mamá, llorando, me dice: “Jane, estamos bien. Vamos para allá”. Dije: “No vengan, no hay forma. No vengan [...] Avísale a toda la familia que estoy bien y mis hijos están bien, estamos bien, ¿ok? Estamos bien”. Me preguntó: “¿Tienen comida?”. Le dije: “Sí, sí sobrevivimos, no pasa nada. Estamos bien”. Me dijo: “Ok, *Luisa*, ok”. Le dije: “Mamá, tengo que colgarte”.

Le hablé a mi hermana y mi hermana exclamó: “¡*Luisa*!”. Dije: “Bueno, ya te tengo que colgar, tengo que hacer unas llamadas”. O sea, le hablé a mi suegra y le avisé: “¿Sabes qué? Estamos bien”. Ok, ya le colgué y ya.

Ahora sí, a [llamar a] mi jefe. Entra la llamada [a su teléfono], y me dice: “¡*Luisa*, por fin! ¿Estás bien? Sí [respondí], [Me preguntaron]: “¿El centro comercial [está bien]?”. Sí [respondí].

[Me dijeron]: “¿Qué necesitas?, vamos para allá”. Eso fue el jueves como a las doce del día.

[Me dijeron]: “Mañana salimos para allá. No te preocupes. Ya llevamos víveres, ya estamos juntando víveres, ya les llevamos despensas, les llevamos agua, les llevamos higiene personal, les llevamos atún, les llevamos todo lo que podemos. Mañana llegamos, estamos ahorita juntando todo, y mañana estamos con ustedes”.

[Dije]: “Ok, gracias, sí, gracias. Por favor, avisa [que] ya no voy a tener señal de nuevo. Hasta, a lo mejor, al rato [vuelvo a tener señal]. Voy a tratar de volverte a llamar.

[Me dijeron]: “Sí, no te preocupes, *Luisa*, qué bueno que están bien”. Colgué, me bajé. Vine al centro comercial, vi a mis guardias, muchos ya se habían ido, había... al final me quedé con muy pocos. Pues, era lógico, querían ir a ver a sus familias, querían ir a sus casas, o sea, ¿cómo detienes a alguien y le dices: No, es primero tu trabajo, no te vas. No, o sea, tampoco, mucho me ayudaron con quedarse todavía esa noche. Pero, empezaron a llegar [los chicos] del turno de la mañana. Empezaron a llegar poquititos, pero sí llegaron.

Como sabían a lo que venían, trajeron su lonche, o sea, bien preparados, porque ellos también han tomado cursos, ellos también saben qué tienen que hacer en este tipo de cosas. Entonces estábamos aquí me acuerdo de que llegaron más de mis chicos, llegaron más colaboradores.

Fui haciendo una lista de quién sabía cómo estaban [sus compañeros], si estaban bien, si habían tenido perdidas familiares Empezamos a hacer nuestra lista de supervivencia de los colaboradores fui haciendo [la lista] de quién ya sabía [que estaba bien], quién me faltaba [por conocer su situación] Y entre ellos [se preguntaban]: “¿Has visto a tal? No, no lo he visto. Por favor, si lo ven me avisan cómo esta”.

Entonces, fuimos haciendo nuestra lista de todos nosotros para ver cómo estábamos, tanto la gente interna que tengo, [también] la gente de limpieza y de seguridad. Hice una lista de todos mis chavos para saber que todos estuvieran bien. Gracias a Dios no tuve ninguna pérdida. Todos están bien, sus familias estuvieron completas Sí tuvieron daños materiales como todos, pero no tuve pérdidas.

Ese día llegó la gerente de un restaurante, me acuerdo, y me dijo: “¿Sabes qué?, llévense todo el pan, llévense todo el pan, porque se va a echar a perder, repártanlo”. Entonces, me acuerdo de que todos los que estábamos aquí..., muchos de mis chavos [trabajadores] que estaban aquí, nos fuimos al restaurante, sacamos todo el pan y nos pusimos a repartirlo. O sea, nosotros nos llevamos pan, le dimos a los guardias, a limpieza, a todo lo que nos encontrábamos, les dimos pan, o sea, repartimos pan del restaurante, todo lo de su aparador lo repartimos porque al final se iba a echar a perder.

Entonces ella [la gerente del restaurante] me dijo: “Es que están empezando a saquear. A que se lo lleve un ajeno, a que se lo lleven ustedes. Mejor ustedes”. Y pues, nos pusimos a repartir pan.

Ya al final llegué con todo mi equipo, los que estábamos ahí [presentes en la plaza comercial] y les dije: “Yo sé, ya no va a tardar en restablecerse el internet, O sea, por lo menos el *WhatsApp* se tiene que restablecer poco a poco. Entonces, váyanse todos a su casa, no quiero que vengan y en cuanto yo tenga instrucciones [...], les aviso cómo vamos a empezar a trabajar”. [Me respondieron]: “Ok”. Y se fueron todos a su casa.

Y cuando yo estaba cerrando, que me estaba poniendo de acuerdo con seguridad: qué íbamos a hacer; nos empiezan a avisar que estaban saqueando [la tienda] Soriana de Costera, unos encapuchados con machete.

Ya eran las cinco de la tarde y me dice mi esposo “¿Sabes qué, *Luisa*? Ya vámonos, porque ya se va a oscurecer y no podemos ir con los niños caminando a oscuras”. Dije: “Sí, ya nos tenemos que ir”. [Ya tenía organizada] a mi gente. Pero pues, llegaba un local [locatario], llegaba otro local [locatario] y me decían: “¿Qué hacemos?”. Les dije: “Perdóname, ahorita no los puedo dejar pasar, porque se me caen [se pueden accidentar], ahorita se pueden caer, se pueden cortar, se pueden lastimar allá dentro”.

O sea, era un lodo horrible, te resbalabas, había cristales, les dije: “Si los dejo pasar ahorita a sus locales, se pueden dañar, entren bajo su responsabilidad”. Pero, volteaban a ver el centro comercial y [veían que] estaba intacto, y decían: “Pues, no le pasó nada, o sea, están las puertas, todo está bien”. Ah, bueno, [me dijeron]: “Entonces venimos mañana”. Les dije: “Sí, si quieren, dense una vuelta mañana”. Déjenme organizar,

vamos viendo, yo creo que vamos a tener que entrar con botas, bla, bla, bla”. [Me decían]: “Sí, sí, sí”.

Estaba en eso cuando llegó un tipo con una pistola. Llega y nos dice: “Ay, yo no sé qué tanto cuidan, [si] al rato caen”. Y yo así [atónita]: “¿Perdón?”. Dice: “Al rato entramos aquí, yo no sé qué tanto cuidan. Al rato entramos”.

Y todos nos quedamos de a seis [perplejos]. Dije: “No, no puede ser” y en eso se escuchan ruidos. El huracán se llevó mi cortina del andén de basura, entonces yo estaba descubierta en esa área. También habíamos puesto una barricada, pero pues, qué tan alta puede ser la barricada..., y empezamos a escuchar ruidos.

Entonces, el guardia que yo tenía dentro dando rondines en el lodo, lo que podía [hacer]. Me dice: “Jefa, se acaban de meter y están intentando abrir locales”. Pues, vamos a dispersar, ¿ok?

Entraron [a salvaguardar el lugar] y estos tipos [aquellos que intentaban abrir los locales] se echaron a correr y se salieron. Me dice: “Ya se fueron”. Dije: “Pero van a volver”.

Y estábamos en eso y ya [era] tarde y me avisan que ya no tendríamos planta de emergencia. No hay forma [que siga funcionando]. Entonces, le dije a los guardias lo mismo que les dije el día anterior: no son superhéroes, enciérrense, quédense por dentro, pero ustedes se hacen a un lado [si entran los saqueadores].

Me fui a casa, acomodé a mis hijos, me subí a la azotea porque los vecinos me dijeron que una esquinita de la azotea estaba agarrando señal. Tenías que subir a los tanques y en la esquinita, entonces, ahí voy con mi celular, dije: “Tengo que avisar”. Le hablé otra vez a mi mamá para avisar que estábamos bien y otra vez [me dijo]: “Voy para allá”. Y otra vez [le dije]: “No”. Le hablé a mi hermana y me dijo: “Ya te estamos juntando despensa. O sea, nos organizamos para llevártela”. Y yo [le dije]: “Les aviso. Aguanten [esperen]”.

Le hablé a mi jefe y le dije: “¿Sabes qué? Hoy nos saquean”. Me dice: “¡No!”, le dije: “¡Sí! Hoy nos saquean, hoy saquean el centro comercial”. Dice: “¿Cómo crees? ¿cómo sabes?” Le dije: “Por cómo se están dando las cosas en Acapulco”.

O sea, no hay que ser adivino, nada más ves alrededor, la gente se volvió un animal, la gente no piensa, la gente me decepcionó. Hoy estoy

decepcionada de la gente, de la humanidad y de lo que está pasando aquí. No es posible, no es posible que estemos reaccionando así.

Pedí que me trajeran lámparas recargables: “Tráeme una batería de celular, trae agua para los chavos, trae higiene personal”. O sea, le empecé a decir todo lo que yo estaba buscando que trajera. Le dije: “Y lleguen temprano, apúrense por favor”. Me dice: “*Luisa* y tus hijos?”. Le dije: “Dame oportunidad de llevarlos con mis papás, mis hijos no pueden estar aquí, no hay ni condiciones higiénicas ni alimentos para tener a niños ahorita en Acapulco, [...] dame oportunidad de acomodarlos, de irle a comprar el super a mis papás, darme un baño y traerme ropa, lavar ropa”.

O sea, porque toda la ropa se mojó, mucha se olió a húmedo. O sea, no tenía ni ropa, le dije: “Dame oportunidad y regreso”. Dice: “Ok, ok, nos organizamos entonces mañana”. Pasó, terminó la noche.

Al otro día [al día siguiente] otra vez agarré mis patitas [me dirigí caminando al centro comercial] y ya iba bajando a Costera y empecé a ver bolsas de compras [que dan en del centro comercial] por el [la tienda] Tommy y por el [la tienda] Señor. Frogs [regadas en el piso] y dije: “No, ya valió madres. No, yaaa”. O sea, era un hecho que habían saqueado [el centro comercial].

Y pues, yo iba caminando y con toda la tristeza del mundo, dije: “No, no es cierto”. Llegué y sí, efectivamente, habían roto una puerta, habían roto los cristales para poder entrar. Rompieron dos puertas y por ahí entraron. Toda la gente entró por las dos puertas que estaban rotas.

Era un relajo y... [había] ropa tirada y... no, no, horrible, horrible. Llegué y me encontré a mis chicos en la calle, todos sentados; y yo [les pregunté]: “¿Qué?”. Me dicen: “¿Qué hacemos? No podemos hacer nada”.

Y los de la Guardia Nacional ya estaban [presentes], estaban en los accesos y no hacían nada. Tenía a la Guardia Nacional en los accesos ¡viendo cómo la gente sacaba las cosas y no les decía nada! ¡Nada! Entonces era frustrante. No podía hacer nada.

Y yo digo que el huracán que nos jodió fue el huracán humano. Otis nos dio miedo, pero el que nos vino a joder Acapulco fue el huracán humano, fuimos nosotros mismos, no fue la naturaleza. La naturaleza solo nos enseñó lo miserable que somos, que no sabemos aprender ni apoyarnos entre nosotros

No sé si estoy hablado de toda la humanidad, de todo Guerrero, pero para mí ese fue el sentimiento que tuve y lo sostuve como un mes. O sea, a mí me agarró una decepción hacia la gente tan grande que me costó mucho trabajo volver a creer en las personas, porque dije: “¿Cómo es posible que no...?, solitos se pusieron los pies y luego todo lo que vino después”.

Entonces ya estábamos ahí sentados. Y me dicen: “Ya tenemos luz, cargue su celular. Ya no esté viendo esto”.

Nos fuimos a mi oficina. Ahí empezamos a colocar estaciones de carga, y ahí empezamos a cargar los celulares, la lámpara.

Estábamos en eso cuando nos viene a hablar una chica que tenía yo cuidando el estacionamiento. Me dice: “Venga”, le digo: “¿Qué pasó?”. Dice: “Pues, acaba de venir un tipo en moto, y dice que sabe dónde están las oficinas”. Te estoy hablando que era el viernes a la una de la tarde, y [continuó diciéndome la chica]: “Creo que al rato va a entrar a las oficinas. Y yo: “¿Qué?”. Me dice: “Sí, dice que va a abrir la cortina y que se va a meter”.

[Así que dije]: “¿Sabes qué? ¡Ni madres!, no nos van a robar más”. [Así que] vaciamos las oficinas, nos pusimos a juntar todas las computadoras, las arrancamos de las conexiones. La información la empezamos a meter en unas cajas de plástico y las fuimos a esconder a una bodega hasta San Juan de Dios [un lugar distante y escondido dentro del centro comercial]. Nos pusimos a acarrear, acarrear, acarrear. Dijimos: “No, perdóname, pero mi herramienta de trabajo y mi información no te la vas a llevar”.

Empezó a entrar [la señal de] *WhatsApp*, pero [solo] acá arriba en el sexto nivel. [Cuando ya tuvimos comunicación por esa vía] nos avisaron que en Chilpancingo los habían detenido [al equipo que venía a apoyar] y no los dejaban pasar, no los dejaban pasar a Acapulco, los tenían detenidos y les dijeron que no los podían dejar pasar a Acapulco, [eso les dijo] la Guardia Nacional.

Ellos venían con despensa en la cajuela y con guardias de apoyo, porque lo primero que teníamos que hacer era recuperar el edificio.

Bueno, no los dejaron pasar, los detuvieron en Chilpancingo. La Guardia Nacional [los detuvo] y les dijeron que nos [los] podían dejar pasar y menos si traían despensa. Yo pensé: “No puede ser”.

Pues, ya, hicimos lo que pudimos, comimos atún que encontramos y ya me voy de regreso a casa, el viernes pues, ya no pudimos hacer mucho ¿verdad?,

Me llamaron para explicarme qué había ocurrido, que no los habían dejado pasar, que había sido la Guardia Nacional, que ¿a dónde iban? [les preguntaron].

Y bueno, eso fue el viernes. Me avisan que llegarían a las ocho de la mañana del sábado. Normalmente, son cuarenta minutos, una hora [quizá], pero, pues, como la carretera estaba un poco complicada... Entonces, yo me acuerdo que me apuré y a las ocho de la mañana ya estaba en el centro comercial. Se vinieron como civiles y metieron la poca despensa que cupo en la camioneta, en la cajuela, para que no se viera y así pasaron.

Y entonces llegaron y, obviamente, cuando los ves, te quiebras y te preguntan: “¿Cómo estás?”. Entonces..., pues, [les describí la situación]... aquí es lo que hay. Y en ese rato me dicen: “Hay que entrar al centro comercial”. Dije que ya no estaban saqueando como los días jueves y viernes, específicamente el jueves en la noche... El viernes saquearon todavía todo el día, pero el sábado en la mañana ya no estaban saqueando tanto, pero todavía había saqueadores.

Les dije: “Bueno, vamos a entrar”. Pensé: “Si ustedes entran, ni modo que yo no entre”. Entramos y todavía nos encontramos con gente con machete, con pistolas. Todavía había gente esculcando en los restos de lo que habían dejado. Todavía había gente buscando qué robarse.

Nos encontramos a un locatario que se quedó desde el huracán a cuidar su local. Ahí se mantuvo. Entonces, hubo gente..., o sea, hasta ese momento me di cuenta de que hubo gente que no se fue, que se había quedado adentro de su local, resguardando. [Finalmente] después salió [de su local] y se quedó cuidándolo. Pero, realmente, no salieron hasta que empezaron a saquear. Hubo otros que llegaron a tratar de evitar el saqueo y sacaron sus cosas, o sea, tuve de todo.

Cuando nos avisaron del inicio de los saqueos la instrucción [para el guardia] fue: “Si vienen los dueños, déjalos pasar. Ya déjalos pasar bajo su responsabilidad, coméntales que hay lodo, hay cristales [rotos] y si ellos quieren resguardar su local, quedarse en su local y sacar sus cosas [está bien]. Pero [solo a los que] tú conoces, [que identifiques que] sea el dueño, porque ahorita no hay forma de pedir INEs [credencial de

identidad]. Ese es el protocolo de control. [Es necesario] que tú de vista sepas que es el dueño. Si tú lo reconoces como el dueño, déjalo pasar y que saque sus cosas si quiere, pero si no lo ubicas, no pasa. Si tú no lo ubicas, que dice ‘soy la prima’..., no, lo siento, no [pasas]”.

Ok, esa fue la instrucción que se dio. Pero muy pocos vinieron, no vinieron muchos. Los pocos que vinieron lograron sacar su mercancía, algunos poca, algunos mucha. Entonces, ese sábado toda vía nos encontramos a uno, dos, tres... a cinco personas que estaban resguardando sus locales, que pudieron rescatar parte de su mercancía y que no se las saquearan. Dimos recorrido y este... pues..., sí fue, fue muy triste,

Los guardias que llegaron retomaron el centro comercial y sacaron a todo extraño que no tenía que estar adentro [del centro comercial]. Entonces empezamos a resguardar todo el centro comercial y luego llegó gente [para reparar el centro comercial] y [también] empezó a llegar [material de construcción, como] Tablaroca y Durock. Y empezamos a tapar todos los accesos al centro comercial, día y noche: a tapar, a tapar. O sea, lo principal era: resguarda, controla tu centro comercial, que ya no lo destruyan más.

Entonces, eso fue lo principal que hicimos y fue de las primeras cosas que hicimos. Me comentaron que viera por mis hijos. Y así vas a pensar friamente y vas a poder acomodarte mejor a estar aquí al pendiente de ellos. Como sea, mi esposo y yo comemos cualquier cosa, ¿no?, y si [acaso] comemos, sino no comemos, no pasa nada. Pero sí, el hecho de que sepas que hay dos niños que necesitan de ti sí te complica un poquito más.

Entonces, me dijeron mis jefes: “No es por nada, *Luisa*, pero hay que hacerlo. ¿Ok?, dije. Fue toda una travesía, porque yo ya no tenía gasolina [en el coche]. Entonces, me fueron escoltando dos coches, uno adelante, otro atrás, por si me quedaba sin gasolina, para que me pasaran gasolina [en caso de ser necesario]. Pudimos llegar a Chilpancingo con el último aliento de gasolina; ya entrando a Chilpancingo cargué gasolina.

Y lo que sea de cada quien, la empresa no nos dejó solos; digo, no pudieron llegar antes porque se complicó todo, pero desde ese día no nos dejó solos y nunca nos ha dejado solos, nos ayudó muchísimo. Fui, ya dejé a mis hijos, regresé [a

Acapulco]. Y regresé con mucha comida, regresé con gasolina, les traje [a los trabajadores] chicharrón, tortilla; les di de comer aquí. Pues, les traje [comida] para que comiéramos todos.

Empezamos a organizar jornadas de limpieza: venían un día sí dos no. Así los empecé a organizar. Pues, a empezar a limpiar. Lo primero fue limpiar, limpiar, limpiar. Dimos recorridos, todos los días. Fue como un mes de revisiones.

[Hubo] que organizarse con los locales [comerciales], porque al final del día yo no me podía meter al local [comercial], porque el local es privado. Entonces [les decía a los locatarios]: “Dame permiso de entrar a tu local, porque lo que tienes ahí es basura y al final me la vas a echar a mí y va a ser mi basura”.

Entonces, fue organizar todo eso, que vinieran, que sacaran su basura, que se uniera a mi basura... y eran montañas de basura. Fue basura, basura, basura, porque fue lo único que nos dejaron. Todo lo demás se lo llevaron [los saqueadores]. Otis no. El otro [huracán -La entrevistada se refiere a los saqueadores]. Entonces, así fue. Ese fue el plan. Esperar a conocer hasta dónde eran los daños y organizar a la gente [para reparar todo]. O sea, mis chicos estuvieron viniendo, estuvieron apoyando, estuvimos reorganizando. Empezamos a hacer planes de acción y programación de obra.

¿Cuándo teníamos que hacer [algo], con cuánto tiempo [lo haríamos], qué venía a hacer, qué se hacía al día?... [Queríamos] que esto quedara mejor de lo que antes estaba.

Queríamos que esto volviera a florecer, volviera a crecer y estuviéramos bien. Y así fue el plan.

Empezamos a trabajar. Se decidió abrir por etapas, ¿por qué?, porque la economía lo necesitaba. Los locales [comerciales] lo necesitaban.

Pasado el huracán, [ya] que estábamos medio acomodados, pues la gente ya quería ir al súper [supermercado], ya quería ir al cine, ya... pues, la economía ya empezaba a fluir, ya empezaban a llegar turistas. Entonces, la gente buscaba qué hacer y, obviamente, los locales [comerciales] querían vender. Queríamos, pues, de nuevo tener ingresos, que esto volviera a fluir. Entonces hicimos un programa especial para poder abrir por etapas.

Somos economía, somos negocio. Vivimos de esto, necesitamos trabajar, necesitamos fluir y si no abrimos... pues tampoco se puede cerrar esto y decir ¡ya, hasta aquí! Al final, trabajo para una empresa fuerte, para una empresa que tiene visión y que tiene recurso para volver a invertir y volver a salir adelante.

Entonces, fueron meses complicados, de mucho trabajo, de mucha organización; fueron meses de desesperación también, porque hubo de todo un poco. Pero, al final del día, hubo quien trabajó de la mano contigo, hubo quien te apoyó y, pues salimos. A tal punto que hoy ya estamos abiertos y somos de los centros comerciales que tiene ya mejor instalación, tiene confort y que casi se abrió al ciento por ciento.

Guillermo. La vocación de ayudar

Mi nombre es Guillermo Villanueva Gallardo, pertenezco al Heroico Cuerpo de Bomberos del Municipio de Acapulco de Juárez, tengo un grado de capitán dentro de la institución y anteriormente fui director de esta.

La situación de Otis me tocó vivirla desde cerca, de manera muy puntual entrando a mi domicilio a las doce con cinco minutos [de la noche] en el área de zona poniente de Acapulco. Las primeras vivencias que se llevaron a cabo ahí fue que apoyé a unas familias del poblado de San Isidro, donde se empezó a presentar este huracán con rachas de vientos que levantó los techos, derribó árboles, bardas.

Todavía en esa noche-madrugada fui individual porque me encontraba de descanso. Entonces, me tocó ir a apoyar a unas familias cercanas ahí. en San Isidro, porque vecinos con gritos y pedidos de auxilio solicitaban que los ayudaran. Entonces, lo más factible fue que... como saben los vecinos que me dedico al tema de rescate, al tema de paramédico, al tema de bomberos, entonces nos fueron a hablar.

Acudimos al llamado por nuestros propios medios, de manera civil apoyamos a las familias, intentamos primeramente apoyarlas ahí en el interior de sus casas, pero ya ingresados en su casa, nos dimos cuenta de que esto ya nos había rebasado. Entonces, no podíamos salir, porque era más peligroso salir de la vivienda que estar adentro. Estuvimos ahí. Como a las dos de la madrugada se desbordó el río, el arroyo de San Isidro, afectando la calle o callejón de esa familia vecina de San Isidro.

Entonces, lo que procedimos fue a [analizar] cómo se inundó. Entró el agua de la calle, del río, se inundó toda la casa, yo creo que fácil un metro y medio subió... (un) metro sesenta, y procedí a sacar a una familia completa de su vivienda: dos menores y dos adultas. En este caso, las coloqué arriba de la azotea de su baño porque era el único lugar seguro, dentro de todo lo que había. Alrededor había luces encendidas, como lámparas que la gente tenía.

Como también ya se estaban refugiando en sus losas los vecinos de ahí mismo, había muchos gritos de dolor, ya había muchos gritos de desesperación, muchos gritos de miedo, de pánico, de tristeza y de que

no sabía qué hacer la gente. Entonces, lo que antes eran patios, lo que antes eran calles se habían convertido en una laguna, en un río. Era laguna en lugares donde ya había ingresado el agua por parte de las bardas; eran aguas estancadas los patios de las casas. Eso fue a partir de las dos y treinta de la madrugada, cuando se desbordó el río, dos horas después de haber tocado tierra [el huracán]. Por lo menos ahí en esa colonia de la zona poniente.

A las siete y treinta logré, con apoyo de otros vecinos civiles, sacar a esas personas. A esa familia, más otra familia vecina, colocando cuerdas ancladas en los postes, en centros de anclaje seguros, cuerdas rudimentarias de fibra, de esas que utilizan para la agricultura, para la ganadería, porque no había material ni equipo de rescate.

Yo había acudido con mi tubo de rescate, con mi boya de rescate, pero no era suficiente. La noche anterior, ya para las siete y treinta la mañana, pues, ya tuve que hacer un anclaje de cuerdas, un sistema de anclaje para el rescate de las dos familias. Logramos sacar a esas familias con ayuda de los vecinos a un lugar más seguro. Para esto, como toda la madrugada, desde las dos y treinta hasta las siete de la mañana, que son como cuatro horas. Pues sí, ya presentaban signos de hipotermia, principios de hipotermia la familia, sobre todo los menores. Entonces, lo que se procedió a hacer fue sacar ropa seca de vecinos, arropar a los niños, a una adulta que tiene complexión muy delgada y que ya estaba entrando en síntomas de hipotermia.

Posteriormente, me tocó ver de primera mano cuando salí ya a la calle, a la carretera principal a las siete y treinta de la mañana. Estaba aclarando, pues, ver todo el desastre que hizo el huracán cuando tocó tierra.

La labor, para suerte y buen éxito, sobre todo, me tocaba trabajar al día siguiente; me tocaba guardia. Fui a mi domicilio, ya no había transporte, los coches estaban bloqueados, mi coche estaba también inundado, lo había arrastrado la corriente, no se podía pasar hacia la calle que lleva con dirección a mi casa, a mi domicilio. Procedí a arreglar mis cosas y me fui caminando de mi domicilio a mi subestación [de bomberos], que es la de Pie de la Cuesta. En ese recorrido de ir del domicilio, donde apoyé a la familia, a mi domicilio y después regresar a mi centro de trabajo, pues vi toda la calamidad que había provocado este ciclón. Todo inundado, devastado: árboles, bardas, techos levantados, coches inundados, no de agua, sino de arena, de tierra a la altura de los toldos,

ahí en la avenida principal de San Isidro, en Pedregoso también. Ahí me empecé a dar cuenta de que la respuesta del gobierno o la respuesta del sistema de protección civil sería tardía.

Yo estoy inmerso en temas de gestión de riesgo, de protección civil, de cómo actuar antes y después de un desastre, y por esa perspectiva o esa impresión general me pude dar cuenta de que la respuesta del gobierno sería tardía. No porque así lo quisiera [el gobierno], sino porque la situación lo ameritaba. Era muy difícil que uno estableciera contacto. Nosotros, como base de Pie de la Cuesta con nuestra estación central que está en Farallón, era evidente que íbamos a estar así. Si bien nos iba... dos o tres días incomunicados, porque no había vías de comunicación, ni de radio, ni telefónica, ni vehicular. Yo en ese camino ya iba anticipándome sobre muchas situaciones, la primera de ellas: el pánico de la gente, la euforia, la tristeza.

Lamentablemente, muchas veces no se dimensiona el daño psicológico que aplica un desastre natural, porque es una situación muy diferente ver que estás en peligro, que estás en riesgo y, por instinto, logras evitarlo y haces hasta lo imposible por salvarte. Pero, en otras situaciones, cuando ya el desastre pasó y estás más tranquilo, estás más calmado, pero empiezas a ver a tu alrededor y entonces, ahí entra la psicología *postdesastre* y es la que muchas veces afecta más al ciudadano que propiamente el desastre.

Estoy casi seguro de que el ochenta por ciento, si no es que más, de las personas que directamente sufrieron daños en su propiedad, en su vivienda, en su persona por el huracán Otis. Estoy casi seguro de que ahora, con esta nueva temporada de ciclones, de lluvia, que comienza desde el quince de mayo hasta noviembre, hay mucha gente que está en una situación de crisis. Está en una situación en que tiene que dársele un seguimiento de primeros auxilios psicológicos, de atención de primeros auxilios psicológicos.

Se veía venir, o por lo menos yo lo veía venir, que iba a haber una mala racha de ingreso a establecimientos, porque la gente se desespera. Muchas veces, por el instinto, como lo comentaba, de manera inconsciente actúan porque se desesperan, porque escuchan los rumores de que no va a haber alimentos, no va a haber agua, no va a haber con qué subsistir, entonces, por eso empieza la rapiña.

Hay diferentes tipos de personas, obviamente, sociológicamente hablando, tenemos diferentes actuares: hay algunas personas que lo hacen porque se espantan, se asustan, tienen pánico, miedo y se dicen: “No voy a tener que comer, ¿qué va a comer mi familia?”. Entran y rapiñan un local, un comercio, una bodega, una tienda comercial, pero hay otra gente que lo hace de manera ventajosa también. Esa es la diferencia entre gente que va en busca de prepararse para una semana, una quincena sin alimentos.

Me tocó ver todo eso. Me tocó ver la rapiña en la zona poniente, me tocó ver accidentados que no eran atendidos porque no había ambulancias, no había centro de emergencias, no había una coordinación, no había un puesto de mando, porque todo se salió de control. El fenómeno hidrometeorológico como el Otis, que fue un huracán, rebasó las expectativas, rebasó la preparación propiamente de la Gestión Integral de Riesgo del Estado, porque, propiamente, los refugios que estaban establecidos no funcionaron como refugios y no funcionaron quizá, no porque no se quisiera, sino porque no se pudo, porque esos refugios quedaron como miles de viviendas: inundadas, destrozadas. Entonces, ¿cómo vas a habilitar un refugio temporal que lo tienes marcado? Se supone que hiciste un análisis de riesgo previamente. Haces el análisis, determinas dónde va a ser tu refugio temporal. Pero resulta ser que ya en la práctica ese refugio temporal sufrió daños, así como cualquier otra vivienda.

La desesperación de la gente: primero empezó la escasez de alimento, de agua. Después, cuando la gente había rapiñado, porque muchas veces por desconocimiento había rapiñado carne, producto que necesita estar en congelación, no en temperatura ambiente, pues, se dieron cuenta de que necesitaban también hielo, y eso generaba otro problema adicional.

Después, estaba la gente desesperada por conseguir hielo, o sea, ya habían subsanado un problema: alimentos y bebidas, pero después ¿cómo vamos a mantener ese alimento? Después, estaban desesperados por el hielo y así se fue en escalera, después del hielo. La gente estaba desesperada por el combustible, porque hasta entonces se dieron cuenta de que, para ir por hielo, buscar donde hubiera hielo, necesitaban en qué moverse, porque en el segundo o tercer día ya se estaban habilitando las avenidas, ya necesitaban combustible, donde comenzaron a adquirir combustible de las gasolineras de manera desesperada e ilícita. Estaban

haciendo grandes filas en las noches, en el día, en la madrugada, con un riesgo inminente porque en la mínima chispa... la gasolina tiene un grado de inflamabilidad donde puede explotarse o encenderse con mucha facilidad. A forma muy sencilla, bombeaban los tanques subterráneos. Me tocó ver cuando pasé por la avenida que estaban bombeando directamente la gasolina como si fuera cualquier otro líquido no inflamable. Eso generaba que se pudiera detonar otro fenómeno, otro accidente como una explosión, un fenómeno perturbador antrópico, donde ya infringe el uso humano, donde ya las personas, pues, estaban en esa situación, que muchas veces se puede evitar.

Muchas veces [lo hacen] por desconocimiento, jamás culparía a alguien. Al final del día, en una situación así, yo creo que como seres humanos actuamos por instinto cuando no tenemos el conocimiento y muchas veces, aunque conozcamos, la desesperación de ir a ver a tus familiares, de llenar el tanque de tu carro, de tu vehículo para trasladarte.

Se vivieron muchos casos donde había personas desaparecidas, anécdotas después de una semana, porque estuve quince días encuartelado en la estación; iba a descansar a mi casa y regresaba y así. Era muy movido todo, porque había compañeros que también apoyaron, entonces a veces descansábamos por horas o por noches en nuestras casas, en la medida de lo posible, pero estábamos disponibles.

Después, empezaron a resultar las personas desaparecidas, las anécdotas, las historias de personas que vieron por última vez y ya después no. Hay un caso donde una familia completa se refugió en el baño. Regularmente, toda la gente se refugió en el baño, pero resulta que este baño estaba en el paso de un río, por en medio del arroyo, por en medio del baño. Cuando empezó a subir el nivel del mar en el baño, empezaron a salir todos y a la señora, la abuela de esta familia, de sesenta años aproximadamente, la iban sacando agarrándola del antebrazo, del codo, pero al hijo, un hijo adulto, resulta ser que la misma corriente le pega un tronco en la cabeza y soltó a la mamá, a la abuela. Entonces la suelta y esa fue la última vez que vieron a la señora; se la llevó la corriente y jamás la encontraron.

Así, hay otro caso, donde un señor, antes de que tocara tierra el huracán, se fue a su casa, pero resulta que por ahí pasó el arroyo, todo el río, y su casa quedó en medio y ya no se supo nunca nada de él. Él se fue a su casa, llegó a su casa, pero ya nosotros fuimos a hacer una búsqueda

con caninos, con binomios caninos, fuimos a hacer búsqueda y rescate, buscamos el rastro, ingresamos a la casa toda inundada, llena de troncos, árboles, coches, rodando por el río. Una señora vecina manifestó que ella vio al señor cuando iba nadando y adelante de él iba un carro rojo rodando también; iban casi a la par, pero el carro iba más adelante. Él iba atrás intentando nadar hacia la orilla y fue la última vez que se le vio.

Así, hay muchos casos donde hubo personas desaparecidas que ya no encontraron y la misma psicosis de la gente que venía otro huracán, que se salieran de sus casas, que iba a tocar tierra otro huracán, y como muchas veces también la desinformación de los medios de comunicación, sobre todo en las redes sociales que es muy común, muy delicado publicar algo sin una fuente verídica, se empezó a propagar esa información, que venía otro huracán y que venía otro huracán y la gente con pánico, con psicosis, con miedo, se empezaba a querer salir de la casa y como no había comunicación real, verídica que tú establecieras una llamada con alguien, porque se cayó la telefonía, se cayó la electricidad, estábamos viviendo en penumbras, eso contribuyó a que la gente sufriera una psicosis

Yo estoy casi seguro de que mucha gente tiene esa situación; que se tiene que tomar muy en serio la cuestión de los primeros auxilios psicológicos o ya una intervención en crisis si ya pasa más de siete meses. Se tiene que tomar muy en serio los órganos responsables o autorizados para eso, como la Gestión Integral de Riesgos, la protección civil, la Secretaría Integral de Gestión de Riesgos y la Secretaría de Protección Civil del Estado de Guerrero, el Sistema Nacional de Protección Civil. Debe de haber una campaña de revisión, de censo, pláticas y lo importante que yo siempre he dicho: se debe de invertir bastante en la prevención.

La protección civil nos marca tres etapas: el antes, el durante y el después. El antes es la prevención, el durante es auxilio y el después es la recuperación. Lo más importante es invertir en el antes; se escucha muy fácil, muy sencillo, muy obvio, pero difícilmente se realiza, se practica, por la cotidianidad de la vida que llevamos.

Todos tenemos ocupaciones; cada quien nos enfocamos en lo nuestro y dejamos de lado esa preparación que debe ser como receta del día a día: ¿Tengo un extintor en mi casa? ¿Tengo un kit de primeros auxilios en mi casa? Me debo de hacer esas preguntas: ¿Tengo mi mochila de emergencia en casa? ¿Tengo mi plan familiar en casa, de protección civil?

Como sociedad, como familia, como ciudadano, tenemos una responsabilidad moral de preocuparnos por la prevención, pero no se deja de lado la corresponsabilidad que tiene la protección civil en México, en el estado y en el municipio.

Lamentablemente, sobrepasó la eficiencia o el alcance del Estado, entre la federación, se debe de establecer un programa coordinado de prevención porque en el auxilio de la emergencia las diferentes dependencias hacen las [mismas] funciones, hasta duplican funciones. Hay mano de obra, rescate, rescatistas, vienen voluntarios de otros estados, otros países. La atención necesaria se requiere en el antes; debemos de prevenir, se le debe de aportar todo, todo, todo al antes. Si se le aportara a una sociedad, hablo en general, si se le aportara a una sociedad en temas de protección civil lo que se le invierte o se aporta en la recuperación, sería otro tema. Porque todas las familias, todas las sociedades de iniciativa privada, del sector público de la sociedad estarían preparadas ante una inminencia.

No estoy diciendo que con esto se terminaría el problema, pero el estado de vulnerabilidad sería menor. Están muy entrelazados esos conceptos: vulnerabilidad, riesgo y peligro. Si bajamos la vulnerabilidad en las familias, la vulnerabilidad en las viviendas ya es un muy grande avance. La vulnerabilidad, hay muchos conceptos de vulnerabilidad, muchas líneas; hay vulnerabilidad social, vulnerabilidad estructural de tu edificio, de tu casa, hay infinidad; también hay vulnerabilidad de capacidad de conocimiento. Está muy bien que el presidente de la República invirtiera ahora tanto para que se reconstruyera, pero si esa misma inversión se aplicara en el antes, sería menor la inversión, [sería menor] el gasto que se invertiría en la recuperación, porque estaríamos formando una sociedad resiliente y no vulnerable.

Ya cuando pasó el desastre, después de una o dos semanas, las instituciones se empezaron a organizar, porque es lo que marcan los lineamientos. Entra el Plan DN-III, el Plan Marina, entran todos los planes federales y estatales; se tiene que organizar [todo esto] y lo que nos marcan los sistemas de emergencia: cuando un incidente, una emergencia o un desastre rebasa al municipio, en automático entra el nivel estatal y así, consecutivamente. Cuando una emergencia o un desastre como el que ocurrió con Otis rebasó el nivel estatal, en automático entra la federación. Y sí, recuerdo que como en el tercer día, que fue viernes o

sábado, ya andaba dando recorrido el Ejército Mexicano por los rumbos de la zona poniente; sin embargo, solo estaban haciendo eso: recorridos.

La ayuda empezó como a la siguiente semana que empezaron a instalar a la Guardia Nacional en las gasolineras porque las gasolineras eran un caos. En las tiendas de conveniencia de zona poniente había unas bodegas en la zona poniente que las seguían saqueando, seguía la rapiña; [ahí] pusieron [a la] Guardia Nacional, pero no fue sino hasta una semana después.

Durante esa semana la sociedad estuvo sola; el vecino, el amigo que lograba ayudarte ya era ganancia. Nos damos cuenta de que una sociedad... porque yo lo veo desde una sociedad..., como desde una corporación. Desde el ámbito de la corporación es muy difícil, y siempre lo hemos dicho, que un gobierno a cada ciudadano le ponga un policía, un paramédico, un rescatista, un bombero [es imposible], pero sí podemos hacer que la sociedad tenga la cultura de la autoprotección de esa familia y de él. Si invertimos en autoprotección, quizá el ciudadano ya no va a estar con tanto desconocimiento y va a saber actuar esos días que no llega la ayuda por parte del gobierno, porque el gobierno, estoy consciente, no puede abarcar todo.

Jamás le cargaría la culpa al gobierno, porque también son instituciones muy loables, muy nobles que hacen hasta lo imposible por ayudar. Pero precisamente por eso, siempre yo he señalado que esas áreas tan sensibles como protección civil, como bomberos, no pueden estar al frente personas por cuotas de poder, aquellas que participaron en campaña.

Pero no se puede hacer, se estaría cometiendo un error. Si un gobernante quiere gobernar bien o tener un municipio limpio o un Estado de primer nivel, tiene que invertir en prevención y en seguridad. En seguridad pública se invierte bastante porque hasta vienen recursos del órgano federal.

Pero en temas de protección civil, en gestión integral de riesgos no se invierte tanto y son dos temas importantísimos que en un evento internacional hacían mención los ponentes y están en lo cierto: que un puerto, un destino turístico como Acapulco para que venga el turismo extranjero debe tener seguridad y prevención y la seguridad la pone la Secretaría de Seguridad Pública y la prevención la pone la gestión integral de riesgos de Protección Civil y los bomberos, ahí es donde se

debe invertir y también concientizar de que no vas a cubrir una cuota de poder, de campaña, para poner un puesto importante clave para que te dé solución, sobre estas contingencias, sobre estas emergencias.

Yo siempre he señalado eso, de que por lo menos en esas coordinaciones, en esas direcciones, en esas Secretarías de Protección Civil o de bomberos deben de buscar los perfiles adecuados que sepan cómo actuar en estas situaciones de emergencia.

[Pues, bien], nos avisaron que venía el huracán, a nosotros [nos lo comunicó] el coordinador del municipio. La Coordinación Municipal de Protección Civil, junto con la presidenta, emitió un comunicado como a las ocho de la noche, si no mal recuerdo; la verdad no estoy muy seguro, fue más o menos a esa hora. Sí le doy como ese apartado positivo en ese comunicado, pero la alarma es bien importante; muchas veces decimos: “Si alarmamos a la gente, se va a hacer un caos”. El caos ya venía. Y dieron un comunicado muy templado, un comunicado como: “Ey, viene un huracán, categoría 5, no pasa nada. “Refúgiense” y así no.

Por eso existen los sistemas de alerta temprana y debieron comunicar de una manera más enérgica; debieron empezar a hacer una evacuación. Pero volvemos a lo mismo: si los propios refugios sufrieron daños, entonces a veces está mal decirlo, porque dice que vamos a crear un caos, un pánico en la gente. Mejor que se espante la gente que viene un huracán para que pongan alerta: cuando tú tienes miedo, estás alerta más que cuando estás relajado.

Se tiene que aplicar el sistema como es, no una simple conferencia de prensa donde estás comunicando que viene un huracán. Tienes que comunicarlo como es: un [huracán] categoría 5, rachas de viento de 600-700 kilómetros por hora y va a arrancar árboles, va a quitar techos de las casas; refúgiense en casas de infraestructuras de concreto, así con toda la verdad y decir que necesitamos y debemos refugiarnos. Ahorita a la mala ya aprendimos con esto; es muy lamentable, porque hubo muchas pérdidas humanas.

Muchas veces la inexperiencia nos hace cometer errores y este es uno de los errores. Se debe de habilitar el Sistema de Alerta Temprana ante ciclones aquí en Acapulco, ¿cómo habilitarlo? ahorita las tecnologías están bien avanzadas. Un programa en los teléfonos celulares, unas alarmas por localidades, se tiene que implementar, así como está el Sistema de Sismos ¿cómo es la alarma cuando viene un sismo? chillante, deses-

perante, te crea psicosis, porque eso se necesita, que la gente se mantiene alerta, de que viene un sismo, se acerca un sismo.

No te quiero apático [diciendo]: “Ey, viene un sismo”. No. [Mejor] TIP-TIP, que te espantes de la alarma y te pones alerta y digas: “Bueno, tengo que evacuar tengo que colocarme en un lugar seguro”, así tienen que ser los comunicados, si sería un comunicado lo único que señalaría como una crítica es que debió ser más objetivo, más enérgico que de verdad alarmara, por eso se le llaman sistemas temprano de alerta, porque alerta, porque alarma, no es una conferencia de prensa, es una alarma frente a la sociedad que está en peligro, está en riesgo y van a sufrir decesos, va a ver decesos y va a haber daños al ambiente, daños a la infraestructura, pérdidas de vidas, daños a la salud, porque es un fenómeno que es latente, es muy grande, su magnitud es feroz, eso nada más en ese sentido, de que debió darse la alarma de manera correcta.

Se me viene a la mente mandar unidades de protección civil, de unidades de bomberos a las colonias voceando que se refugiaran, porque sí se previó que pasó de una categoría a la otra muy rápido también; ese es otro factor.

Yo creo que muchos estudiosos y críticos ya han determinado que ese fue el factor determinante que afectó bastante a Acapulco, que pasó de categoría 1, categoría 2, hasta la categoría 4; ese fue un factor que nos agarró desprevenidos.

Pero si ya ves la trayectoria del huracán, es mejor pecar de alarmar a la gente y que no pase nada a no alarmarla y que pase lo que sucedió ahora. Es mejor ciento por ciento. Como siempre decimos en prevención y rescate: no hay mejor rescate que el que no se hace. Pequemos de seguridad, pequemos de prevención siempre, ciento por ciento. Es eso.

Varinka Pinto. Voces de esperanza

Soy Varinka Pinto, pertenezco a Radio Fórmula y después del pasado veinticuatro de octubre del 2023 para amanecer ya el día veinticinco cambiaron muchas cosas en cuanto a la forma como se maneja la radio en Acapulco. Tuvimos la bendición, por así decir, o la oportunidad, de ser los primeros en lanzar al aire la emisión radiofónica porque nuestras antenas cayeron a las once de la noche del veinticuatro de octubre.

Nuestras antenas se ubican en un terreno muy cerca de la Universidad Loyola, en Cumbres de Llano Largo, cerca de una comunidad que está ahí. Las personas que cuidan el terreno le hablaron de inmediato al ingeniero de transmisiones cuando las antenas ya habían caído.

La magnitud de saber que esto venía muy fuerte es porque Radio Fórmula tenía esas antenas con unas fajillas, unas estructuras especiales ante huracanes y ante ciclones. En ese momento le hablan los cuidadores al ingeniero y le dicen: “Ingeniero, acaban de caer las dos antenas”. Bien, nosotros tenemos una estación combo 105.5 FM y 810 AM, y la 96.1 FM, pues se cayeron las tres, las dos FM y la de AM, aún con todo y esas estructuras especiales y esas fajillas.

Afortunadamente, todavía había comunicación y el ingeniero Rafa López, se comunica a la Ciudad de México y avisa: “Acaban de caer nuestras tres antenas”. Es cuando Radio Fórmula dijo: “Esto está terrible”. Ya sabían entonces que venía una situación difícil para Acapulco.

Deciden armar un equipo especial de compañeros, de ingenieros, de trabajadores especialistas en la radio de la Ciudad de México que salieron a las cinco treinta de la mañana, llegaron aquí al puerto de Acapulco y no pudieron pasar al llegar a La Venta, tuvieron que regresar a Chilpancingo donde también ya estaba empezando a ser un caos, porque muchos que se van a trabajar a Chilpancingo y regresan a Acapulco al siguiente día a ver a sus familias estaban intentando pasar.

Nos dice la gente de Radio Fórmula que tardó casi siete horas en pasar desde lo que es La Venta hasta la [avenida] Escénica. Vinieron en camioneta con mucha gente con picos, con palas, traían mucha agua porque encontraron a mucha gente herida, mucha gente desesperada y conforme iban pasando trataban de abrir camino para que también otros

vehículos pudieran pasar, trajeron ellos antenas improvisadas, pero también ya venía otro equipo importante desde Veracruz, por tierra, porque en Veracruz hay allá unas antenas más pequeñas, ya no improvisadas, pero tenían que esperar a que llegara por tierra la gente de Veracruz, ingenieros de Veracruz.

De esto estamos hablando el veinticinco de octubre, veintiséis de octubre, ya para el treinta de octubre Radio Fórmula ya estaba al aire con dos estaciones que es la 105.5 y la 96.1. Le dieron prioridad a las FM porque fue el equipo que traían, el material que trajeron.

Un gran esfuerzo, tenemos que decirlo, tanto humano como también económico por parte del corporativo, lo que querían precisamente es que fuéramos como un medio de comunicación de enlace para ayudar a toda la gente.

Desde el treinta de octubre a las seis de la mañana ya estábamos al aire, dando a conocer que ya estábamos listos a quienes tuvieran señal. Mucha gente se previno y tenía señal de radio a través de radios de dinamo o radios con pilas.

¿Las instalaciones de Radio Fórmula? Terrible. Fuimos casi pérdida total, nosotros estamos ubicados en la avenida Escénica, tenemos una vista increíble hacia la Bahía de Santa Lucía, estamos cerca del Hotel Las Brisas; fue pérdida total nuestra cabina de radio, nuestra cabina de transmisión logró salvarla una que otra persiana especial que tienen ahí, pero salió volando todo: mesas, sillas, micrófonos, audífonos, otras oficinas en la parte del primer piso, pérdida total.

Cuando mis compañeros llegaron, los primeros dos días fue a limpiar, a limpiar, a limpiar. Fue terrible porque vi unas fotografías; haga de cuenta que nos agarraron y nos agitaron como si fuera una licuadora. Tuvieron que traer equipo especial de México y de Veracruz: nuevos receptores, nuevos condensadores... Todo vino nuevo porque todo se mojó, todo se echó a perder.

Eso nos dio como un aliciente de decir: “Se hizo un gran esfuerzo por parte de los compañeros y del corporativo, tenemos que salir al aire cuanto antes”. El mensaje a nivel nacional fue: “Radio Fórmula se tiene que levantar porque la gente lo tiene que escuchar”.

Transmitíamos en una cabina sin vidrios, donde entraba cualquier tipo de fauna tratando de resguardarse del clima, del sol, por ejemplo; un calor que hacía, con sillas todavía enlodadas, la mesa afortunadamen-

te logramos salvarla, con dos micrófonos también improvisados, porque los micrófonos profesionales se fueron y gracias a todas esas inclemencias salimos al aire el [día] treinta, sin poder tener las líneas telefónicas, para tener el enlace directo por vía telefónica.

Pero nos trajeron unos chips para activar los teléfonos de redes para que la gente, cuando empezará a agarrar red o gente que estaba en Chilpancingo o en otras partes de la República, empezara a mensajearnos porque querían saber de su familia, los primeros mensajes que recibimos fueron: “Soy de la Ciudad de México y estoy buscando a mi mamá. Soy de Cuernavaca, Morelos, y estoy buscando a mis hijos”. Todos esos mensajes comenzaron a llegar al teléfono de redes que se encargó de difundir Radio Fórmula a nivel nacional, que era el contacto con la gente para que así pudieran comunicarse y contactarse con nosotros.

El día treinta, al ser la primera transmisión, los primeros mensajes fueron de: “Busco, busco, busco, busco”. Ya cuando las personas comenzaron a mandar mensajes de voz fue muy difícil, porque primero eran mensajes de texto, porque eran voces quebrándose de la tristeza de no saber a dónde estaba su familia. Lo recuerdo y todavía me dan muchas ganas de llorar, la verdad. Lloramos muchas veces ahí con la gente por los familiares desaparecidos, por los familiares que habían perdido a alguien. Había gente que, a pesar de su pérdida, nos avisaba y nos decía gracias por haber mencionado a mi hermano, a mi hermana, nada más avisarles que ya la encontramos y que falleció. Entonces, tenían a bien y la fuerza de avisarnos para que ya no los siguiéramos anunciando, porque teníamos una lista muy grande, buscando gente, buscando donadores, buscando medicamentos; nos buscaba mucha gente que tenía o que tiene diabetes para lo de la insulina, gente que sufría epilepsia.

Entonces, todo el tiempo estuvimos con programas en vivo, para que así la gente, cuando tuviera oportunidad de que le llegara la radio, pudiera escucharnos. Ya cuando empezó a haber más red, seguíamos recibiendo y recibiendo más mensajes. ¿De quiénes recibimos más mensajes? De la gente de mar, desesperadas las familias de marineros, de pescadores, llorando nos mandaban audios: “Por favor, queremos saber si el barco a lo mejor fue a dar a Oaxaca, si fue a dar el barco a Zihuatanejo, no sabemos. Ayúdenos”. Fueron días muy oscuros, pero a la vez nos gustaba recibir mensajes cuando la gente nos decía: “Ya apareció”, porque los escucharon [al programa de Varinka] en [la colonia] El Coloso, mi

hija y yo estamos en El Coloso o [audios diciendo]: “Lo escuchó una vecina y ya me vino a ver”, “por fin me volví a encontrar con mi hija”.

Momentos muy bonitos, pero también muy duros, entonces sentíamos como que este choque de sentimientos bastante fuerte, pero sí con la responsabilidad y el compromiso de ayudarlo a la gente y de decirle: “Aquí estamos, díganos que es lo que quieren decir”. Buscaban a gente de todas las edades, hombres, mujeres... y obviamente la cuestión de la basura, la falta de agua, que si ya estaban tratando de meterse a los domicilios, de que: Por favor, traten de mandar una patrulla, estamos en el edificio tal y vemos que en la parte de abajo se están empezando a meter”.

Fueron cosas así de que de muchos sentimientos que chocaban y decíamos: “Dios mío, ¿cómo es posible que estemos atravesando todo esto”. La verdad, mucha de esa información, lo tengo que decir, porque luego nos mandaban mensajes que teníamos nosotros que corroborar. Por ejemplo, en tal colonia no hay luz o mataron a alguien, no lo podíamos decir como tal hasta que nosotros pudiéramos corroborar [la información] con las corporaciones indicadas.

Porque si toda la gente estaba exaltada por todo lo que nos pasó, sí llegábamos a recibir mucha información complicada y hasta no corroborarla no la mencionábamos. Nos costaba mucho trabajo corroborar porque los funcionarios la verdad no contestaban, porque sabemos que ellos estaban enfocados en su cuestión personal, sus puestos de trabajo.

Los recorridos, por ejemplo..., todo el tiempo [estuvimos] teniendo contacto con la Secretaría de Gestión de Riesgo y Protección Civil a nivel estatal, a nivel municipal con el señor Efrén, también que entraba, llegábamos a hablar con gente de la Cruz Roja, hablamos mucho con gente del INE, que empezaron a decir: “No te preocupes, si perdiste tu credencial, ven con nosotros”. Hablamos con *ene* cantidad de instituciones gubernamentales conforme se iban acercando o nosotros los buscábamos.

Ya cuando en Acapulco comenzó a llegar la ayuda, [empezamos] a decir: “Están aquí las caravanas de salud médica, acérquense por favor. Sí tienen a personas con alguna falta de medicamento, gente herida. Van a entregar despensas, acérquense”.

Entonces, fungíamos como enlace con la gente, muchas personas nos decían: “Reclámale a tal persona de gobierno y reclámale porque no los

vemos en las calles”. Nosotros no podíamos decir tal cual eso porque al final éramos una radio que se había convertido en meramente social, estábamos más preocupados en anunciar todo lo que se necesitaba de ayuda, lo que se requería de ayuda que [dedicarnos a] estar denostando a equis o ye funcionario ¡Que se dio mucho! Tuvimos mucho cuidado con eso, no porque a lo mejor tuviéramos un convenio... [en esos momentos] eso no importaba, lo que la gente quería escuchar es dónde hay ayuda, ¿cómo le hago? ¿cómo encuentro a mi familiar que sigue perdido? ¡oigan necesito esto!

Nos dedicamos infinitamente a eso desde el treinta de octubre hasta el veintiocho-veintinueve de diciembre con programas especiales. Estábamos todo el tiempo al aire, no había comerciales, tengo que decirlo como tal, porque fue una orden de México, por respeto a la gente, ni un solo comercia. Si teníamos cortes para poder, por ejemplo, descansar la voz, poder ir al baño, poder ponernos de acuerdo con el operador, pero la realidad es que en esos cortes metían mucho lo de: “Mándanos un *WhatsApp*, ¿cuál es tu comentario? ¿tu servicio social? ¿Te ayudamos! Radio Fórmula Acapulco, siempre estamos contigo”. Después nos comenzaron a buscar marcas grandes.

Incluso, lo tengo que decir, había cortes comerciales donde Radio Fórmula buscaba compañeros. Nosotros tuvimos compañeros extraviados por quince días; estábamos deshechos hasta que salieron cuadrillas a buscarlos. Uno de los compañeros vivía hasta por la [colonia] Jardín Mangos, me parece, hasta arriba... y ya teníamos quince días sin saber de él. Entonces Radio Fórmula dijo: “Servicio social para que se le empiece a buscar”.

Así que todo el tiempo empezó: “Si usted ha visto a la persona tal, coménteles que sus compañeros de Radio Fórmula, la familia Radio Fórmula, lo seguimos buscando”. Y tuvimos dos compañeras de las que tampoco sabíamos nada, ellas aparecieron en menos días, el que tardó más fue él y ya imaginábamos lo peor.

Pero la realidad es que los comerciales eran eso, únicamente nuestro *WhatsApp*, buscando a los compañeros que teníamos extraviados, nos empezaron a buscar marcas grandes, refresqueras, hoteleras, cerveceras, restauranteras, con el número de *WhatsApp*, nos mandaban un *WhatsApp* y nos decían: “Oye, quiero saber si me vas a cobrar, pero estoy buscando a mi gente. Que tengo a una plantilla de quinientas personas sin apare-

cer, queremos saber si están bien, estamos aquí en las bodegas esperándolos con despesa. Tenemos una brigada médica importante. Entonces, la orden de Radio Fórmula México fue: “No se les va a cobrar ni un peso, no importa si fue cuestión de que eres tú una empresa, pásanos tu audio o mándanos el texto para que nosotros te ayudemos a buscar tu gente”. Entonces, [transmitíamos]: “La galletera fulanita manda un aviso a los ciudadanos de Acapulco”.

Las empresas vieron con buenos ojos a su personal y empezaron a mandarnos textos y audios para poder buscar a su gente, para ayudarlos con brigadas médicas, con despensas, con baños portátiles, con plantas de luz para ir a cargar celulares y de la manera que mejor se pudiera que se comunicaran. Me da mucho gusto que muchas de estas empresas hayan pensado así en su gente porque ahí es donde nos damos cuenta de que realmente somos humanos y que, no importa lo que haya pasado, todos se compadecieron de Acapulco de una u otra manera.

Nos llamó mucho la atención un caso: nos hablaron de los Estados Unidos para decirnos que si Radio Fórmula podía ser el vínculo para hacer llegar recursos económicos, despensas, medicamentos y más. Nos llamó la atención porque se nos hizo bastante generoso por parte de esta asociación de los Estados Unidos. Sin embargo, Radio Fórmula también tuvo que poner como ciertas condiciones para decir: “Ok podemos ayudarte con mucho gusto, pero necesitamos esto, esto”. Sobre todo, que hubiera formalidad por parte de la Asociación de Latinos en los Estados Unidos para hacer llegar todo eso

Sin embargo, ya cuando Radio Fórmula les empezó a decir: “Oye, mándame nomás una carta, dime de qué va a tratar, cuál es tu idea, con quién lo vas a mandar, cómo lo vas a mandar”. Ahí, yo pienso que a ellos les empezó a dar temor y ya no lo hicieron, pero si debo de aceptar que a Radio Fórmula lo buscaron para ser intermediario entre la gente, pero que también nosotros como empresa teníamos que hacer las cosas bien o bien y que todo debía llegar a la gente como debiera de ser.

Tocaba ya hace un momento el tema muy importante de la desinformación porque también mucho nos llegaba [información] de: “Están entregando despesa en tal parte. Están entregando víveres en tal parte. Corran”. Pero, [dábamos esa información] hasta que lo corroboráramos.

Lo dije y lo vuelvo a decir, nos costaba mucho trabajo corroborar. Luego, la gente se enojaba [y nos decía]: “Oye, ¿por qué no lo estás di-

ciendo?”. No, a ver, permítame, a ver, mándeme unas fotos y un video. ¿Está usted ahí? No, es que a mí me dijeron. No, es que a mí no me diga “a mí me dijeron”, usted dígame que está ahí, mándeme unas fotos y un video para que al menos yo así vea que es cierto, que están haciendo esa entrega, para poder avisarlo y divulgarlo con la gente y así la gente pueda llegar. No podíamos decir así nada más porque sí, este tipo de información, porque podíamos cometer un error; era una responsabilidad como no tienen una idea.

Llegábamos tempranito a la estación, muy temprano. El primero en llegar era mi jefe; él empezaba desde las seis de la mañana, y ya él terminaba y entraba yo a las diez de la mañana al aire, a veces con una compañera, a veces sola o a veces entrábamos tres personas para irnos alternando

Pero hagan de cuenta que entrábamos con el sol y salíamos ya sin sol, pero también fue una gran ayuda la camionetita de Radio Fórmula. Tenemos una *van*, ahí como camión escolar, y como las calles estaban muy oscuras, era pues el que se encargaba de repartirnos, de llevarnos lo más cercano a nuestros domicilios.

Pero también me gustaba que la gente nos veía en la calle y la gente nos gritaba: “¡Radio Fórmula, *raite!*”. Subíamos a la gente y la gente decía: “Oigan, por cierto, ya los escuché”. Ayúdenos a decir que, por favor, también los gatos y los perros están sufriendo en tal colonia, que se acerque, por favor, alguna asociación”.

Y gracias a eso hubo gente de Pedigree, Purina que a través de Radio Fórmula escucharon y supieron [del problema de los perros y gatos]; no sabemos cómo fue, pero vinieron a dejar bultos de croquetas a diferentes colonias de Acapulco, trajeron también una jornada de vacunación intensiva contra la rabia para evitar que también enfermedades que pudieran transmitir los perros a más perros o gatos o, yo no sé, hasta humanos.

Es gratificante que sí nos escuchaban y que estuvimos cerca de la gente cuando lo necesitaba. La última transmisión la teníamos a las seis de la tarde y hubo gente que nos decía: “No, por favor, no se vayan, porque son lo único que estábamos escuchando”. Pero como ya empezaba a oscurecer y nosotros también teníamos que apagar una de las plantas para que el diésel nos durará más porque nosotros no adquiríamos el diésel en Acapulco por las condiciones de las gasolineras, nos tenían que

traer el diésel, ahí les va... ¡desde Cuernavaca! porque en Chilpancingo estaba habiendo ya desabasto del diésel, por la gran cantidad de plantas [de luz] que empezaron a lanzar [operar], hoteles y plazas y todo para que por lo menos hubiera un foquito y no se viera oscuro y no siguieran siendo atracados después de la ola de rapiña que vivimos.

Así que tenían que irse compañeros de Radio Fórmula a México a traerse bastante diésel a Cuernavaca, porque en Chilpancingo no encontrábamos y no querían ir a Iguala para que tampoco hubiera desabasto. Entonces se iban a Cuernavaca, por lo menos cada tercer día, para que tuviéramos las plantas sin ningún problema y [que siguieran funcionando] las estaciones [de radio]. Una: [Para que las estaciones de radio] no dejaran de estar al aire y dos: [para que] pudiéramos tener luz.

Nos trajeron una antena satelital para que tuviéramos internet y pudiéramos comunicarnos y subir fotos y videos. Incluso les llegábamos a decir a la gente: “Quienes estén cerca de Radio Fórmula, vénganse aquí, los esperamos”. Sacábamos unos contactos y llegaba gente, cuando ya empezaban a circular carros, a conectarse. Esta es nuestra red de internet y en un cartón lo escribimos con un plumón y ahí la gente se podía conectar y saber de su familia. Amigos de la gente de la estación o de familiares llegaban y [nos preguntaban]: “Oigan este, ¿me puedo conectar?, ¡Sí, claro, adelante!”.

Afortunadamente, nos dieron esa antena satelital en nuestro corporativo para que también pudiéramos nosotros seguir subiendo información, que gente de aquí no podía hacerlo precisamente por la falta del internet. De lunes a domingo transmitíamos; nos turnábamos. Había compañeros que decían: “¿Sabes qué? yo no puedo venir el fin de semana porque tengo que estoy limpiando mi casa, estoy ayudando a mi familia”. Hubo mucha accesibilidad en ese sentido porque la idea era que fuéramos un equipo, como siempre lo hemos sido, pero más fortalecidos

Más porque volteábamos a ver las oficinas y decías: “No puede ser ¿dónde están nuestras cosas?”. Yo salí como en las películas a lo mejor, norteamericanas, o las series que, cuando te despiden o renuncias sales con un pequeño cartón con un portarretrato y una pluma, pues, hagan de cuenta que yo salí así con un cartoncito de lo que pude recuperar, mi jefe igual y todos los compañeros con nuestros cartones para ver donde nos acomodábamos.

Pero no perdíamos ni las ganas ni la fe de que podíamos salir adelante y un aliciente es que la gente nos decía: “Gracias. Los escuchamos, sígan. Ayúdenme, por favor”. El ¡ayúdenme, por favor! nos movía mucho. Estábamos muy, muy enfocados en poder sacar adelante esa comunicación con la gente.

En varias ocasiones nos comunicamos o coordinamos con el gobierno municipal, de hecho, diario entraban con nosotros enlaces telefónicos por parte de los voceros. Debo de confirmarlo, no hubo un enlace como tal los primeros días por lo mismo de que ellos también estaban a lo mejor con muchos problemas. Pero sí debo de decirlo que después el enlace [del gobierno] nos hablaba en el corte [para decirnos]: “Oye ¿qué paso?, ¿cuántas personas te han hablado?, ¿desaparecidos tienes?”. Sí, nos hablaban para preguntar de los desaparecidos, dábamos listado. Y [decíamos]: “Sí, mira, coinciden”.

Nos hablaban del Gobierno del Estado, de la Fiscalía: “Oye ¿puedes mencionar que en estos puntos están activos para que vayan y comenten si siguen buscando gente? ¿cuántas personas te han hablado qué están buscando gente? No, pues, tantas”.

La verdad, sí nos buscaban, porque coincidían datos que quizá ellos ya tenían o quizá no tenían esos datos, porque nosotros éramos los primeros en recibir esa información. Fue bueno en ese sentido, porque ayudamos a la parte de gobierno a saber más o menos lo que ellos quizá no sabían.

Los primeros días no entró la presidenta municipal [al programa de radio]; ya días después, sí entraba. Llegó a entrar también la gobernadora, llegó a entrar gente de la fiscalía, como dije hace un momento. En fin, de muchísimas otras instituciones gubernamentales.

Ya conforme la comunicación se fue dando un poco más, entraban. Algo curioso: no entraban las llamadas telefónicas por celular, así que nos llamaban por *WhatsApp*. Como nosotros teníamos ahí la red de internet estable por el *Starlink*, la antena, nosotros por ahí enlazábamos por *WhatsApp* a la gente.

Llamadas del auditorio y todo de: “Oiga, dígame a Evelyn [la gobernadora] que esta colonia... Que esto y que lo otro. Dígame a Abelina [la presidenta municipal]...” y cuando había oportunidad, cuando ellos decían qué estaban haciendo y todo eso, ya nosotros decíamos: “Ah, por cierto, nos hablaron de la colonia fulanita de tal, que ya no aguantan la

basura, presidenta... Nos comentan que se está llenando de moscas y de gusanos.

Nosotros tratábamos de que cuando teníamos al funcionario en línea, decirle lo que la gente nos decía. El [funcionario] de la Promotora de Playas, el señor Lacunza, me acuerdo de que nos decía: “No, es que yo prendo Radio Fórmula y ahí estoy pendiente que si dicen que encontraron esto en el mar o que si dicen que encontraron esto en la playa, yo agarro y de ahí saco las brigadas”. Dice: “Se han vuelto un culto de referencia”.

Gente del CAPTA² nos decía: “¿Sabes qué? Del listado que acabas de decir de desaparecidos, ya tenemos la información de que ya aparecieron cinco, para que los des de baja”. Confirmado CAPTA. Confirmado, ya hay cinco que ya aparecieron”.

Por cierto, comentar al auditorio que CAPTA... les teníamos que dar el crédito sobre todo por ser un caso de desaparecidos. “Que ya aparecieron cinco personas”. Dame los nombres para decirlos... y que si hay algún familiar que los sigue buscando sepa que ya se comunicó. “Fulanito, menganito, zutanito”. Sí, debo de decirlo, las dependencias estuvieron al pendiente porque sabíamos, sabían, que era el único medio masivo que estaba al pendiente de los servicios sociales y de poder pasar la voz de la gente al aire.

Uno de los temas muy difíciles fue que había gente de colonias [que] nos decía: “Es que se están muriendo. Que vengan a fumigar. Que vengan, por favor, a darnos abate para las pilas [de agua] que logramos captar por la falta de agua. Díganos en qué hospital nos reciben a mi niño y a mi niña, que está muy mal”.

Sí llegó el dengue y estuvo bastante complicado por algunas semanas; yo podría decir que a principios de diciembre dejamos de recibir un poco menos de noticias del dengue, pero la realidad era una de las noticias de diario era de que: “Por favor, si nos estás escuchando, Ayuntamiento, ve a fumigar, ve a entregar abate, vayan a hacer las caminatas. Gobierno del Estado, ayúdanos, trae equipo de Chilpancingo y fumíganos. En tal colonia hay mucha gente con dengue, por favor, ayúdenos”.

Recuerdo bien que una brigada, si no mal recuerdo, creo que fue la de Coahuila, porque luego teníamos también contacto con bomberos de

2 Centro de Atención y Protección al Turista de Acapulco.

otra parte de la República, que trajeron mosquiteros, pero no trajeron a lo mejor lo suficiente, pero tuvieron un contacto con nosotros para decirnos cómo tratar de hacer un mosquitero improvisado para que así la gente pudiera protegerse lo más que pudiera.

Entonces, desde nuestra trinchera en el tema del dengue, dábamos la mayor información, lo más concisa y siempre auspiciada por gente de la Secretaría de Salud Estatal, de la Dirección de Salud Municipal de la Secretaría de Salud Federal, que nos decían cuáles eran los *tips* que le podíamos decir a la gente, obviamente los básicos: no mantengas el agua estancada, tapa botes, tapa pilas, etc.

Cada que dábamos a conocer una información era porque o la gente nos la mandaba o nos mandaban información de los diferentes [niveles de] gobiernos: federal, estatal y municipal, a través de boletines.

Cuando ya empezaron a activar algunos puntos de cuestiones médicas para que la gente pudiera asistir y todo eso, con información confirmada por ellos para no caer en este tema de la desinformación o las llamadas *fake news*, Pero sí, el dengue fue un tema también bien complicado.

No me olvido del mensaje de un señor que nos decía que su esposa estaba muy mal del dengue y que estaba a punto de perder a su bebé por el dengue, porque tenía dengue hemorrágico la señora, que ya la habían trasladado a Chilpancingo, pero que sí les pedía a las autoridades que hicieran algo ya, por parte de las fumigaciones en las colonias. Ellos vivían en Chilpo y se vinieron [a vivir a Acapulco, por la colonia] Hogar Moderno. Ahí fue donde enfermó la señora y casi pierde al bebé, porque nos escribió y eso me dio mucho gusto, en enero, y nos puso: “¿Oigan, se acuerdan de que mi esposa estuvo enferma del dengue? Pues, ¿qué creen? Se salvó y el bebé también, estamos bien, pero el tema del dengue no es un juego”. [Le respondimos]: “No, pues, nos da mucho gusto, gracias por escribirnos”, incluso una foto de mamá y el bebé nos mandó.

Eso es padrísimo, que sí pudieron salvarse, pero al final tuvieron que irse porque no había una manera adecuada para tratarse aquí; es como terminaron los hospitales, los centros de salud. La falta de medicamentos fue complicadísima y mucha gente nos decía: “Me urge tal medicamento para la epilepsia. Ayúdenos”.

Había otras personas que escuchaban y nos decían: “Oiga, yo la tengo, dígle a la señora que la veo en tal parte”. Entonces, eso para nosotros era como un abrazo al corazón de que con la misma gente decía:

“Yo la tengo, ¿dónde la veo? o yo la puedo ir a entregar. Lo voy a buscar en esa colonia o en tal parte o afuera de tal hotel”. Y eso fue padrísimo.

Nosotros tuvimos programas todo el tiempo, hasta el 29 de diciembre, si no estoy mal. Ya a partir de enero que vimos que ya más medios empezaron a sumarse, que ya habían llegado, porque hubo otras radios amigas y compañeras, grupos importantes incluso a nivel nacional, que empezaron desde noviembre, pero que aun así seguían teniendo caídas en sus emisiones.

Entonces mucha gente nos decía: “No dejen de transmitir, por favor, porque no logramos escuchar, por ejemplo, RTG³” que es del Estado, “no logramos escuchar todavía a grupo ACIR” o “por favor, no dejen de transmitir, nos gusta MVS, pero Radio Fórmula es quien nos ha informado”. Podríamos decir que hasta diciembre, pero a partir de enero bajamos la cantidad de emisiones locales porque sabíamos que ya había más diversidad para poder comunicar.

En cuanto a la normalización, lo tengo que decir como lo que es: seguimos encontrándonos a mucha gente; a mí me tocó, en la fila de enseres, en las filas de las despensas, porque yo también formé parte para poder ayudar a mi familia y ayudarme a mí, que me llegaban a ver con el uniforme y corrían y me abrazaban y me decían: “¡Gracias, Radio Fórmula! No dejen de transmitir”.

Yo le decía a mi jefe: “Oiga, la gente me ve en la calle y dice que no dejemos de transmitir”. Les estoy hablando de en mitad de enero del 2024, que estuve formada en una fila de enseres y la gente me dijo: “No quiten los programas, por favor”. Entonces eso le ayudó a mi jefe para darse cuenta de que, aunque había ya otros medios de redes sociales..., de radio, que ahí iban [poco a poco], de Azteca que iba empezando, Televisa que estaba empezando, pues estaban como que queriendo arrancar y nosotros ya teníamos, imagínense, desde el treinta de octubre.

Eso le sirvió a mi jefe para seguir con emisiones frecuentes, pero no creemos que todavía haya una normalización en cuanto a temas de medios de comunicación tradicionales. Lo tengo que decir como lo que es: es muy triste escuchar todavía la radio semivacía; son pocas estaciones las que todavía seguimos transmitiendo, gracias a Dios, a los corporativos. Pero hay muchas otras que no lo han podido hacer, por temas económicos, por los temas de los permisos, del IFETEL, porque a lo

3 Radio y Televisión de Guerrero.

mejor sus corporativos creían que Acapulco ya no se iba a levantar. Yo así lo veo. Y no los han renovado [los permisos].

Entonces, ha sido complicado. Radio Fórmula tiene transmisoras de Acapulco para la Costa Chica y la Costa Grande. Hay ocasiones en que nuestra transmisión para Costa Chica y Costa Grande se cae por no tener todavía las antenas con la potencia que teníamos antes. Pero no es tanto porque no nos las hayan querido mandar o porque nosotros no queramos transmitir a esa potencia, sino que IFETEL⁴, que ya va a cambiar de nombre próximamente en el siguiente sexenio, pide que no tengamos tantos *Whats* para que no atrofie la radiocomunicación, de otras cosas como por ejemplo, en el tema de las corporaciones militares y policiacas que usan radio, si le subimos muchos *Whats* a la radio como ellos no tienen también tanta potencia, les vamos a tumbar la comunicación, así que debemos de mantenernos bajos. Pero si es triste ver que no está normalizado ni la parte de los empleos, la económica y tampoco de los medios de comunicación.

En cuanto a temas de la televisión, mi esposo trabaja para una televisora y todavía no agarra en toda la ciudad. Amigos de la otra televisora me dicen: “Es que todavía no llega nuestra señal”. Eso quiere decir que los medios tradicionales estamos golpeados. Estamos hoy precisamente cumpliendo ocho meses con el huracán; ya vemos todo como con más ánimo, afortunadamente, pues más tiendas abiertas, ya se está activando más la bolsa de los empleos, pero seguimos en proceso de reconstrucción, de reflexión, y sigue siendo duro para muchos ver cómo todavía no podemos regresar a esa normalidad.

La gente que viene de afuera puede decir: “No pues, que yo los veo bien”. Pero los que aquí vivimos nos damos cuenta de que: “Oye no, pues tal medicamento lo vine a encontrar hasta la colonia fulanita, porque no había normalmente en las farmacias donde suelo comprar”. Por ejemplo, tengo una amiga [que me dice]: “Es que estoy buscando un ropón de bautizo y los que venden en el centro, no le quedan y en donde yo iba a comprar ya no abrió la tienda”.

Entonces, son muchas cosas que nos damos cuenta de que todavía no regresa la normalidad, estamos trabajando cada uno desde nuestro frente para poder salir adelante, pero este es un proceso que tenemos que vivir, bueno yo creo eso, no me quiero ver tan ruda pero sí una realidad.

4 Instituto Federal de Comunicaciones.

En medios de comunicación estamos heridos todavía, pero con todas las ganas y el ánimo de seguirle sirviendo a la gente, para entretenerla, para informarla, para ser sus compañeros. Platicábamos ya con datos confirmados de muy buenos amigos de RTG que a ellos les tuvo que prestar mucho equipo RTC⁵, que es como la radio del gobierno federal, y que les dijo: “A ver, te lo presto”.

Pero que el equipo que les prestó es equipo no tan nuevo, es equipo que a lo mejor ya trae una fallita y, aunque el gobierno del estado le quiera invertir a RTG, la misma gente de RTG dice: “Es que la inversión está excedida”.

Tuvieron pérdida total en estudios de tele, o sea, todos al final tuvimos pérdidas muy fuertes, afortunadamente no humanas, al menos por lo que hemos platicado con la mayor parte de las radios que son buenos amigos de Radio Fórmula, no las hay. Pero sí, materiales un sinfín.

Seguimos buscando aparatos. En Radio Fórmula van a mandar a traer otros aparatos de otras partes de la República y otros de Estados Unidos. Seguimos esperando en un inventario de estar ya listos en Radio Fórmula de eso que hace falta. Entonces, sí seguimos heridos hay que decirlo, la normalidad aún no llega como quisiéramos en muchas cosas.

Por ejemplo, ahorita en esta plática estamos en una plaza que es un consorcio muy fuerte y no cuentan con aire acondicionado, vemos todavía tiendas cerradas, ahí es donde nos damos cuenta de que vamos lento, pero vamos, pero no hay normalidad todavía en muchas cosas.

Que gracias a Dios [en estos momentos] ya hay vías para poder transportarse, que ya hay más lugares a donde puedas hacer tus compras, donde los costos no sean tan excesivos que es lo más importante, que ya hay más diversidad en el mercado en la compra de cualquier cosa, sobre todo en lo fundamental que es alimentos, bebidas.

En los días del huracán llegábamos a tener denuncias de la gente: “¡Oiga, me vendieron el casillero de huevo en cuatrocientos cincuenta pesos!” o “¡Me vendieron el refresquito negro y nos costó doscientos veinte pesos y nos lo tomamos al tiempo!” Vivimos todo eso, pero al final seguimos reflexionando y diciendo: bueno lo que nos pasó no fue fácil y sí... seguimos avanzando y luchando para volver a esa normalidad que no sabemos cuánto nos tarde.

5 Radio, Televisión y Cinematografía (Organismo federal).

Tuvimos también una noticia de calles, en la colonia del centro, no recuerdo en específico qué calles, que llegó un punto en que no los dejaban pasar [a los trabajadores para reparar los postes de energía eléctrica]: “No, pues, no te dejamos pasar ahorita en la noche”. Y la CFE⁶: “Oye, no, que espérate, es que tengo que levantarte el poste”. [Y les respondían]: “No, no, no, ven mañana”. Y los corrían.

Eso es bien duro porque pedíamos ya que regresara la energía eléctrica, porque nos estaban acabando los zancudos, porque no teníamos la forma de resguardar los alimentos, porque ya no teníamos velas. Llegamos a recibir denuncias donde una vela de vaso llegaba a costar hasta ochenta pesos, cuando normalmente cuesta veinte o treinta. Entonces, nos decía la gente: “Por favor, díganle a la gente de la calle fulanita que los dejen pasar, queremos luz, ya van tres días que los corren, en el centro”. Entonces, [transmitíamos]: “Por favor, si nos están escuchando, dejen que la CFE vaya e instale y ya después ustedes hacen sus reuniones. Acabamos de pasar un huracán, ayúdenos, por favor, traten de estar empáticos”. Sí, lo mencionábamos.

El caso del señor, por supuesto, fue complicado leerlo, decirlo y enterarnos también, a través de las redes, que este señor decía: “No, que se quiten [los trabajadores de la CFE], yo también quiero pasar, es mi casa. No que se espere, es que está la grúa levantando el poste y el cableado y la gente de CFE ahí trabajando. No, no, yo quiero pasar a mi casa”.

Hubo gente que a lo mejor se volvió más intransigente de lo que ya era, o se volvió intransigente, yo no sé, pero casos como esos, hubo muchos.

También recibíamos denuncias cuando se peleaban el agua en la [colonia la] Laja porque ahí hay como un pocito natural, en la Laja. Entonces, la gente llegaba y se formaba... que dicen que [el pocito] está muy cerca del puente. Yo solo lo he visto cuando paso en transporte.

La gente se formaba ahí para poder agarrar agua con cubeta para lavar los trastes, lavarse las manos, lavarse la cara... Decía la gente, una señora que nos escribió, decía: “No confiamos tanto en [en la calidad del agua] como para lavarnos los dientes, pero sí nos sirve para lo demás. Pero díganles a las personas que se van a formar ahí que no nos griten, que no quieran apartar lugares como en las despensas, porque todavía no había despensas por parte del gobierno federal eran despensas que traía

6 Comisión Federal de Electricidad.

la sociedad civil o asociaciones y ya se peleaban... Entonces, la gente nos escribía: “Por favor, no se peleen, creo que el agua debe ser un derecho de todos”, nos dijo una señora.

Entonces yo dije: “Si nos están escuchando, amigos de la Laja que van a ese pocito, fórmense, ese pocito les va a alcanzar para todos, pero no estén peleando, por favor”. Después nos escribió un señor que dijo: “Pues, creo que sí funciona porque alguien tenía la radio prendida y que voltea a ver una señora que les dijo: ‘Ya ven, ¡el agua es para todos!’. Ya, por favor, dejen de pelearse...” y que se calmaron. Así, dijimos: “Entonces, funcionó el medio regaño”. Si así lo queremos ver. De que se dieran chance todos de tomar un poco de agua del pozo.

Nos decían que eran filas de trescientas-cuatrocientas personas con dos cubetas de veinte litros o con las cubetas más grandes o con porrones, pero que el pocito lo dio con todo y les dio agua a todos, pero hubo gente intransigente de: “No, quítate” ... y ellos mismos decían: “A ver, solo dos cubetas por familia o un purrón para que pueda así alcanzarnos, no vaya a ser que el agua ya no brote”. Pero, afortunadamente, se ponían de acuerdo después de haberse peleado. Cosas como esas de intransigencia pasaron en muchos casos.

Veníamos con la camioneta de Radio Fórmula y nos paramos a ayudar a unas personas que venían cargando unas maletas, unos turistas que querían salir de Acapulco, y vimos que había una camioneta que trajo mucho medicamento, no sé de qué compañía creo que Pfizer y la gente ya peleándose en la fila. Entonces, nosotros tenemos a un compañero que mide casi dos metros que se paró y les dice: “Les va a alcanzar a todos el medicamento, pero fórmense por favor”. Y todos se quedaron como de a seis [sorprendidos] y como las que veníamos en la camioneta eran unas chicas, eran damas, como que les daba a lo mejor miedo de enfrentar a las personas, pero él agarro y de: “Fórmense, fórmense y tercera edad otra fila, prioridad a la tercera edad, mujeres embarazadas por acá”.

Las chicas corriendo nos fueron a abrazar: “Muchas gracias, ya teníamos como una hora lidiando con la gente”. Ahí, por el hotel Torres Gemelas y los turistas estaban así de [y nos preguntábamos]: Pero porque se están peleando” pues.

Estaban desesperados porque querían medicamento, veíamos que querían paracetamol, nimesulida, ibuprofeno, gente que buscaba ome-

prazol, buscaban mucho la de la presión, enalapril. Pero qué bueno que nos detuvimos, subimos a los turistas y qué bueno que a mi compañero se le ocurrió [dar las indicaciones] de: ¡A ver, fórmense! y todos los vieron así de: “No pues, sí ya nos vamos a formar”.

Al final las chicas a lo mejor tuvieron el temor de que se les vinieran encima [la gente], sobre todo por lo que se veía en medios nacionales e internacionales, de lo que estaba aconteciendo en Acapulco.

Nosotros no dábamos a conocer nada, sino lo confirmábamos, así que si, por ejemplo, a un compañero le tocaba ir a recibir un apoyo económico o enseres o despensa, ya [nos comunicábamos y le pedíamos]: “Menganito, por favor, anota todo y dinos qué está pasando”. Así que ya cuando agarraba red nos decía: “Están pidiendo esto y esto y esto y que se vengan y así, así, así, ya hay fila prioritaria para los de tercera edad y así, así, así”.

Tratábamos de corroborar la información, si, por ejemplo, estábamos en el turno matutino unas personas, los del vespertino andaban en la calle a ver qué veían, con quién hablaban, de qué les decía.

Salían en la camioneta de Fórmula y la gente se acercaba, así como abejitas a la miel: “Oigan, ¿y esto aquí en la colonia?”, así que iban los compañeros tratando de traer toda la información, tomando notas y sí, llegando a todos los puntos importantes para decir: “A ver, aquí están entregando apoyos económicos. Sí. ¿qué documentos [solicitan]?”. Y como nos veían con el chaleco, la playera [de Radio Fórmula] pues, ya nos decían “Ahhh, pues, esto, esto y esto”.

Así que cuando entrábamos en vivo, si nos agarraba [la noticia] en la calle: “Oigan, por cierto, estamos en tal punto [de la ciudad]. Están recibiendo estos documentos, vénganse en su horario es lo que nos dicen las personas del gobierno federal”. O sea, tratábamos de informar.

O las filas que se encuentran en estos momentos de [para repartir] enseres: “Por favor, desocúpela si no es la letra que les corresponde porque hoy le toca a esta, esta y esta letra y tienen que traer estos documentos”.

Cuando empezó lo de las cartas de radicación ahí estábamos comunicándonos con gente del ayuntamiento: ¿Qué es eso de carta de radicación y qué se requiere? Después estábamos diciendo: “La carta de radicación es esto y se las pueden pedir por esto y necesitan estos

documentos”. Procurábamos tener como una red, así de enterarnos con información real de lo que estaba pasando en las calles o nosotros ir.

A mí me tocó ir a varios puntos con lo de la entrega de apoyo económico y de los enseres, porque mi jefe decía: “No podemos decir algo que no es”.

Vuelve la parte del compromiso y la responsabilidad de no decir cosas que no son porque, si no, imagine a cuánta gente íbamos a alborotar... [y] que al rato llegue [a decir]: “Es que yo lo escuché en Radio Fórmula”. Entonces, teníamos que corroborar esa información sí o sí. Fue difícil, pero lo logramos y con la satisfacción de que mucha gente nos encontraba en la calle y nos decía: “Gracias, sí supe que en tal colonial tal cosa”. Al final sí le servía [a la gente] que les diéramos la información lo más precisa posible para que también la gente no diera más vuelta porque la falta del transporte público era un problema, la falta de la economía era otro problema. Entonces teníamos que ser muy precisos y concisos.

Decirle a la gente que ante estos fenómenos naturales no hay que confiarse porque en muchas ocasiones decimos: “No, no pasa nada, se va a desviar [el huracán]”. Hay que tratar siempre de estar bien informados por las instituciones gubernamentales correspondientes y por los medios de comunicación de su confianza.

Pero cuando les digan algo, hay que tomarlo en cuenta no hay que creer de que: “Ay no, no va a pasar nada”, porque sí pasa, ya nos pasó, ya lo vivimos y deseo de todo corazón que todos puedan reconstruirse primero a sí mismos, para que podamos reconstruir juntos un lugar mejor donde vivir, para que nuestra calidad de vida también mejore.

Yo lo decía mucho al aire esto no es solo un tema de gobierno, hace falta que nosotros también busquemos la forma de cómo estar mejores como ciudadanos. Yo viví mucho tiempo en un pueblito y en las mañanas salíamos a barrer afuera de nuestras casas, regábamos plantas, cuidábamos a los animales ¿Por qué no hacerlo en un lugar tan bonito como Acapulco? Que sea noticia por cosas buenas, no por cosas malas. Ya nos dejó un muy mal sabor de boca lo de la cuestión de la rapiña; pueden decirse muchas cosas, cada uno sabe por qué lo hizo, pero hay que quitar esa mala imagen o hay que tratar de irla, no borrando, porque será difícil, pero sí haciéndola a un lado con cosas buenas, como ciudadanos.

Porque a veces siempre decimos: “Es que tiene la culpa el gobierno”. Debemos empezar con nosotros y con nuestra reconstrucción para tratar de sanar ese trauma. Gracias a todos y espero pronto estar leyendo esta edición, ver los testimonios de muchas otras personas y que podamos en conjunto funcionar para que se enteren de lo que se vivió desde mi trinchera como un medio de comunicación. Muchas gracias.

Gustavo y Amparo. Acapulco Fénix

Gustavo

Soy empresario de Acapulco y mis negocios se llaman Verde Pistache y Verde Vegan. Verde Pistache es una tienda de productos orgánicos, Verde Vegan es un restaurante vegano y tenemos también otro negocio más pequeño que se llama Acapulco Beach; es una boutique de souvenirs que promueve el diseño acapulqueño. Estamos en... estábamos en Costera.

Mi testimonio sobre lo que sucedió el veinticuatro-veinticinco de octubre es más o menos el siguiente. Como ciudadano común y corriente, lo viví en mi casa acompañado de mi esposa; cabe señalar que mi esposa también es socia de los negocios que acabo de mencionar. Mi testimonio será muy similar al que dio el noventa-noventa y cinco por ciento de las personas.

Todos sufrimos daños, fue algo crítico que nos generó pánico; al final salimos ilesos con daños materiales, pero nada grave, quisiera yo decir. Obviamente, nuestro primer impacto visual fue..., como vivimos en una parte alta de Acapulco, que vivimos en el fraccionamiento Joyas de Brisamar, que está atrás de la Base Naval. En este fraccionamiento, cabe señalar, también que soy miembro de la mesa directiva y hago mucha labor social dentro de mi comunidad.

Bueno, el primer impacto visual fue ver los cerros completamente destruidos, en sí no teníamos realmente una idea cercana a lo que pasaba abajo en la Costera, pero el primer impacto visual fuerte fue voltear a ver el parque del Veladero sin ningún tipo de follaje o vegetación, o sea todos los árboles rotos. Eso fue el primer signo de que acabábamos de vivir una situación crítica mayor a lo anteriormente vivido, a mí me tocó vivir el huracán Paulina cuando estaba en la secundaria, entonces teníamos una idea de lo que es experimentar la fuerza de un huracán nada más que la diferencia con el huracán Paulina fue que había lluvia, lluvia, lluvia toda la noche y en cambio con Otis pues, fueron aire, aire, aire y eso era un tema sonoro muy peculiar.

La primera reacción fue buscar a nuestros seres queridos. Eso, creo que era parte de nuestras prioridades al inicio del día, ver en qué situación se encontraban las personas más cercanas a nosotros: amigos, socios, familiares.

Tengo mis vecinos que son familiares; al lado son hermanos de mi mamá. Esos fueron donde canalizamos primero la energía. Los que están aquí cerca vamos a revisar que estén bien; posteriormente, tenemos que ver cómo quedó el lugar donde proviene nuestra fuente de ingresos, o sea, revisar nuestros negocios.

Le dedicamos un par de horas a recorrer el fraccionamiento, buscar a los vecinos, saludar a la gente y ver cómo les había ido y por ahí de entre diez treinta y once de la mañana decidimos bajar a la colonia Costa Azul, que es donde se encuentra nuestro negocio principal, que es Verde Pistache y Verde Vegan, nuestra sucursal principal, porque tenemos una segunda sucursal en la zona de Diamante.

Nos dábamos a la idea de que ir a Diamante. Iba a ser complicado por lo que encontramos al bajar a la Escénica y a la Costera; era una zona completamente destrozada y bloqueada, o sea, estaba imposible pasar. Veíamos cómo carros ya... La gente no estaba reaccionando de la manera más adecuada; todo mundo se quería mover con el automóvil y a la hora de querer pasar comenzaron a enlodarse, a atascarse y empezó a haber un poco de caos luego, luego en las horas más tempranas, de lo que yo recuerdo.

Había angustia, mientras caminábamos, de saber cómo le iba a ir al negocio porque el primer impacto de infraestructura fue el hotel, el Dreams, que era un hotel prácticamente en remodelación que iba a tener un enfoque de hotel de lujo, y verlo completamente destartado fue como que: “El impacto del huracán está fuera de proporción”.

Entonces, sí veníamos algo preocupados mientras caminábamos mi esposa y yo. Y se nos pegó un amigo, también vecino que tiene negocios importantes en la Costera, un par de restaurantes y una pastelería.

Conforme fuimos caminando nos fuimos dando cuenta de que sí, desgraciadamente muchos de los negocios estaban bien destruidos, no era un panorama realmente alentador, pero conforme fuimos llegando a la plaza 3228 vimos que una parte de la plaza estaba muy dañada, pero en cuanto vimos el ángulo de donde se alcanzaba a ver nuestros dos locales vimos que no había cristales rotos.

Entramos y nada de cristales rotos. Obviamente, había muchas filtraciones de agua. Subimos a la cocina y encontramos la plafonería abierta, pero nos dio mucho ánimo ver que realmente no estaba destruido el negocio, que sí había un poco de agua y un poco de humedad, pero no destrucción como la estábamos presenciando, viendo los edificios.

Ya nos empezábamos a topar con amigos, con familiares, con gente conocida en la Costera y era impresionante ver las caras largas de todos de que esto... tocó fondo Acapulco.

Solo lo que nos faltaba era recibir el impacto de la naturaleza de esta forma. A nosotros nos dio ánimo ver que nuestro lugar no estaba destruido; dijimos: “Ya de aquí, por lo menos estamos un cincuenta por ciento del otro lado”.

En ese momento no pensamos en los saqueos, simplemente dijimos: “Vamos con mi amigo, vamos a revisar ahora tus negocios”. Uno de sus negocios era un restaurante muy conocido que se llamaba Brooklyn, un restaurante de comida americana: hamburguesa, *hot dog*, carne; es un *sports bar*. Estaba ahí por donde está el Soriana. Quedó destruido completamente, fue pérdida total el Brooklyn, pues empezamos a ver la reacción negativa de muchas personas: “Me quedé sin nada. Esto no se va a poder levantar”.

De puro milagro, la boutique de ropa no tenía nada; estaba intacta, solo que creo que posteriormente sí intentaron abrirla. Parece que después una persona le aventó una piedra y hubo gente que estaba ahí que no dejó que la abrieran. En ese momento no había signos de saqueo. Te soy sincero, la gente empezaba a entrar, no de una manera ordenada, a los supermercados, pero en las horas tempranas del martes la gente estaba entrando como para agarrar cosas, pero no veías lo que sí ibas a ver en la tarde y los próximos días, que fue el desorden total, el caos y la rapiña totales.

Conforme fuimos terminando de revisar nuestros negocios, nos percatamos del daño en la infraestructura eléctrica y reflexionamos que no iba a haber solución en uno, ni dos ni tres días, sino que va a tardar meses en arreglar el tema de la luz. Nos vamos a quedar sin luz, tenemos que agarrar comida, tenemos que ver de qué forma podemos agarrar comida que no se eche a perder, los enlatados. Empezamos a pensar cómo digamos, sobrevivir, pero de manera ordenada.

Nos metimos a un Walmart, te soy sincero, con el propósito de agarrar algunos víveres, porque no me quiero lavar las manos de decir que: “Ay sí, no hice yo nada y me quedé en mi casa”. La verdad lo que hicimos nosotros fue entrar por unos trapeadores, unas cubetas y unas velas, [pero] al final nos quedamos pensando: “No, pues, no va a ser necesario, lo que más necesitamos hoy es unas pilas, unas linternas y unas cubetas”.

Para cuando entramos a Walmart ya el saqueo era brutal, nosotros posiblemente entramos..., no me quiero escuchar puritano, pero sabíamos que en nuestros hogares podían sufrir lo mismo, al final de cuentas yo también no tengo alimentos.

Estaba cerrado y ahí era la tierra de nadie, eso nos hizo reflexionar un poco más de ver la reacción de la gente que no iba a ser la adecuada. Consideramos que hasta el hecho de saquear se iba a volver peligroso. O sea, que tú al ir a las tiendas te ibas a exponer también, con personas que estaban dispuestas a arrebatarle lo que tu estabas agarrando, la verdad fue un impacto profundo.

Tú puedes pensar que, de manera ordenada sacas cosas, algunos víveres, no tuve tiempo de comprar cosas [inaudible] el evento, creo que en esas situaciones se podría justificar, pero lo que estaba sucediendo en esas tiendas no era justificable, creo que se va a hablar mucho de eso.

Alguna vez tuve un acercamiento con unas personas de la UNAM⁷ y les platicaba que esto, el huracán, no reconoció el estrato social. Tu veías a personas de cualquier estrato social.

Ese día, le decía a mi esposa, yo no me voy a poner a juzgar de más, si al final estoy tratando de llevarme algo que sea para mi sobrevivencia, pero lo que estábamos viendo era algo de: “Eso no es para mí sobrevivencia”.

O sea, eso ya es un robo, eso ya no lo veíamos válido. Sí, te digo, es real lo que vimos. Yo te digo porque tengo conocidos en la Universidad. Decíamos: “Es que no lo puedo creer”. Se están llevando un montón, o sea, vimos hasta políticos saqueando.

Entonces, creo que el tema del saqueo o lo que comentaba con estas personas de la UNAM es que se debería hacer un estudio, no sé si sea la palabra adecuada, antropológico o psicológico, no sé cuál sea el tér-

7 Universidad Nacional Autónoma de México.

mino científico de por qué las personas reaccionaron así, sin importar el estrato social.

Porque tu dirías alguien que tiene un estrato social más bajo o menos educación se comporta así, pero nosotros vimos a personas de todos los estratos sociales robando, saqueando. Entonces, el saqueo no reconoció estrato social y sí fue impactante.

Al final, nosotros en las primeras horas de la mañana, lo que nos dolía era ver los daños materiales, la actitud de la gente. Pensábamos: “Cómo nos vamos a recuperar de esto”. Y a las pocas horas ya lo que veíamos eran señales postapocalípticas, esa es la palabra correcta, ver cómo a la gente no le importaba organizarse y hacer las cosas de una manera más ordenada.

Regresamos a casa. Esto es el resumen del primer día; los días posteriores, a manera de mayor resumen, era: ¿Cómo llegamos a Diamante a ver nuestra segunda sucursal? Esa era nuestra segunda misión y cómo lográbamos dar con nuestros demás familiares porque, definitivamente, veíamos que iba a ser muy difícil moverse en automóvil, carros ponchándose. El segundo objetivo era tratar de dar con los familiares, pero bajo qué circunstancias, sin automóvil; entonces, mochilita, agua, víveres y a caminar.

Recorrimos kilómetros buscando a seres queridos, familiares, tías de la tercera edad, tíos de la tercera edad, para saber cómo están, recababa información para avisar a mis primos, esa fue nuestra labor las primeras cuarenta y ocho horas, casi tres días hasta que logramos llegar hasta Caleta donde viven mis suegros.

Y sí, fue una situación muy agotadora y crítica porque teníamos que regresar antes de que oscureciera. Ya una vez que oscurecía se sentía muy densa la energía en la ciudad. Obviamente, ya habían entrado los convoyes de CFE, Guardia Nacional, la Marina, el Plan DN-III. O sea, la presencia siempre estuvo ahí. En esa parte creo que no nos podemos quejar, si quieres ahorita entro en ese tema, a manera ya, de resumirlo más, logramos ir a la sucursal de Diamante.

La sucursal de Diamante sí se destruyó; ahí perdimos prácticamente todo. La saquearon las mismas personas que venían de fuera, la gente del DF, de Puebla, que se hospedan en el Club de golf. Gente de un estrato social alto fueron los primeros que saquearon la sucursal. Ya después vino la raza, como les dicen, o sea, vino la gente que estaba

buscando robar. Fueron tres días de saqueos en mi sucursal; ya después hubo vandalismo y actualmente sigue así, no la hemos podido levantar.

Ya la limpiamos, pero no tenemos los recursos ahorita económicos para activarla y si los tuviéramos no lo haríamos porque toda la zona de Diamante está prácticamente destruida. O sea, no hay realmente ahorita una población, digamos, interesante que nosotros podamos, digamos, ofrecerle nuestros productos y servicios; sería un gasto innecesario en este preciso momento. Tenemos que esperar a que la zona Diamante se termine de recuperar.

Posterior a estas revisiones, mi labor colonial me requirió muchísima energía, entonces [hubo que] contratar camiones de retroexcavadora, camiones de volteo, limpia, del tema sanitario, conseguir recolección de basura.

La verdad es que nuestra colonia se organizó muy bien. Unos cuantos, los que estamos en la mesa directiva, nos movimos muchísimo, la sacamos adelante en menos de un mes. Sin temor a equivocarme era la colonia más limpia de Acapulco, la verdad. No ocupando muchos recursos también, que bueno van a decir: “Es que allá arriba es una colonia de un estrato social medio, medio-alto”. Y no, yo logré obtener cooperaciones de cuatrocientos pesos por casa, lo cual... a ver, no es algo muy oneroso. En un mes sacamos todo adelante..., ¡en un mes!

Tenemos la suerte de que la colonia tiene redes subterráneas de CFE. Entonces, como al quinto día llegó la luz; eso nos permitió almacenar alimentos y acceder a las cisternas de agua, o sea, con electricidad -nuestras cisternas tenían agua- bombeabas el agua a los tinacos. Y, pues mucha gente volvió a tener el servicio de agua.

Tuvimos mucha suerte al tener redes subterráneas de electricidad. Eso nos benefició en gran parte. Obviamente, empezaron los rumores: “Es que viven políticos allá arriba y son pesados y por eso ya les pusieron la luz”. Eso es mentira, pero ya empezaba a haber ese tipo de comentarios en la calle. O sea, veías todo Acapulco apagado y Joyas de Brisamar prendida [iluminada].

Lo traigo a colación por el tema social, como los estratos sociales siguen divididos y a veces especulan y en vez de que haya un poquito de mayor unidad seguimos cayendo en estos juegos donde el tejido social se sigue rompiendo. Pero lo dejo como testimonio que ese fraccionamiento tiene más de treinta años y desde un inicio se construyó con redes

subterráneas, no tiene nada que ver con ninguna vara alta ni nada por el estilo, pero eso ayudó mucho a mi colonia.

El problema de haber estado yo dedicándole tanto tiempo a eso fue que robaban mi negocio mientras yo estaba ayudando a mi propia colonia, entonces unas por otras.

Para el mes de diciembre, en la parte económica, hablando con todos los chicos que dependen de su trabajo, no se despidió a nadie. Todos están aquí, trabajando en la misma sucursal. Entonces, sí traigo una carga económica muy fuerte porque las nóminas son doble nómina ahora en una sucursal, pero tratamos de ayudarlos.

Nos terminamos toda la lana en tratar de repararla, de limpiarla, de tenerla lista; dejamos todo muy limpio. El problema es que a [la colonia] Costa Azul no ha llegado la luz tan rápido; solo estábamos esperando a que regresara la luz. En cuanto regresó la luz, ya fue posible activar.

Nuestra idea, nuestro plan fue: una vez que haya luz, vamos a abrir el negocio; sea lo que sea, vamos a abrir el negocio y vamos a activarnos. Todavía hay mucha gente que no ha tratado de reactivar su negocio; nosotros en diciembre ya estábamos abiertos, a lo mucho nos tardamos un mes, inclusive durante el mes de noviembre limpiamos y lo dejamos listo. Perdimos una cantidad de dinero brutal en inventarios; todas las cosas del restaurante se echaron a perder. Fue algo muy oneroso que, aunque no hubo daños materiales, sí hubo daño de mercancía fuerte. Al final teníamos con qué empezar; empezamos con algo pequeño.

Al día de hoy, seguimos sin abrir la sucursal de Diamante. Sigo con todo el personal completo; están casi todos al cien por ciento de sus salarios y sus prestaciones, no al cien, porque no se puede. Ahorita todavía nos apoyó la CFE en no pagar los bimestres; eso hizo que tuviéramos cierta liquidez. No estamos en el mismo porcentaje de ventas, estamos en un veinte/veinticinco por ciento debajo de lo que normalmente promediábamos. No está tan fácil.

Una vez que la CFE comience a cobrar bimestralmente los recibos en estos locales, sí vamos a tener un impacto en el flujo fuerte. Sí estamos nerviosos porque no estamos todavía del otro lado, es decir, sí es un tema de irle rascando, rascando, rascando. Nosotros como propietarios es muy poco lo que hemos podido ganar de nuestros propios negocios. Tenemos otros proyectos fuera de Acapulco que es lo que más o menos

nos ha ayudado a mantenernos, pero para dejar intocables las fuentes de trabajo que nosotros dimos en un inicio.

Respecto a la Boutique, fue algo similar: en cuanto pudimos, la abrimos y se dio empleo a una persona más. Ahorita, en estos momentos, la Boutique la tuvimos que cerrar por cuestiones ajenas a Otis y ahorita tenemos parte de la tienda con la ropa como para mantener vivo el proyecto, pero en algún momento veremos si vale la pena.

Lo que se sintió del gobierno federal en las primeras dos/tres semanas fue un apoyo total. No quiero sonar parcial, al final de cuentas, sin importar los tintes políticos, no podemos negar que el esfuerzo que se hizo en la ciudad fue algo de una magnitud que no estaba planeada. No había antecedentes históricos de la respuesta a un fenómeno de este tipo.

Entonces, yo así juzgo el evento; esto es de proporciones nunca vistas. Entonces, ¿cómo es la reacción de nuestras autoridades de algo que nunca han visto? Yo lo veo como bien, lo califico como positivo.

La parte negativa: la mayoría no va a dejar de señalar el tema de los saqueos y la parte de la seguridad también. Es algo que se puede mejorar, porque ya vimos que al final fue vandalismo, no solo fue robo, también vandalismo. Y cuando hay actos de vandalismo le cuesta más trabajo a la economía recuperarse.

Pero creo que Ejército Mexicano, Marina, CFE, muy destacado, Guardia Nacional la pondría un poco más abajo porque hay menos experiencia; pero en cambio, el Plan DN-III creo que sí tiene más experiencia en el manejo de esto. Yo sí vi; no me guío por cuentas de Twitter, por cuentas de Facebook, YouTube ni noticias, o sea, lo vivimos en carne propia, porque todo el tiempo estuvimos en la calle, en [muchas] cantidad de colonias.

Junto con otros amigos hicimos una fundación que se llama Acapulco Fénix. Nos pusimos a repartir despensas de universidades que venían y dejaban las cosas, canalizamos mucha ayuda de afuera de Acapulco y empezamos a recorrer. Nosotros nunca estuvimos parados. Nunca estuvimos cruzados de brazos; íbamos a todos lados, desde Coyuca hasta Tres Palos, a repartir víveres, a ver qué se necesitaba.

En todos lados, en todos los puntos había presencia, había forma de llegar, y es imposible que todos los días estuviera repartiendo en un mismo lugar. Obviamente, que iba a ser un tema rotacional, por eso te digo

que nuestra actitud ante esto siempre fue de manera positiva y colaborativa; no importa el tema de partidos políticos, nunca lo relacionamos.

Hubo gente que se enfrasco en esta idea estúpida de estar reclamando y reclamando: “¿Y dónde están las autoridades?, ¿y dónde están las autoridades?”. Es gente que estaba desde la comodidad de su teléfono sin ver lo que realmente estaba sucediendo y ¿dónde está nuestra responsabilidad como ciudadanos? Tuvimos una respuesta muy laxa, precisamente de las personas que más se quejaban. Nosotros sí vimos, sinceramente, que estaban haciendo un buen esfuerzo por las autoridades federales, recalco.

Autoridades estatales. Me da la impresión de que sí estaban haciendo poco, también limitados porque ¿qué tanto iban a ser capaces de hacer? Más que lo más básico, creo que sí lo hicieron. Nos coordinamos con ellos para hacer varias labores y bien, positivo, satisfactorio; creo que estaban limitados, es una realidad al final.

De las autoridades municipales, no quiero ser mezquino; la gente se les fue a la yugular, pero ellos, las autoridades municipales, eran damnificados, a mi punto de vista. O sea, todos los policías, todos los bomberos han de haber amanecido con sus casas destrozadas y sus unidades. Obviamente, su tiempo de respuesta iba a ser lento. Ni los vimos, no veías a autoridades municipales; por lo menos la primera semana era muy poco, era muy difícil verlos, salvo la presidenta municipal, me la topé el primer día, el día que bajamos [a la avenida Costera].

Ese día que estábamos recorriendo la Costera, íbamos [caminando], andaba en su convoy, pero creo que estaban limitados. Más bien, yo creo que a la autoridad municipal se le va a juzgar en caso de que vuelvan a ganar en estas elecciones. Creo que se les va a juzgar en este periodo, o sea, que se les dé continuidad.

O sea, ¿cómo vamos a levantar a la ciudad? Creo que esa parte es en la que sí debemos de presionar y poner el ojo ahí. Te digo que, sí llegamos a como coordinarnos en algunos trabajos de limpieza [con los gobiernos. Sí veíamos que ellos hacían un esfuerzo en el tema de la limpieza, en el tema de la basura.

Sí vi varias cosas tangibles por las que ellos estaban moviéndose, pero te digo, no quiero ser ingrato, mezquino, creo que era un tema muy difícil de resolver. Eran damnificados, así lo quiero ver. No quiero ser tampoco condescendiente porque sabemos que hay mucha ineficacia,

mucha corrupción, temas que no soy ciego a ellos, pero me gusta ser realista, objetivo, en cuanto a lo que se vivió.

Ahora, sobre el tema económico, lo que se vivió. Como persona sí nos censamos, nos apoyaron, recibimos los apoyos, no completos. No nos alcanzó para la totalidad de los arreglos en mi casa, eso es definitivo, pero es una ayuda. Creo que es imposible que a todos los ayudarán por igual; hay personas con mayores necesidades, igual por el estrato socioeconómico donde está mi casa. Creo que ya había un lineamiento de que: “No vamos a dar más de esto”. Lo cual es entendible, pero mucho [lo califico como] “Ok”. Todo suma, son mis impuestos. Al final, fui retribuido en algo.

En el [huracán] Paulina, nadie me dio nada y también sufrimos la tormenta Manuel e Ingrid y nos dieron una cosita de nada para apoyarnos a los negocios; una cosa, pero ridícula,

Antes no escuchabas que los apoyos llegarán bien, sobre todo en la parte económica. En la parte de negocios, este negocio de Costa Azul no recibió apoyo; el de Diamante sí. Nos dieron un apoyo por pérdida total, lo cual tampoco ayuda para poderlo reabrir; yo tendría que obtener un crédito de la financiera.

Finalizo simplemente con dar a entender que el apoyo inicial sí es de gran ayuda, pero se tiene que complementar con créditos y facilidades y sí que lo pueden asegurar porque estamos en cámaras industriales y no han salido todos los apoyos, los créditos siguen estancados, los bancos creo que todavía no..., en banca comercial todavía no me he metido porque a lo que uno busca son tasas de interés bajas ahorita

Realmente sí esta complicada la situación económica para que tú puedas tener tus negocios al ciento por ciento, sí esta complicada

Con eso quiero concluir, porque todavía no se han liberado todo el tema de créditos del bienestar, nacional financiera, todo eso falta, no está todavía listo. Sé que en las universidades ya hay apoyos, pero todavía en el tema empresarial falta muchísimo todavía.

Amparo

Mi nombre es Amparo Manzanares, soy nutrióloga, vivo aquí en Acapulco, soy socia del restaurante Verde Pistache y Verde Vegan y de la tienda orgánica, y tengo un consultorio clínico igual dentro de la em-

presa. Eso es realmente mi enfoque dentro de la empresa, o sea, en la parte nutricional y en la parte de calidad del restaurante de los platillos. Mi experiencia en el Otis, como lo comentaba, sí fue un tema de miedo un poco los primeros días. Quisiera yo comentar esto porque probablemente no soy la única persona en Acapulco que lo vive. Padezco, padecí de ataques de pánico, de ansiedad y estoy en ese tema de esquema de tratamiento tanto nutricional como también emocional.

Entonces, obviamente después de haber vivido un evento como el huracán, te deja con mucha adrenalina y muchas veces hasta lo he llegado a platicar con amigos. Al momento del huracán sí me entraba una desesperación de querer salir porque yo sentía que mi hogar era inseguro y tuve que poner mucho empeño en la parte de la meditación en la parte de concentrarme en que yo iba a estar más segura dentro de mi casa que salir corriendo. Creo que a muchas personas les paso eso. Cuando te da mucha ansiedad que piensas que tu lugar es un lugar vulnerable, [ahí] donde estás escondido, te dan ganas de salir a buscar otro refugio, ahí es donde puedes cometer algún error, obviamente por esa parte. Los días posteriores sí me daba un poco de temor la parte de la noche.

A los dos días tuvimos que venir a tapar el negocio con bolsas de basura, guardar todos los productos para que el lugar no se viera que estaba al ciento por ciento y nos tocó la noche. Esa es la noche que yo siempre les narro a todos que..., si el huracán me dio miedo, yo creo que eso me dio más miedo.

Al momento de salir de los locales, eran como las nueve treinta de la noche aproximadamente, todavía no había luz y sí fue una sensación muy incómoda el caminar hasta la casa en completa oscuridad. Era como una época apocalíptica; hasta ese día dije: “Si no los veo, no me ven. Si no los veo, no me ven”, como película de terror, como que si los veo me van a atacar, entonces mejor veo al piso y que no vaya a caer a una alcantarilla abierta porque realmente no se veía nada hasta que ya pudimos llegar a un lugar que es la Base Naval, con luz, y entonces a correr a la casa.

Los días posteriores yo no llegué a notar esa inseguridad o lo quiero llamar así. Eso es también porque no había comunicaciones, no se podían propagar noticias negativas entre nosotros, simplemente lo que escuchábamos de boca en boca o lo que podíamos escuchar a fuera.

Hasta que una noche sí escuchamos disparos cerca de la casa y ahí fue donde ya empecé a tener un poco de miedo y se lo pregunté a mi

esposo: “¿Estamos expuestos a algo? Y me comentó: “Estamos expuestos a todo”. Y esa parte fue algo difícil porque te entra conciencia de que tu casa está totalmente abierta afuera no hay luz, muy fácil pueden llegar a entrar.

Hay una parte de esa vulnerabilidad en la que tú piensas que todo está igual y nada está igual. Esa fue mi experiencia en la toma de conciencia en el tema de la seguridad que sí se vivió en días posteriores al huracán.

Estuvimos dedicándonos nosotros a repartir las donaciones que nos hacían llegar por fuera, y realmente eso fue lo que nos hizo concentrarnos en ayudar al prójimo, en realmente saber que nuestra casa estaba todavía tirada. Pero saber que todos los días eran productivos, eran de querer salir a ayudar, de ver las situaciones de cómo había quedado el puerto de Acapulco y otras zonas.

Y la verdad es que el primer día que salimos a caminar, [fue] el día miércoles, yo le dije a mi esposo: “Calculo que va a haber mínimo dos mil muertos, porque esto está todo destruido”. Me da mucha tristeza porque sí llegue a pensar eso, pero después de ir recorriendo todos los lugares, entregando todas las despensas, empezamos a notar otra realidad que gracias a Dios las personas que fallecieron no fueron ni tres mil ni dos mil como se veía tan aparatoso el puerto. Seguramente, las personas que lo vieron de fuera, por noticias, pensaron igual porque las imágenes eran catastróficas.

Ya después de concentrarnos en la parte de la ayuda, me sorprendían muchos lugares que eran de muy bajos recursos y era donde más educación tenían en la forma de llegar, formarse, elegir. Y en otras zonas donde tenías tú que empezar a gritar porque todos se acercaban así a rodearte y tú estabas dentro de un círculo; eso también nos llamó mucho la atención.

Ya comenzando a reactivar los negocios, la verdad es que estoy muy agradecida con las personas que vinieron los primeros días, porque si eran días difíciles, eran días de incertidumbre de: “¿Van a venir, no van a venir? ¿cómo va a estar el restaurante, sobre todo el servicio?”. Nuestra preocupación desde el día uno fueron nuestros compañeros de trabajo, de que ellos tuvieran de cierta forma despensas de, por ejemplo, amigos míos de la Ciudad de México.

Yo pedía cosas que ellos pedían, se consiguieron medicinas que sus familiares necesitaban, se les consiguió mucha ayuda en la parte de alimentos, medicinas, tanto que de repente voltee a ver mi alacena y dije: “Órale, creo que me voy a quedar sin nada”. Porque realmente en ese lapso yo siento que muchos acapulqueños pueden decir lo mismo: que ni hambre tenías. No te apetecía nada, literal. Lo único en que pensabas era, te levantabas y: “¿En qué ayudo? ¿cómo ayudo? ¿cómo hago que esto se levante, se vuelva a hacer o mejorar? ¿cómo mejoramos el puerto de Acapulco que realmente sí quedó bastante dañado?”

No queda pensar en uno mismo sino de manera colectiva, porque entre todos uno puede crecer y levantar más.

Yo estoy muy agradecida con las personas que vinieron aquí, estuvimos muy enfocados en poderles dar el mejor servicio porque las dificultades que teníamos eran las paqueterías. No llegaban los insumos o eran muy difícil de conseguir ya que es un restaurante vegano, los insumos la mayoría vienen de fuera, vienen del Estado de Nuevo León, la Ciudad de México, entonces no era fácil.

Las paqueterías te daban fecha de entrega de cuatro semanas, un mes o algunas que de plano no entregaban. Sí nos fue complicado, los clientes fueron muy pacientes, la verdad es que aguantaron creaciones no nuevas, anteriores que teníamos y nos llenaba de alegría y de gusto a cada uno de nosotros y también hablo por mis compañeros de trabajo, al ver que ya había mucha gente esperando que nosotros abriéramos.

Comentarios de amigos de fuera que veían que este lugar, este local sí había aguantado de alguna manera. Es un polvito de esperanza en todo ese caos donde dices: “No todo es oscuridad, siempre hay un punto de luz”. Donde ya poco a poco puedes ir caminando a él y empiezas a ya no ver la situación de una forma muy cerrada.

Como yo siempre pongo el ejemplo, no veas el puntito negro de cerca, sino verlo de lejos y ves todas las oportunidades que puedas tener. Si uno se enfoca en ese puntito negro, pues su apertura es muy, muy poca [y no te permite] ver las soluciones para salir adelante. Entonces eso fue lo que yo vi al momento de la respuesta, aquí en Verde Vegan.

En el tema de mis pacientes, yo estaba ciento por ciento consiente de que nutrición o una nutrióloga no es de primera necesidad. En esa parte yo sí me vi un poco afectada en la parte laboral de mi profesión, pero poco a poco, con algunas estrategias de mejorar la alimentación,

también yo vi que muchas personas ya estaban regresando a Acapulco y más o menos mi reactivación económica fue por febrero. Entonces, sí fue algo duro.

Yo sé de colegas que se fueron: dentistas, nutriólogos, algunos médicos, especialistas en medicina interna, que no pudieron aguantar a estar esperando a ver cuándo regresaban los pacientes, porque si yo te dijera que mi economía dependiera al ciento por ciento de mí, pues, ¿qué hubiera hecho desde octubre, noviembre, diciembre, enero, febrero sin ningún ingreso, absolutamente nulo?,

Porque no trabajo en una institución, es totalmente del área privada. Sí fue un punto en el cual dije: “Tengo que cambiar de enfoque. Tengo que suspender nutrición, ¿qué tengo que hacer?”. Y también exploré otras áreas en las cuales sí tenía cierto talento y, pues, ahora estoy diversificándome en la parte personal, como en un desarrollo personal y también en un desarrollo profesional.

Eso también me abrió y le doy de alguna forma gracias al huracán porque vino a sacudir una parte interna que yo creo que la tenía muy guardada en la parte de explorar talento, aprovechar el tiempo, explotar ciertas áreas que a lo mejor tenía algo que darle a los demás. Yo lo veo como una oportunidad de no centrarme en una sola cosa, sino invitar a hacer esa introspección de ver de qué otras áreas tienes para darles a los demás.

Entonces, me di cuenta y me abrió mi esquema de que puedo hacer varias cosas y puedo hacer que engloben dentro de mi carrera, que estén relacionadas con la salud. Entonces, me tuve que asociar a una empresa que se dedica a vender productos que no tienen químicos, que no tienen nada de metales pesados, que son veganos, que no son testados en animales.

Se me presentó justamente esa oportunidad por esos meses y es una empresa que se alinea a mis ideales, a mis valores. Me asocio a esa empresa y la verdad me sorprende que me va muy bien y que los productos sí tienen esa calidad y tienen, además, digamos, una fusión increíble en la parte de la piel, la nutrición y el maquillaje.

Entonces, es algo que digo que le estoy aportando a las mujeres, a que no tengan esos químicos en la piel, porque sabemos que los productos, todos los de la mujer, dermatológicos, tienen esa parte nociva que al final de cuentas se relaciona a mi carrera, porque afecta la salud hor-

monal de la mujer, entonces crea ciertos signos y síntomas que después terminan en el nutriólogo o en el médico.

Todo eso me ayudó a ver esa parte de la expansión y de ahí empecé, nuevamente, a volver a creer en mí. Una parte, un segmento de Acapulco que eran mis pacientes, se tuvieron que ir, pues no es el único granito de arena que hay; hay otra sección que igual necesita la ayuda, pero no sabe de m. Y digo, ok. Es como cuando dicen: “Camarón que se duerme, se lo lleva la corriente”. Pues aquí la corriente vino y me sacudió. Entonces es una parte positiva que yo veo del huracán: que afectó en la parte de mi negocio; lo vi como una parte. Siempre hay que ver la parte positiva y la parte negativa.

En la parte negativa, a veces decaía el ánimo de tener un día bueno, pero de repente llegas y toda la casa destruida y esto destruido y ¿por dónde empiezo? Tè apachurras.

Lo que sí también viví fue una ayuda del gobierno en la parte de las despensas. Sí nos tocó. Nosotros no pudimos hacer las filas, no por el tema de perder el tiempo, no quiero escucharme como sangrona, no. Sino que ese tiempo era mejor invertido repartiendo despensas en otros lugares, a comunidades, donde la ayuda era mucha de la parte privada y también de la parte del gobierno.

[Ahí] se necesitaban muchas manos para poder abarcar todas las áreas. Desafortunadamente, nunca pudimos ir por una ayuda de canasta básica de alimentos, pero en la parte de la ayuda económica sí fuimos beneficiados, como lo comentaba mi esposo.

En la parte del apoyo tanto en casa que sí estuvo muy bien calculado, los daños que tuvo la casa fue exactamente el apoyo que se nos dio, únicamente hay un daño en el techo, porque se llevó una parte de la pasta del concreto, pero yo siento que el apoyo fue muy justo. Hay personas que dicen que no, hay otras personas que dicen que no se pudieron censar. La verdad sí es una obra titánica, sí agradezco mucho esa parte del gobierno.

En la parte de los negocios, también tuvimos un apoyo bastante..., un apoyo muy bueno para poder reactivar la parte de este negocio y la de Diamante. Pero la sucursal de Diamante fue muy afectada en la parte del huracán, se reventaron los vidrios, pero bueno, todos los insumos, los instrumentos estaban dentro.

Desafortunadamente, ahora sí que el ser humano es el que llegó a destruir un poco más, al punto de que sí me sorprendió mucho el alcance que puede tener el ser humano en ese tipo de situaciones. No lo juzgo porque es una parte de supervivencia, pero siento que ya el destruir lugares ya no es una parte, digamos..., que ellos no se toman en conciencia de que los negocios que están ahí..., no saben cómo están operando, no saben si están operando con pérdidas, o si están operando en números verdes, como ya ven una zona que ya está catalogada como una zona de lujo.

Se piensa que todos los negocios que están allá son de lujo y la verdad es que en nuestro caso éramos personas de aquí, de Acapulco, que todos los días salimos a trabajar, salimos a ver los negocios, queremos salir adelante. ¡Y que lo hayan vandalizado... porque le quitaron techo, le quitaron muro verde, se quisieron llevar el columpio que está ahí, se llevaron unas lámparas que estaban colgadas, reventaron los vidrios como si fueran piñatas!

Eso me dio una parte de shock y tristeza, el que de un día para otro viéramos ese cambio, que de días anteriores que habíamos ido a recolectar las cosas, porque íbamos hacer limpieza profunda, nos llevamos los equipos, todo [para limpiar].

Pues, en menos de veinticuatro horas el lugar ya estaba vandalizado porque así lo puedo yo llamar: que te arranquen tu lugar, yo sentí como si me hubieran asaltado o no sé, se sintió una experiencia muy fea. Y bueno, no los juzgo, son cuestiones de estrés, de enojo, de desquitarse de alguna forma. Así lo veo y no coincido con la misma mentalidad, pero bueno eso fue lo que nos tocó vivir y lo único que es bueno es asimilar y con gratitud [manifestar] que estamos bien y ahora sí que alineados en la abundancia de lo que va a venir, para poder salir, para poder recuperar todo ese avance que habíamos tenido.

Actualmente, después de siete meses del Otis, doy muchas, pero muchas, muchas gracias a las personas que siguen viniendo a Verde Pistache y Verde Vegan. A los pacientes que han estado nuevamente creyendo en nosotros, apoyándonos, y a los turistas que también vienen. Hay turistas que recuerdan el Verde Vegan de Diamante y vienen al de Costa Azul y vienen con mucha felicidad de ver que el lugar está bien y que estamos bien. Con eso quiero concluir, con ese agradecimiento, y esa fue mi experiencia a nivel personal y profesional.

Valeria.⁸ “Mi vida cambió totalmente de un día para otro”

Recuerdo que se estaba hablando como de que iba a haber una tormenta, porque no se esperaba como huracán. Y yo estaba el día lunes en el gimnasio. Ya estaba casada; mi esposo trabajaba ... en Coyuca, era ... Lamentablemente, el día lunes lo mataron en un atentado que hubo en Coyuca... Yo me entero el día lunes como a las doce del día. El martes la pasé en la SEMEFO, haciendo trámites y todas las cosas que se necesitaban para entregarnos el cuerpo.

Recuerdo que cuando estaba en la SEMEFO eran como las seis de la tarde y se empezó a nublar y como lloviznando. Desde antes ya estaba como lloviznando, pero como estábamos ahí [atendiendo otras cosas, no pusimos atención], empezó un poquito más fuerte la llovizna.

Yo salí de ahí como a eso de las seis y treinta [de la tarde] y pasé a comer algo con mi hermana porque, pues, no había ni desayunado ni nada por la situación que se estaba dando. Pasé a comer a La Casa de los Abuelos, fui al departamento donde vivía a recoger mi suéter y ya me fui para la funeraria.

Estaba la lluvia un poquito más fuerte, pero no estaba tan tupido todavía. Cuando llegué a la funeraria, estaba todo lleno. Obviamente en el lugar donde estaba mi esposo, pues había mucha gente. Recuerdo que hicimos un rezo y después como que mucha gente estaba hablando de la lluvia, pero yo estaba como que ida, como que perdida. En ese momento no entendía que iba a entrar un huracán o que la gente ya estaba hablando de un huracán de mayor potencia.

Yo estaba bloqueada por la situación en la que me encontraba y, de repente, mi hermana salió a ver su carro porque la lluvia estaba empezando a arreciar.

Solo recuerdo que estaba en el lugar y de repente, eran como las doce de la noche, y ya no podía mandar mensajes, se empezaba a ir la señal y de repente se fue la luz. Muchas personas ya no se movieron de la fu-

8 El nombre real ha sido cambiado.

neraria, unos alcanzaron a irse a sus casas y así, pero las demás personas nos quedamos en el velatorio

Recuerdo que se fue la luz y solo quedaron las velas encendidas en el ataúd; era lo que nos daba luz. Recuerdo que mi hermana sí estaba al tanto de la magnitud del huracán. Y ella, lo que hizo, en el velatorio... ella arrimó un sillón que estaba en medio de las ventanas y les dijo a mis papás que se sentaran ahí y después me habló a mí porque yo estaba cerca del ataúd. Me dijo que mi mamá quería que estuviera con ellos, entonces me fui a sentar con ellos.

Pero lo que ella comenta es que ella trataba de resguardar por si se llegaban a romper los vidrios y no se nos fueran a la cara, para enfrente. Nada de eso yo lo tenía en cuenta; la verdad, yo estaba ida. Yo estaba despierta y todo, pero cuando me dijo: “Vente, siéntate aquí”, nos sentamos.

Estaba ahí sentada, se escuchaba ruido de lámina, de golpes, como que golpeaban los carros, de alarmas de los carros. En la funeraria, de repente se empezó a escuchar cómo se rompían todos los vidrios. La puerta del pasillo, que era de cristal, en un momento se rompió. Yo nunca, nunca, nunca me paré, ni al baño ni salí del velatorio, entonces no me di cuenta de la magnitud porque nunca salí del velatorio.

Entonces, de repente se metía el agua, pero gracias a Dios, porque en ese velatorio se rompieron muchas ventanas de ahí, pero no se rompieron las dos ventanas que había. Digo que eso fue una bendición porque eso ya me hubiera asustado.

Hubo un momento, yo no sé si es que era el ojo del huracán o no sé qué, pero se escuchó horrible, como que de repente, dentro de la situación en que me encontraba, como que sentí miedo del ruido que se escuchaba, pero fue como solo un momento. Entonces, mi hermana nos dijo que nos quitáramos el suéter y que solo nos lo pusiéramos encima, por si se llegaban a romper los vidrios de las ventanas, para que nos tapáramos la cara. Entonces, eso hicimos; mis papás y yo también, y ya, pero digo: gracias a Dios no se rompieron.

De ahí, hubo un momento en que se empezó a bajar el ruido y yo me quedé un rato como dormida porque, obviamente, llevaba ya la noche anterior sin dormir y, obviamente, ya estaba muy cansada y me quedé un rato dormida.

En la mañana que me despierto, eran como las seis y treinta o cuarto para las siete, no recuerdo, algo así. Mi hermana había salido a ver el carro, entró al velatorio y nos dijo que fuéramos para el departamento porque mis papás son diabéticos y necesitaban comer algo e inyectarse. Le dije que sí.

Cuando salimos, el carro de mi hermana tenía roto el parabrisas, estaba muy golpeado y yo cuando salí a la calle no lo podía creer, porque estaban postes tirados, había muchos vidrios, muchos árboles tirados, veo que el parabrisas de mi hermana estaba roto. Ella lo que hizo fue romperlo más para hacer como un hoyo porque no se veía; le hizo un hoyo al parabrisas.

Cuando nos subimos al carro nos pusimos los lentes y cubrebocas porque, conforme íbamos avanzando, iban como que volando los vidrios. Cuando íbamos para el departamento no podíamos pasar; teníamos que bajarnos del carro para poder levantar las ramas o hacernos camino. Cuando iba yo por la Costera, no lo podía creer, era como de película de ficción de los huracanes, no lo podía creer. De por sí con la situación que traía y luego ver todo destruido, pues, todavía como que una sensación muy desgarradora, no podía creer cómo se veía la Costera, cómo se veía Acapulco, cómo se veían los hoteles. Veía en el boulevard de la Costera: colchones, cocinas, láminas, todos los techos destruidos, todas las ventanas destruidas.

Cuando llegamos al departamento donde yo vivía, mi hermana ya llegó con la llanta rota y ya no nos pudimos mover. Entonces, ya ese día yo me quedé en mi casa, ya no regresé ni siquiera al velatorio porque, pues, ya no había camino, no había transporte, no había cómo moverme más que irme caminando.

Todavía no hacían como ningún camino y como la llanta del carro de mi hermana quedó destruida, pues, ya no teníamos cómo movernos. Cuando llegué al departamento, afortunadamente, tenía protecciones y solamente se rompió un calce y, pues, se metió agua, pero en el departamento donde yo vivía fue lo único que pasó. Yo pasé ese lapso del huracán, pues muy diferente a lo que mucha gente... Yo creo que también fue lo mismo para todas las esposas y los familiares de los policías que [pasaron la misma situación que mi esposo] en Coyoaca.

Llegamos a la casa y mis papás ahí tenían su medicamento, se inyectaron, pudieron desayunar porque tenían que desayunar, pero lamentablemente ya no nos pudimos mover de ahí.

Yo fui a la funeraria hasta el otro día, pero me vio un vecino que iba yo saliendo con mi mamá y me dijo que ¿a dónde iba? y le dije que a la funeraria y me dio un raite a la Diana..., de ahí de Costa Azul a la Diana Y ya de ahí tuve que irme caminando para llegar a la funeraria.

Y cuando iba caminando no podía creer como el árbol gigantesco que estaba en frente de la Diana, todo caído; la gente estaba saqueando todo, las tiendas.

Recuerdo que iba caminando, por ahí por donde estaba el... y toda la gente estaba sacando los refrigeradores, las estufas. A donde voltearas era gente sacando cosas y acarreando cosas. Era, fue, como que, no sé, yo veía esa escena como de terror, de desesperación, pues, sí, porque toda la gente estaba robando todo lo que podía.

Yo logré llegar a la funeraria el día jueves y ya cuando llegué ya iban a sacar el ataúd porque, obviamente, en Acapulco no se podía enterrar y nosotros, pues, como fue asesinato, no lo podían incinerar.

Entonces, lo trajimos a Cuernavaca, y en la carroza se vinieron mis suegros y yo me quedé ahí. Yo le dije a mi cuñado que yo no tenía forma de moverme, que si él no me llevaba a Cuernavaca, pues yo no iba a poder llegar.

Pues, tuvimos que conseguir un carro porque el de mi cuñado también se dañó. Salimos de Acapulco como a eso de las ocho de la noche, creo, del día jueves y todavía estuvimos esperando en la caseta a que nos llevaran gasolina, porque ya no había gasolina. De Chilpancingo nos llevaron gasolina a la caseta unas garrafas de gasolina para echarle al carro para poder llegar a Chilpancingo y de ahí poder reabastecer de gasolina otra vez para poder llegar a Cuernavaca.

Entonces, sí fue muy complicado, pues, dada la situación. Digo, obviamente fue para todos, pero pues, yo, lo sentí un golpe muy fuerte; mi vida cambió totalmente de un día para otro en todos los sentidos. Me quedé sin esposo y sin el lugar donde yo vivía, entonces sí fue complicado. Fue complicado, ahorita que lo cuento, pues, todavía, digo, he sanado, obviamente, ya pasó un año, pero cuando haces ese recuento es como que lo vives otra vez, sí se siente feíto.

Pedro. Discapacidad motriz, desventajas mayores.

Pues, bueno, ¿cómo comenzar? Pues, la verdad, voy a contar un poquito de la mañana de ese día. Todo iba normal; sabía uno que habían alertado en las noticias que se acercaba una tormenta tropical, la cual dijeron que iba a tocar tierra como huracán categoría uno y, bueno, siempre lo que uno piensa como acapulqueño es que no va a tocar tierra, que se va a desviar o que se va a difuminar antes de que toque tierra.

Me vine a la escuela con mis padres; ellos se iban a trabajar y yo me iba a venir a la escuela, pero en el transcurso de la escuela..., estaba a punto de llegar cuando me entero de que la maestra que nos estaba impartiendo clases en ese momento cancela la clase, porque habían alertado ya que el huracán era categoría 2. Ya estaba en categoría 2 en ese momento; fue una crecida muy rápida del huracán y, bueno, en ese momento me dirijo con mis padres al trabajo porque ya se había cancelado la clase y en ese lapso que estuvimos ahí, a mis padres también les cancelaron la clase, diciendo que el huracán ya era categoría 3... en una hora, en un lapso de una hora. En lo que me cancelaron clase y les cancelaron clase a mis papás. Ya nos cancelaron la clase, nos regresamos a casa.

Como sabíamos que a lo mejor iba a llover un poco y se iba a ir la luz, mis padres dijeron: “Vamos a pasar a comprar pan y chocolatito para hacer chocolate caliente y unas velas ‘por si se va la luz’”. Y bueno, llegamos a casa como a eso de las siete de la noche y cuando prendimos las noticias, ya era categoría 4 el huracán.

Es planta baja; [mi casa] tiene un primer piso para subir a los cuartos, pero yo no subo para el primer piso. Se me pasó decir. Emmm, como paréntesis, yo tengo una discapacidad motriz, que es por mi condición [que] uso silla de ruedas permanentemente y bueno, esa es mi condición en general. Sí, para adentrar más en el tema sería otra [entrevista]. Entonces, bueno, ya cierro paréntesis. Continuo con la historia.

Llegamos a la casa a eso de las siete de la noche, encendimos las noticias y el huracán ya era categoría 4. Lo que hicimos, no, más bien, ya estuvimos en casa, ahí un rato y como a las nueve de la noche, si no mal recuerdo, más o menos, en las noticias, en el noticiero de RTG, se

la pasaron alertando todo el día del huracán que era peligroso y que no saliéramos de casa

Y bueno, a las nueve de la noche, vuelvo a repetir, escuchamos al del noticiero ya alarmado, decir que, de última hora, el huracán ya era de categoría 5 y se encontraba a 90 kilómetros del sur-sureste de Acapulco, Guerrero.

Ahí fue cuando todos nos quedamos en silencio, mi familia, y ya dijimos pues, ya no hay que salir a ningún lado, no cargamos gasolina, entonces, ya no quisimos salir a cargar gasolina, y ya pues, ahí, ya no hubo vuelta para atrás, ya fue este, ya nos acostamos a dormir y como a eso de las once cuarenta de la noche, más o menos, mis padres me despiertan porque yo me dormí, ellos se quedaron despiertos allá en su cuarto allá en el primer piso y este pues, me despertaron porque ya se había caído un árbol, ahí donde vivimos tenemos, teníamos varios árboles como unos veinte árboles más o menos de mango, limón y otros frutos y ya se había caído un árbol de limón que estaba frente a la casa, no era tan grande, [era] pequeño, y yo me desperté e inmediatamente sentí mucho frío y sentí muy helado el viento, porque el viento entraba a la casa.

Bueno, quisimos grabar un poco de cómo se veía, pero no pudimos, no teníamos una lámpara para poder grabar, pero sí pude ver yo cómo muchos árboles se estremecían de un lado para otro como si fuesen un manojo de cilantro que lo están sacudiendo. Así se hacían de un lado para otro y estuvimos ahí un rato tratando de grabar, viendo [lo que pasaba].

Tenemos dos gatos y los intentamos salvaguardar en el baño que está en el primer piso, pero como cometimos el error de dejar la ventana abierta, el baño se estaba llenando de agua. Mi mamá les abrió la puerta porque estaban chillando los gatos y se salieron corriendo de la casa.

Mi mamá desesperada quiso ir a buscarlos, pero no pudo, ella creyó que al día siguiente iban a amanecer muertos los gatitos y bueno pasó el tiempo que estuvimos viendo ahí, que estuvimos sintiendo el aire muy frío, pero bastante frío, como nunca lo había sentido.

Llegó un momento, cuando está con más fuerza el huracán que ya nos vamos a acostar. Después de que nos fuimos a acostar, [pues] otra vez, a los cinco minutos mi ventana se quiebra, tengo un ventanal grandecito y se quiebra una de las ventanas del ventanal y les hablo a mis padres que se quebró el ventanal, que está entrando el agua muy fuerte y

pues, ellos bajan y no sé porque razón, pero tratamos de pegar la ventana otra vez, porque se había roto en pedazos grandes, la tratamos de pegar, pero ya no se pudo porque estaba mojada.

Lo que dijo mi mamá fue: “No, pues, salte, vente aquí a acostar al sillón”. Y me fui a acostar al sillón y ya que estábamos ahí viendo qué podíamos hacer para el agua, para ver si podíamos detener un poco la entrada del agua (la pared de mi cuarto es de plafón, de esta Tablaroca), entonces con la fuerza del viento se despegó esa pared y casi se viene abajo, si no hubiese sido por un refrigerador que la contuvo y eso fue lo más fuerte que sufrimos, el daño que sufrimos.

Después de un rato, nos quedamos ahí sentados, ya sin poder hacer nada, nomás esperar a que, si se ponía más fuerte o si de plano, o si ya se calmaba. Lo que sentí durante todo ese trayecto de que estuvo muy fuerte el huracán fue que la casa se movía como si estuviese temblando y yo dije: “Híjole”. Como nuestro techo no es totalmente de cemento, es como de tablaroca o no sé cómo de unicel, tiene unicel en medio; yo dije: “¡Ora! Se va a caer el techo o se lo va a llevar volando”, pero no, la verdad es que no.

Nos fuimos a dormir, pasó la noche y a la mañana siguiente despertamos y [vimos] todos los árboles caídos, todos los árboles estaban caídos, toda la calle inundada. Mi coche quedó entre dos árboles que no le cayeron encima, pero quedó entre esos dos árboles, y solo un árbol de mango se salvó, porque estaba en una jardinera y porque lo habíamos podado momentos antes. Y bueno, en ese momento, como yo vivo en un fraccionamiento, pues, necesitábamos buscar la salida del fraccionamiento. Fuimos a ver, pero no podíamos pasar porque por mi fraccionamiento pasan tres torres de alta tensión, entonces esas tres torres de alta tensión se cayeron tapando el paso con los cables.

Pues, la verdad, sí este, ¿cómo decirlo? Pues, una, lo voy a decir así, hubo una o yo sentí una descomposición social que se aseveró, ¿no? Una indiferencia más hacia los problemas de las personas, este, de cualquier condición y más en mi condición, siento una indiferencia más marcada en la cuestión de los accesos, en la cuestión de, bueno, de todo, más. Porque, después de eso, el que yo pudiera ir a un supermercado por las cuestiones de las filas larguísimas que se hacían y de que la gente se ponía como loca en los supermercados, pues a mí me era imposible entrar al supermercado y que me dieran un espacio para poder pasar entre los

pasillos porque era tanta la gente y la gente no quería darte el paso. Y pues, ahí también en oficinas gubernamentales, eh, sí también la indiferencia era más marcada, era, pues, en general, en eso sí.

Sí [recibí apoyo del gobierno], se entregó un poquito atrasado por la cuestión de que no había bancos, entonces sí tardaron, no mucho la verdad, como una semana, semana y media de entregar el apoyo; lo entregaron de manera presencial y en efectivo.

Al día siguiente de que pasó lo del huracán, yo amanecí con fiebre alta, pero después se me bajó, se me bajó la fiebre un poco. Entonces, mis padres se quisieron ir de aquí de Acapulco porque dijeron: si yo me pongo enfermo o si me sucede algo. Aquí en Acapulco está imposible..., con los saqueos de las farmacias, no había farmacias, el hospital estaba imposible también, o sea, no había..., no se podía atenderme.

Y nos tuvimos que ir porque sí, dijeron que si yo me enfermaba o si me pasaba algo, pues, aquí no me iban a poder atender, entonces nos fuimos a Iguala que tenemos familia ahí y ahí estuvimos un mes más o menos, pero sí el tiempo que estuve aquí y después de que regresé pues, sí, se me ha hecho difícil por mi propia condición. Los accesos incluso, las mismas calles con los mismos [problemas]..., cuando no había semáforos, el cruzar calles era más, mucho más peligroso y pues, era complicado, es lo que yo podría decir respecto a mi condición en el contexto del huracán.

Tatiana. De Acapulco a Colombia

Bueno, pues, voy a comenzar a relatar desde que supe que se iba a avecinar el huracán. Creo que al igual que todos los acapulqueños o quienes nos encontrábamos en Acapulco, no creíamos que fuera a ser tan grave, que fuera a ser de tal magnitud, así que, pues, igual yo me encontraba resguardada en mi casa, junto con otros dos compañeros colombianos con quienes convivíamos y estábamos a la espera de lo que pasara.

Ya cuando se acercó como tal la hora en el que el huracán empezó a ser muy fuerte se fue la luz. Ahí sí fue cuestionarnos de ¿qué va a pasar? ¿qué va a ser de nosotros? ¿vamos a sobrevivir a este evento?, porque creo que en ese momento todos lo vimos de una manera muy caótica, catastrófica y nada... afortunadamente, estábamos los tres, así que nos resguardamos, esperamos a que pasará el huracán.

Obviamente, sentimos todo muy fuerte cuando los vientos estuvieron demasiado fuertes, incluso hasta tembló el edificio, estábamos muy asustados y ya cuando pasó todo este evento pues, la alegría de saber que finalmente ya pasó. Estábamos juntos, pero pues, igual, lo más triste y desafiante en ese momento fue salir y darnos cuenta de cómo estaba Acapulco... [darnos cuenta] de la destrucción.

Eran las ocho de la mañana cuando salimos al día siguiente del huracán, pues, ya había gente saqueando los lugares de comida y en ese momento fue cuestionarnos: “Bueno, ¿qué tanta comida tenemos? ¿Qué tanta agua tenemos?”. No había mercado, entonces fue empezar [a enfocarnos en] el post del huracán, pues ya pasó el evento, digamos el más fuerte, pero que se avecinaba otro, que no sabíamos cómo iban a intervenir las autoridades, si iba a llegar ayuda, ¿cuánto iban a tardar?

Y pues, en nuestro caso como extranjeros, pues, de pensar que muy seguramente si alguna autoridad envía algo para los mexicanos, ellos tienen su método, su INE o lo que sea para tramitar, entonces ¿cómo accederíamos nosotros en nuestro caso? Fue un momento de cuestionarnos mucho, afortunadamente, pues éramos más colombianos. Teníamos otro compañero colombiano que vivía en el mismo condominio y se acercó a nosotros. Ese mismo día también se acercó una compañera mexicana

que también es de aquí de la UAGro⁹ y entonces entre los cinco, pues, como que formamos así nuestro fuerte para sobrevivir esos días.

Entonces, ya precisamente el cuestionarnos de ¿qué vamos a hacer nosotros al ser extranjeros? empezamos a buscar ayudas hacia Colombia. Y teníamos el caso de que una de nuestras compañeras colombianas había sufrido una lesión en la columna, en la parte lumbar y estaba un poco delicada, había tenido su cita con el traumatólogo y su situación nos preocupaba demasiado de ¿cómo iba a poder ella estar esos días? de ¿si nos trasladábamos, cómo la íbamos a trasladar a ella? entonces decidimos grabar un video en el que comentábamos nuestra situación con el objetivo de compartir bueno, de que nuestros familiares en ese momento en Colombia lo pudieran compartir a ver si llegaba a la Embajada o al Consulado de Colombia, para que nos brindarán la respectiva ayuda.

Afortunadamente, las cosas se dieron así: se compartió mucho el video y el Consulado de Colombia nos contactó cinco días después del huracán, se acercó hasta Acapulco en un bus para recoger a los colombianos que estuvieran y quisieran irse a Ciudad de México y la Universidad Autónoma de Guerrero también, por el caso de mi compañera, nos facilitó un bus que nos recogió desde el lugar donde vivíamos y nos llevó hasta la zona diamante, que era donde nos estaba esperando el Consulado.

Entonces, bueno ahí ya fue enfrentarnos a otras dinámicas, otras realidades que finalmente sería descarado digamos, compararnos con la pérdida que sufrió un acapulqueño de ver todo su entorno destruido, nosotros podíamos volver de cierta manera a nuestro hogar a que todo iba a estar bien a diferencia de ellos.

Pero fue en parte de vivir esto de también somos damnificados por este huracán y, pues como también un damnificado tiene que atravesar por otros trámites que no esperas atravesar y fue el caso de nosotros, porque una vez que llegamos al Consulado fue como decir: “ya vamos a salir de acá, vamos a estar bien”. Pero, pues el cónsul de Colombia -que de hecho ya lo destituyeron del cargo, porque no cumplía con los requisitos para el cargo- en ese momento pues, nada. O sea, fue como que nos recibió, fue de: “Ay mis compatriotas, yo los voy a ayudar y los voy a sacar de este lugar y van a tener comida en Ciudad de México, ya varios restaurantes se asociaron a nosotros, para que les den comida”. Y

9 Universidad Autónoma de Guerrero

como ya llevábamos cinco días sin comer bien, era como “guau, vamos a comer”.

Y pues, finalmente, sí sentimos como que nos usaron de cierta manera para hacerse política, renombre ellos mismos, para tomarnos fotos, nos dieron unas cobijas y nos tomaron unas fotos con las cobijas de que estaban haciendo una gran labor, y pues, fue llegar a Ciudad de México y enfrentarnos a otra realidad.

Ellos realmente nos querían llevar a un refugio para migrantes que estaba en una zona muy peligrosa de la Ciudad de México, había mucho habitante de calle y, pues, teníamos miedo de quedarnos realmente en ese lugar.

Finalmente, nosotros no dejamos que nos dejarán ahí y nos llevaron a otro refugio que es en el Centro de Tlalpan si no me equivoco, allá estuvimos un poco más seguros. Pero fueron días en los que, según tenían la comida preparada, pero no fue así. Tuvimos que empezar a presionar a estas personas, ver si sí nos iban a facilitar la comida, aparte de que como estábamos en un refugio para migrantes, no es de que pudiéramos salir cuando quisiéramos, sino que había unos requisitos para salir y para volver a entrar y sí fue una semana después del huracán de estar en esta situación de... que, bueno, no venias a este país, digamos, bajo la condición de un migrante que viene de pronto por la frontera, atravesando por situaciones más difíciles. Pero, finalmente, estábamos compartiendo con estas personas también, conociendo sus experiencias y, pues, viviendo de cierta manera en ese momento la misma situación.

Finalmente, el Consulado delegó nuestro caso a la OIM¹⁰. De la OIM sí quiero resaltar su gran trabajo porque la OIM es una dependencia de la ONU, entonces ellos fueron quienes se encargaron de nuestro caso. Se encargaron de facilitar el vuelo hacia Colombia y quienes pagaron el vuelo. De hecho, también nos dieron a cada uno doscientos dólares para poder, cuando aterrizáramos en Colombia, cada uno movilizarse a su respectivo lugar de origen. Ellos sí nos apoyaron en todo el proceso.

Después de que llegamos a Colombia, siguieron en contacto con nosotros, se aseguraron de que al salir de este entorno no fuéramos a salir a otro entorno, donde pudiéramos estar en riesgo. Se aseguraron de que estuviéramos en un lugar, pues bien, que no estuviéramos propensos a sufrir violencia. Estuvieron como muy al tanto; aun meses después

10 Organización Internacional para Migrantes, perteneciente a la Organización de las Naciones Unidas.

nos siguieron contactando y, pues, nada. O sea, esa fue como a grandes rasgos la experiencia.

Sí quiero resaltar el trabajo de la OIM porque pues, se ve que realmente se preocupan por las personas que atraviesan estas situaciones. Al Consulado de Colombia, pues agradecerles que finalmente nos sacó de acá, de Acapulco, pero si pues, sí se sintió eso, como que te usan de cierta manera para darse a ellos mismos un renombre de la labor que están haciendo, pero realmente, pues había muchos más colombianos acá. Nosotros tuvimos suerte porque grabamos el video, llegó de alguna manera, nos pudimos contactar porque la señal también era intermitente. Muy seguramente había otros colombianos a los que Consulado no llegó y, pues sencillamente porque no se preocuparon de hacer esa labor a profundidad. Entonces sí, sentimos que nos usaron ahí en ese sentido.

Bueno, pues, obviamente llegar a casa fue bonito porque finalmente también era que tu familia estuviera preocupada, que no sabía la magnitud del huracán, no te podía contactar. Entonces, por fin llegar a estar con ellos fue como sentir otra vez esa paz de: “Bueno, estoy bien”.

Pero, pues también uno tiene lazos con las personas que conoció aquí, que sabes que atravesaron por esta situación. También era estar allá con tu familia, pero, pues tener en tu corazón esa carga de: «¿Cómo estará mi amiga?, ¿cómo estará mi amigo que perdió esto?, ¿tendrá que comer?». Pues era como esa preocupación.

Afortunadamente, ya con los meses, las cosas fueron mejorando y ya cuando llegó el momento de retornar [a Acapulco], pues otra vez el miedo. [Uno se preguntaba]: “Bueno, ¿cómo están las condiciones ahora después del huracán? ¿voy a volver y voy a tener las mismas condiciones que tenía antes?, ¿voy a estar segura? Y, pues fue llegar nuevamente a eso. Encontrarte con otra realidad, tener que adecuarte nuevamente y... desafortunadamente, también, a raíz del huracán, el dengue se propagó y pues, al llegar, como a las dos semanas me contagié de dengue. Pasé también dos semanas muy feas.

Afortunadamente ya estoy bien, mis compañeros también están muy bien. Uno de ellos ya está en Colombia, está en su proceso de titulación, los otros tuvimos que retornar a terminar nuestros estudios. Y, pues, dentro de lo que cabe estamos bien y agradecerles también a las personas acapulqueñas que también nos han tratado como sus hermanos, que nos han ayudado, que han estado al pendiente de nosotros... y, pues eso sería todo.

Jesús. Cooperación y colaboración desde la academia

Una breve introducción es entender que AMECIP¹¹ y el Estado de Guerrero están muy vinculados por el hecho de que tanto alumnos como profesores desde hace, calculo que unos ocho años [desde los años] 2014-15 [aproximadamente], han tenido mucha presencia en los diversos congresos que se han realizado en las diversas entidades de la república. Entonces siempre han venido grupos entre ochenta y cien personas.

Quizás Guerrero sea el grupo más numeroso de colegas que participan en las actividades de AMECIP, tanto en los congresos como en las escuelas de estudiantes. Entonces, no ha sido una sorpresa que en el congreso que coincidió en las fechas del huracán Otis en octubre del 2023, había un grupo muy numeroso; habían llegado en dos camiones tanto estudiantes y profesores del IIEPA, incluso de la escuela de Derecho de la UAGro, en el onceavo congreso AMECIP en Guadalajara, Jalisco.

Bueno, entonces, todo estaba bien los dos primeros días y en la madrugada, en la mañana del tercer día, cuando la gente ya empieza a hacer sus actividades, me encuentro con una niña cuando bajamos en el ascensor. Iba llorando; yo ya sabía que era del grupo de Guerrero, y yo le digo, pues pensé que algo le habían hecho las chicas o que algo le había pasado a su familia o no sé, le digo: “¿Te pasa algo?, ¿te puedo ayudar en algo?”. Dice: “No. Pues que simplemente estaba triste, que no sabía qué hacer, que no sabía nada”. Yo le digo: “¿No sabes nada de qué?”. Jeje, me dice: “¿No se ha enterado? -serían las siete de la mañana- no se ha enterado, pues, ha habido un huracán y todo Guerrero está aislado. Bueno, todo Acapulco está aislado”.

Yo no sabía la primera noticia porque esto sucedió a las dos de la mañana. Entonces, en la mañana yo no me había enterado. Yo bajaba a desayunar; el desayuno es muy temprano porque a las ocho empiezan las actividades del Congreso de la AMECIP. Entonces yo recién me entero,

11 Asociación Mexicana de Ciencia Política.

digo: “Oye, anda a ver con tus compañeros y tus profesores, reúnanse para ver qué van a hacer”. Me dice: “Sí, eso lo vamos a hacer ahora”.

Bueno, a partir de ahí ya surgieron las noticias y ya logré hablar con muchos de los alumnos y profesores y el tema está en que la preocupación de ese momento es que no sabían nada. El aislamiento es una parte muy dura, porque uno puede tener una mala noticia, pero cuando no tiene una noticia, puede imaginar lo peor. Entonces, todos estaban así, bueno, nos reunimos diversos grupos de miembros de AMECIP, de la junta nacional, de los organizadores del congreso, etc. Se empezó a generar un marco de actividades para apoyar a los alumnos que ahí estaban.

Primero, en una parte de apoyo personal, de reunirnos, de hablarles, etc., y luego, pues, ya inmediatamente bajo la iniciativa de otros estudiantes, fíjate, de otros estados, hizo una campaña de recolección de alimentos. Bueno, ahí surgía el siguiente problema: ¿Cómo regresan los estudiantes y profesores?, ¿en qué momento regresan? Porque ellos querían volver en ese mismo momento, pero no había cómo volver, jaja. Creo que ni el presidente logró pasar. O sea, podrá haber pasado en helicóptero, pero todo estaba bloqueado [por tierra].

Entonces, pues, ahí era básicamente convencer a los estudiantes. Había una fiesta que se organiza para los estudiantes, que vayan a la fiesta; al menos para que se distraigan porque no tiene caso volver en ese momento; se iban a quedar en la carretera tres días. Entonces, efectivamente, se logró convencer de que no regresaran mientras no hubiera ninguna seguridad del paso, de lograr llegar hasta Acapulco y finalizar el congreso.

Al finalizar el congreso, se había terminado de hacer una recolección de víveres. Entonces, como habían traído camiones, creo que fueron dos, uno grande y uno más pequeño, sí había lugar para llevar una gran recolección de víveres, lo cual hizo, me consta: alivio y generó mucho agradecimiento de los estudiantes para los otros estudiantes, para todos aquellos que habían compartido algo para sus familiares.

La angustia seguía; ahora la angustia ya fue pasando poco a poco, es decir, ya pasaron dos días y ya también empezaron a haber noticias. No noticias regulares, no se podía entrar por el internet o por el *WhatsApp*, pero ya noticias, digamos, del servicio de defensa civil sobre daños, etcétera.

Ya algunas personas, la mayoría, se enteraron de que no había pérdidas personales. Creo que hubo alguna pérdida personal no directa en algunos de los estudiantes que estaban allá, pero ya se enteraron de que su familia estaba bien. Entonces, pasaron dos días y, bueno, ya hacia la clausura del evento, bueno, pues la junta nacional directiva decidió, bajo la propuesta que les hice, de hacer una donación de cincuenta mil pesos para los daños de la escuela; que no iba alcanzar, obviamente, para gastos personales, sino específicamente de la escuela, que es la que canaliza directamente la participación de alumnos y profesores a las diversas actividades del congreso. Ya de hecho el director, el Dr. Marco Adame, es vicepresidente de AMECIP; o sea, formaba parte integral de las autoridades de la Asociación.

Los chicos se fueron, finalmente lograron pasar; demoraron algo más de horas, no mucho más, no se quedaron doce horas en la carretera. Creo que con algún retraso lograron llegar a la ciudad de Acapulco y luego, en un momento de mayor tranquilidad, ya logró canalizarse el apoyo de recursos efectivos... “cash”, que la Asociación entregaba al IIEPA-UAGro.

Como yo dicto clase, en algunas oportunidades esto me ha permitido ver el grado de avance tanto material como emocional de resiliencia de los chicos, de las chicas y de los profesores. Al ir viniendo, dando algunas clases, me doy cuenta de que el IIEPA dio muchas facilidades, es decir: “Hay que empezar las clases, hay que empezarlas” ...; “hagan su mayor esfuerzo”, y nos dijo a los profesores regulares y los que damos por horas que igual contribuiríamos con lo que podamos.

Ahí la respuesta muy valiente de los, de mis colegas, creo que no podía quedarme atrás y dar lo mejor, jeje, era dar todas las clases que se pudieran e ir apoyando no solo con las materias, con la teoría y los casos, sino vincularlas a estos casos de resiliencia, de recuperación y recuperar la fe, el compromiso con los estudios. Y bueno, ir poco a poco, siendo paciente y tolerante con las dificultades.

Entiendo que en balance general es que las pérdidas humanas fueron muy pocas en la escuela. Pero el tema está en..., cosa que yo viví, porque vine lo más pronto que pude a dar una clase, que no hay agua, que no hay luz, jeje, cosas que afectan cotidianamente, que no hay recursos para vivir.

Ya después el compromiso del Estado en víveres, luego en dinero, ya se efectuó, pero eso no fue inmediato, para nada. Entonces, hay momentos en que no había recursos. Eso implicó que yo vi, ya como testigo, de afuera, pero desde adentro, el grado de compromiso de los colegas del IIEPA y de los alumnos, incluso de jornadas de limpieza, pues, que el director llamaba y venían los chicos a limpiar su casa, su escuela.

Entonces, yo vi una recuperación que, de iniciativa propia, autoridades de la universidad, del IIEPA, profesores y alumnos muy comprometidos. Eso hizo que el proceso sea, veo, mucho más rápido y a su vez un espíritu colectivo muy fuerte.

Yo creo que esto, más que una resiliencia, fue una gran lección de vida para esta generación, la generación que enfrentó el huracán que a su vez enfrentó el COVID. Así es que fueron tres años duros; creo que los marca a esta generación.

Ahora va a ser distinto un chico que entre en el año 2025 y que haya vivido el huracán y el COVID en circunstancias de haber estado en secundaria, pero estos chicos hicieron suya la universidad, en el mejor sentido de hacerla propia.

Me alegro por esta entrevista, porque soy como un testigo que observo con una perspectiva de afuera, es decir, yo no vivo acá, paso algunas semanas, entonces veo esta recuperación, veo este grado de compromiso que la comunidad académica, que incluye también a los trabajadores, implicó esta rápida recuperación del IIEPA-IMA-UAGro. Hasta ahí va mi relato.

Ángel. De Pachuca a Acapulco

Mi nombre es Ángel Sinuhé Licea Vázquez y voy a dar mi testimonio acerca del huracán Otis que impactó en Acapulco, Guerrero, principalmente.

Nosotros nos enteramos por medio de las noticias. Realmente fue una noche en donde salió que iba a impactar un huracán, pero esa tarde-noche no se informó el alcance o la fuerza con la que venía. Ya al día siguiente, que fue el día veinticinco, en las primeras imágenes que se veían o que se transmitieron, se veía una catástrofe muy fuerte [...] hoteles completamente destruidos, la playa, pues prácticamente había acabado, había demasiada basura. Conforme fueron pasando las horas, se hablaba de saqueos.

Entonces, uno estando a distancia entiende un poco la magnitud solo por la información que le llega de los medios de comunicación. Yo estoy en Pachuca, Hidalgo. Nuestra principal preocupación fue nuestra familia que tenemos allá en Acapulco y fue muy difícil la comunicación para saber primero cómo estaban, cómo se encontraban y después para coordinar el llevar víveres.

Fue un poco complicado, porque la señal y la comunicación eran por pocos minutos y muy breves en el lapso de todo el día. Principalmente, nos organizamos con la familia y los amigos cercanos. Y yo, que me encuentro en la industria de la panificación, decidimos hacer pan, porque es un alimento que podría durar dos o tres días embolsado sin necesidad de refrigeración.

Decidimos tomar camino hacia Acapulco y para esto nos comentaban que en la carretera había saqueos. En televisión decían que las casetas eran sin costo y, pues ya estando allá unas no te cobraban, otras sí te cobraban y, conforme te ibas acercando, pasando ya Chilpancingo, comenzabas a ver ya que había carreteras con dificultades para acceder.

Ya entrando al puerto de Acapulco, realmente fue muy triste, fue muy impactante. Si bien, por las noticias ya habíamos visto la magnitud de la devastación, pero verlo en vivo realmente fue algo muy impactante, fue algo muy triste.

El acceso se complicó mucho porque había postes tirados, había carreteras que no podías transitar, había unos trascabos, ya quitando un poco de arena. Para esto, nosotros llegamos el veintisiete; ya habían pasado dos o tres días y aun así estaba muy difícil el acceso.

Llegamos ya caída la oscuridad y realmente, entrando al puerto de Acapulco, lo único que alumbraba era algunos reflectores que tenía la Marina y CFE. Las calles de colonias eran completamente oscuras; lo único que iluminaba era la luz de tu vehículo. Ya caída la noche llegamos al puerto; ese día ya no entregamos nada de víveres por seguridad, porque todavía había mucha gente que se encontraba vandalizando, saqueando algunas tiendas, lo poco que quedaba en ellas.

Al día siguiente fue cuando ya decidimos empezar a repartir los víveres que habíamos traído, lo básico, que era: pasta de dientes, jabón, producto enlatado y el pan que era como para comer ahí lo más rápido [posible]. Incluso, nosotros compartimos lo que traíamos de comida con los mismos cuerpos de seguridad que estaban ahí porque hasta en ellos se veía la dificultad de estar ahí, ya cuatro días.

El agua, el acceso al agua era muy muy limitado. Recuerdo que teníamos agua de una manguera que se había roto y ahí estaba saliendo agua y era de gente, familias formadas porque, pues iban con bidones, cubetas para poder llevar agua porque no había agua. Entonces, fue algo muy desolador, algo muy triste ver casas completamente destruidas, los hoteles, la playa; realmente fue muy impactante.

Al llegar con mi familia, prácticamente dos paredes -hablando de un cuadrado-, dos lados estaban deshechos; el impacto y la fuerza con la que golpeó hicieron que se derribaran dos paredes y, una vez habiendo entrado la fuerza ciclónica, arrasó con lo que había ahí y fue lo que causó que estas paredes colapsaran.

Y bueno, pues, en la noche, si bien en Acapulco no hacía frío sí es difícil dormir sabiendo que no hay dos paredes. Se escuchaban todos los ruidos de la calle, se escuchaban motocicletas que iban y venían toda la noche. Fueron días..., nosotros solo estuvimos una noche, un día y medio, pero la gente que tuvo que vivirlo, porque ahí vive, pasa meses con su casa dañada. Me imagino que ha de haber sido un golpe emocional muy fuerte.

El regreso a Pachuca no fue que algo haya cambiado, sino simplemente que ahora regresamos con luz; ahora era más fácil esquivar los

postes, esquivar los letreros, esquivar semáforos. La ventaja es que nos salimos con luz de día. De hecho, en el regreso nos dimos cuenta de lo que no vimos porque ya estaba oscuro; vimos todavía más devastados los caminos y los accesos. Y, bueno, en el regreso ya pagamos casetas. Fue algo de lo que nos sorprendió, porque, bueno, entrábamos con víveres y hubo unas que pagamos y otras que no, y de regreso ya tuvimos que pagar, pero bueno, fue algo que...

El acceso a la gasolina fue algo que se planeó desde la salida, porque no había gasolina en Acapulco. Incluso en Chilpancingo estaban filas enormes de carros. Entonces, nosotros nos llevamos gasolina desde Pachuca, nos llevamos un bidón para poder recargar para el regreso y, bueno, pues, ya saliendo de Guerrero pasamos a una gasolinería. De no haber llevado ese bidón de gasolina, hubiera sido muy complicado el regreso, el acceso a la gasolina para poder llegar a Pachuca. De Acapulco hicimos un aproximado de dos horas y media de salida, para salir nada más. De Acapulco a la salida de Chilpancingo fueron como dos horas y media y ya hasta llegar a Pachuca fueron casi seis o siete horas.

Realmente creo que se constató que el pueblo mexicano es muy unido, de menos de lo que a nosotros nos correspondía, y lo que quisimos hacer fue apoyar en lo que estaba en nuestras manos y nos dimos cuenta por los medios de comunicación que hubo muchas asociaciones que también apoyaron. La CFE fue de las primeras que vimos que ya estaban montando postes y cableando de nuevo. Yo creo que se deja constancia de que cuando algo pasa en territorio mexicano, somos los mismos mexicanos los que apoyamos.

Anahí. “Se está poniendo feo”

Soy Anahí Vallejo Cunningham. Yo sabía que iba a llegar el huracán hasta como dos o tres días antes; sin embargo, no sabía la magnitud. Siempre escuchas “un huracán”, pero no te imaginas que iba a llegar un huracán categoría 5, peligroso. No nos imaginábamos la magnitud; entonces llega.

Para mí era mi mañana y veo los últimos mensajes. Para eso de como la medianoche para Acapulco, seis de la mañana para mí, donde dice mi familia: “Se está poniendo feo” y de ahí ya veo que no se conectó. Ahí empieza mi preocupación. Bueno, en realidad no, miento, no comienza ahí, pero cuando ves que ya van cinco horas que nadie está en línea, comienzas a preocuparte: “Guau, ¿qué pasó?”, y te comienzas a hacer escenarios catastróficos de tus familiares... en mi caso, que tengo tres hermanas y mi mamá en Acapulco.

Tu mente comienza a jugar, te empiezas a crear escenarios catastróficos y pasa un día, pasan dos días, si no me equivoco; no tengo bien la noción del tiempo, pero sí es muy frustrante el saber que no tienes [comunicación]. Luego, empiezas a buscar en las noticias y empiezas a ver que no eres la única que no tiene contacto con tus familiares, sino que es todo Acapulco y lo curioso de eso es que los contactos que tenía, que no estaban en Acapulco, empiezan a armar una red de foráneos.

Empiezan a... yo, Anahí, que estoy en Irlanda, le mando un mensaje a Elías [quien tiene familia en Acapulco], que está en Canadá, [para saber] si ya tuvo contacto. Elías manda mensaje a otro contacto. O sea, yo misma..., a mí me llega un mensaje de una amiga que está en Alemania [para saber] si ya tengo el contacto. Entonces, rápido se empieza a formar esa red de foráneos para [comunicarnos]: ¿tú qué sabes?, ¿tú esto y en qué zona estaban? Ah, entonces le voy a hablar a fulanita; por ejemplo, que también tiene familiares en la [colonia] Colosio y está fuera.

A ver, ¿a qué horas fue el contacto que ella hizo? Y empiezas a querer armar las piezas de las últimas conexiones y todos van concordando que sí, hubo una hora en la que ya no se supo nada y llegas [a tu casa] y ves las noticias y sí confirmas tu teoría de que realmente está incomunicado [Acapulco] y empezamos a decir: “Sí sabes algo, mándame mensaje. Si

sabes algo de tu familia, mándame un mensaje. Tú, si sabes algo de tu zona, mándame mensaje”

Y no recuerdo muy bien, creo que fue a los dos días o tres días que llegó el internet, pero no puedes estar, vaya, estás en modo automático, estás haciendo tu vida cotidiana, tu rutina, pero no estás..., estás pensando en: Si yo estuviera allá, ¿y si compro un tiquete de avión?, pero ¿qué voy a hacer? A ver, con ese dinero, a ver..., mi familia no es de... mi familia sí es de escasos recursos; entonces, dices, bueno, con ese dinero del boleto puedo ayudar, pero sin saber qué está pasando, porque todavía no tienes contacto.

Entonces, ya cuando se hace el primer contacto, te das cuenta de que empiezas a recibir toda una explosión de videos, porque empieza a llegar los videos de Acapulco. Miento, empieza a llegar el contacto en algunas zonas de Acapulco. Entonces llega..., por ejemplo, a mí el contacto que me llegó [fue de la siguiente forma]: le llamé a un vecino y él fue a la casa de mi mamá, [de esta forma] fue que tuve el panorama de que estaban bien; pero ya de ahí no tuve contacto con mi mamá hasta unas doce horas después, porque ella no tenía [manera de comunicarse], pero al menos yo ya sabía que estaba bien y así fuimos, esa red de foráneos que fue [compartiendo información] que ya pude comunicarme. Bueno, al menos creo que esa fue mi experiencia.

Después, el que te enteres de los daños, empiezas a armar el plan de qué se puede hacer. En mi caso, me organicé con unos primos que estaban en Ciudad de México y le llevaron víveres a mi familia, pero fue muy frustrante el querer saber de tu familia y no poder, no saber. Fue frustrante tú el querer hacer algo, el querer saber y no tener esa comunicación.

No podía dormir, o sea, yo estaba en modo zombi, atenta al teléfono, haciendo mis tareas cotidianas [y en mi caso particular] maternando ocupada y, por un lado, teniendo el teléfono a un lado con la esperanza de recibir un mensaje o con la esperanza de recibir el bombardeo de mensajes de *WhatsApp* cuando los mandas y que no salieron.

Pero que de repente llega la red allá [a Acapulco] y te llega el bombardeo de mensajes. Eso estaba esperando. Esperaba, no al menos que me contestaran, esperaba las dos palomitas de recibido, aunque no me leyeran, solo esperaba las dos palomitas de recibido y saber que ya hay comunicación allá.

No dormí, no dormía. Bueno, aparte de que la maternidad te causa eso, pero no dormía, yo estaba en automático. No dormí en esos días, o sea, sí dormía dos o tres horas, pero con el sueño tan ligerito que cualquier sonido te despierta con la esperanza de que sea un mensaje. Estamos, pues sí, cuando se está alerta. No se puede descansar, no entras en el sueño profundo. Cuando estás en el sueño profundo, puede pasar un *skin* y no escuchas, pero ese sueño tan ligerito de tu subconsciente, del querer estar alerta de cualquier notificación.

Me gustaría hacer énfasis en lo curioso de la red foránea que comenzó a crearse en pocas horas, de alcance internacional, porque como estoy aquí y tengo otros contactos internacionales, pues sí llegaron dentro de la Ciudad de México, nacionales e internacionales fueron los alcances.

Yo no supe, pero por mí supieron, incluso una chica de Alemania quería hacer contacto con su mamá, pero ella no podía contactarse al teléfono de su mamá por algo, algún problema [tenían]. Entonces. lo que yo hice fue: la señora fue a la casa de mi mamá y yo le llamé a mi mamá y yo enlacé como un tercer contacto en la línea por una videollamada a la chica de Alemania, entonces ella pudo hablar con su mamá por el enlace que les hice.

Mi mente estaba en México. Incluso, un día entré a una tienda y era como: “Ay, esto no se inundó, que aquí no se inundó o que aquí no robaron”, algo así.

Y después hice como el *switch* y me dije: “¡Guau! ¡Hey, no estás allá! ¡No estás allá! ¿Por qué estás pensando eso?”. Yo, en Irlanda con mis hijos... y es que tu mente está allá y lo llevas a tu propio contexto, o sea, fue muy loco.

Olivia. Chilpancingo: efectos colaterales

Más allá de las consecuencias ambientales que los fenómenos naturales dejan a su paso, las cuales son cuantificables, también es importante hablar de la experiencia desde la perspectiva individual para comprender las dimensiones que alcanza un fenómeno meteorológico en el resto de la población, que probablemente no fue directamente afectada, pero que también es copartícipe de la ayuda humanitaria y se convierte en actor importante en la reconstrucción de las nuevas realidades.

El despertar del veinticinco de octubre del 2023 fue uno de los días más sensibles para el Puerto de Acapulco, localizado en el Estado de Guerrero, México, porque el huracán Otis, de categoría 5, tocó tierra entre los municipios de Acapulco y Ometepe. A pesar de que la trayectoria y fuerza del huracán era seguida desde el Centro Nacional de Huracanes y la Secretaría de Protección Civil del Gobierno del Estado de Guerrero con el fin de mantener alerta a la población, el fenómeno natural presentó una evolución sumamente rápida, pasando de categoría 1 a 5 en un lapso de cinco horas.

En estos estudios y testimonios previos seguramente se abordará el análisis ambiental, las pérdidas económicas, las consecuencias emocionales, el impacto político, entre otros aspectos. En este caso expongo, desde mi vivencia personal como habitante del municipio de Chilpancingo, cómo se vivió la fuerza social del Otis en la capital del Estado de Guerrero.

Durante la mañana del veinticinco de octubre fluía escasa información oficial tras el paso del huracán; desde la presidencia de la República reportaron saldo blanco en Guerrero, pero anticipaban que no había energía eléctrica y la comunicación era muy limitada, por lo que se desconocía el alcance de las afectaciones. Mi primera impresión fue que la prevención había logrado contener los estragos en la ciudadanía. Traté de contactar a familiares, fue imposible; pensé que solo era cuestión de horas para que la electricidad se restableciera.

Cuando empezaron a difundirse las primeras imágenes, avizoran un Acapulco totalmente destruido; pensé que esa no era la realidad de todo el puerto, el optimismo, ante todo. Más tarde se confirmó el alcance de

la destrucción en Acapulco; la angustia comenzó a florecer ante la incertidumbre de no poder contactar a familiares y amigos. Recuerdo haber ingresado a varios grupos de *WhatsApp* donde se decía que eran de ayuda para localizar a personas; sin embargo, se alimentaba la incertidumbre porque solo se exponía información de las personas que se trataban de localizar, así como imágenes de la devastación, así como audios donde las personas solicitaban ayuda.

Por otro lado, Chilpancingo se convirtió rápidamente en una fuente de abastecimiento para los pobladores de Acapulco. Recuerdo a personas abarrotando el Mercado Central, los supermercados, las gasolineras, las farmacias y todo tipo de tiendas con productos de primera necesidad. Rápidamente, la población de la Capital entró en pánico y aceleró sus compras para evitar quedarse sin productos de la canasta básica, lo que ocasionó que muchos productos subieran de precio y se agotaran de manera inusual.

La falta de combustible ocasionó un gran conflicto entre la población y, aunque prácticamente fue solo una semana en lo que se regularizó el suministro, las opiniones divididas de la población expresaban su molestia porque para conseguir combustible tenían que desplazarse a unos sitios aledaños. Sin embargo, otro grupo de la población expresaba que la solidaridad tenía que ser necesaria para la población de Acapulco. Particularmente externé que, si teníamos que dejar de usar nuestros vehículos para administrar el consumo de gasolina, era lo menos que podíamos hacer para que se facilitara el acceso vía terrestre para transportar todo tipo de ayuda humanitaria.

En más de una ocasión acudí a hacer filas por hasta una hora para poder cargar combustible y desplazarme hacia otras localidades, donde también se identificaban personas que venían de Acapulco y otras que iban de paso y buscaban preocupantemente tener suficiente combustible para su traslado.

En Chilpancingo se notó rápidamente un incremento en el flujo vehicular, así como el tránsito de personas en las principales avenidas de la ciudad. Los hoteles estaban llenos; la presidenta municipal de Chilpancingo habilitó dormitorios temporales ante la imposibilidad de muchas familias de poder encontrar espacio en los hoteles. En las diversas unidades habitacionales, donde prevalecían departamentos sin utilizar, se observó la llegada de familias que provenían de Acapulco. Probable-

mente no haya un registro sobre el número de familias que se instalaron temporalmente en la capital, pero fue evidente la demanda emergente de servicios básicos; recuerdo que en la escuela primaria de mi hija llegaron tres niños a cursar temporalmente las clases.

La emergencia humanitaria del huracán también despertó el apoyo solidario de la ciudadanía; se instalaron diversos centros de acopio promovidos por las autoridades de gobierno, la Universidad Autónoma de Guerrero y sus diversas escuelas y facultades, la sociedad civil y organizaciones sociales.

Mis estudiantes de licenciatura se incorporaron rápidamente en las brigadas de limpieza en el puerto de Acapulco, mientras otros se sumaron a la organización de despensas provenientes de otras universidades del país. Eran jornadas agotadoras en el centro de acopio instalado en la rectoría de la universidad, pero prevalecía el ánimo por ayudar a las familias afectadas.

Por último, me gustaría destacar que la solidaridad colectiva demostró, una vez más, la importancia de sumar esfuerzos y voluntades. Si bien en Chilpancingo no se vivieron afectaciones visibles, la ciudadanía fue copartícipe de la incertidumbre por no localizar a personas conocidas y, en cuanto los canales de comunicación lo hicieron posible, más de un ciudadano capitalino brindó el apoyo necesario a las personas de su círculo más cercano, lo cual ayudó muchísimo para sopesar, de manera emergente, la catástrofe ocasionada por el huracán Otis.

Ana. Los abandonados

Hola, buenas tardes, mi nombre es Ana y voy a narrar mi experiencia con el huracán Otis y los animales, posterior al huracán que vivimos en Acapulco, Guerrero.

Nos dimos a la tarea de salir a buscar agua, víveres y todo lo necesario porque pues, muchos como mi familia, pues no tuvimos previsión y bueno, pues requeríamos de buscar lo necesario para continuar con nuestras vidas.

Al salir, pues nos dimos cuenta de que muchos animalitos se habían quedado en la calle y otros estaban totalmente perdidos y asustados. Así es que tomé una bolsa de croquetas que tenía en mi casa y un poco de agua y salí para darles a los que encontrara en la calle.

Pues se me acercó una vecina y me dijo que vio una perrita en una azotea que esa perrita llevaba ya dos días después del huracán y que ella había pasado el huracán en esa azotea, que estaba preocupada porque, pues sus dueños habían ido a la casa a ver los daños que habían tenido, pero dejaron a la perrita sin agua y sin comida.

Así que me pidió que por favor hiciera algo por ella. Mi primera idea fue llevarle de comer y ver cómo estaba la perrita. Sin embargo, me di cuenta de que estaba solo el domicilio, así es que me subí por las protecciones de las ventanas a una casa, con el miedo porque es un lugar particular y yo no contaba con el permiso de nadie. Pero la situación ya estaba muy crítica con la perrita ya que había sufrido trauma de vivir el huracán en la azotea y, pues ya tenía dos días sin agua y sin comida.

Así es que subí, la tomé en mis brazos y efectivamente la perrita se encontraba muy mal y un vecino amablemente me acercó una escalera para que yo pudiera bajar a la perrita.

En ese momento me di a la tarea pues, de buscar inmediatamente un veterinario para que la atendiera. Afortunadamente, cerca de la casa donde estaba la perrita en la azotea hay un médico veterinario y él había ido a la casa de su mamá para ver a sus papás, para ver cómo estaban ellos; entonces, yo le pedí de favor que me atendiera a la perrita y que después le pagaba, porque no teníamos dinero para poder solventar ese

gasto. Y me dijo: “Sí, yo te la tiendo y ya después vemos”. Y la revisó y la perrita, pues estaba deshidratada, no había comido ya en varios días y además estaba enferma.

Y me dijo: “Mira, yo no tengo nada, porque se destruyó aquí parte de la veterinaria y lo que puedo hacer es canalizarte la perrita para que te la lleves a tu casa, y le dije, pues es que la perrita no es mía.

Entonces, este... no sé... me dijo: “Levanté un reporte, aquí yo tengo... ya yo guardo un registro de que en qué condiciones viene la perrita por cualquier situación que se te presente”.

Bueno, pues me llevo la perrita a casa y aquí también nosotros tenemos una situación muy complicada, porque, mi departamento quedó destruido con el huracán: se nos rompió toda una pared que da a la calle y teníamos todas las ventanas rotas, teníamos paredes que se cayeron, pues el departamento es de un material muy ligero, así es que el viento lo golpeó y, pues destruyó gran parte del departamento.

Sin embargo, le hicimos un espacio a la perrita y aquí la estuvimos cuidando a la perrita. Estuvo aquí con nosotros, la atendimos, la cuidamos y, pues yo seguía saliendo a la calle, yo era la encargada de buscar alimento y comida, y me di cuenta de que había otro animalito que habían abandonado después del huracán, un perrito al que le puse por nombre “güero”. También lo dejaron..., su dueño..., lo dejaron, se fueron de la casa, porque en Acapulco no teníamos nada de comer, no teníamos agua, no teníamos luz, así es que se fueron y dejaron al perro.

Eso fue una situación más difícil y más triste para mí, porque a él no me lo pude traer porque él estaba aferrado a quedarse en la puerta de esa casa. Lo único que pude hacer es llevarle comida y agua, pero el perro hasta el día de su muerte -porque ese perro murió un año después- estuvo en la puerta de esa casa, esperando a que vinieran por él.

Cuando logro tener contacto con un amigo de la Ciudad de México le pido que por favor busque el contacto con las personas que van a venir a ayudarnos a traernos comida y agua y que, por favor, también manden croquetas, médicos veterinarios para atender a, pues todos los animalitos que teníamos aquí en las calles.

Afortunadamente, estamos en una colonia cerca de la costera y sí llegó la ayuda, sí se atendieron, pero sé por pláticas con otras personas de aquí del municipio de Acapulco que hubo lugares donde los perritos estaban encerrados en las casas, los gatitos, pues, no pudieron salir. Y,

bueno, no se diga de la fauna silvestre, que también fue la que sufrió porque no teníamos espacios donde meterlos o sea había muchos animales muertos en la costera y otros quedaron lastimados y, pues no se daban abasto los rescatistas. Pero, pues afortunadamente, sí llegaron a esta zona médicos veterinarios y toda la ayuda.

Para terminar la historia de la perrita, pues la tuvimos aquí [en el departamento] se nos puso mal varias veces, porque no teníamos el seguimiento del médico veterinario, así es que tuvimos que buscar otra persona -que también es vecino- y nos ayudó a estabilizarla. Ya que se normalizaron los servicios [veterinarios en Acapulco] pudimos llevarla a otra veterinaria y ya una doctora la atendió, la revisó y nos dijo que efectivamente, la perrita tenía una enfermedad que se llama erliquia y tenía dañado todo eso aparato reproductor y que era necesario quitárselo, para evitar que enfermara de cáncer.

Y, bueno, pues se le dio su tratamiento, la estabilizaron, ella quedó dañada del sistema nervioso de por vida, pero con un buen acompañamiento y atención la perrita, pues salió bien y afortunadamente pudimos encontrarle una familia y ahorita vive muy feliz con otros perritos.

Y güerito, como les comenté, pues él después de un año murió ahí, esperando esa familia que se fue y que lo abandonó. Alguien lo atropelló y ahí estaba tirado, frente a esa casa, esperando que regresara su dueño. Pero, bueno, él nunca se quiso mover... y así como ellos. Pues pienso que hay otras historias también muy tristes de los otros que también sufrieron lo del huracán.

**CRÓNICAS, EXPERIENCIAS Y REFLEXIONES
EN EL MARCO DEL HURACÁN OTIS.
ACAPULCO 2023**

se terminó de editar en Grupo Editorial Biblioteca, S.A. de C.V.
ubicados en Manantiales 29, Colonia Chapultepec,
Cuernavaca, Morelos, C.P. 62450
en el mes de diciembre de 2024.